

MEDINA  
SCHAVARRIA  
PRESEN-  
TACIONES

H35  
M36

UNAM



7985

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES









**PRESENTACIONES Y PLANTEOS**  
**PAPELES DE SOCIOLOGIA**

...

## CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA

### *Números Publicados*

LOS PARTIDOS POLÍTICOS, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.

LAS CLASES SOCIALES, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.

SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD, por el doctor Roberto Agramonte.

EL MUNDO HISTÓRICO SOCIAL, por el doctor Juan Roura Parella.

PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD, por los doctores Lucio Mendieta y Núñez y José Gómez Robleda.

VALOR SOCIOLÓGICO DEL FOLKLORE, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.

INTRODUCCIÓN A LA PSIQUIATRÍA SOCIAL, por Roger Bastide.

TEORÍA DE LOS AGRUPAMIENTOS SOCIALES, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.

TEMA Y VARIACIONES DE LA PERSONALIDAD, por el doctor Juan Roura Parella.

CARACTERES SUDAMERICANOS, por Roberto Fabregat Cúneo.

PRINCIPALES FORMAS DE INTEGRACIÓN SOCIAL, por L. L. Bernard.

LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XX EN ITALIA, por Massimo Salvadori.

LA PROBLEMÁTICA DE LA CULPA Y LA SOCIEDAD, por el doctor Juan José González Bustamante.

DEMOCRACIA Y MISTICISMO, por Djacir Menezes.

ENSAYOS DE SOCIOLOGÍA POLÍTICA, *En qué mundo vivimos*, por Francisco Ayala.

LA EUGENESIA EN AMÉRICA, por Roberto MacLean y Estenós.

ESTRUCTURA MENTAL Y ENERGÍAS DEL HOMBRE, por Pitirim A. Sorokin.

Instituto de Investigaciones Sociales de la  
Universidad Nacional de México

CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA

PRESENTACIONES  
Y PLANTEOS

PAPELES DE SOCIOLOGIA

por

JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLÓGICOS  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
MÉXICO, D. F.

Derechos reservados conforme a la ley



**INVESTIGACIONES  
SOCIALES**

Impreso en GRÁFICA PANAMERICANA, S. DE R. L., Pánuco 63,  
México, D. F.

## PLANTEAMIENTOS

### 1. VIDA ACADÉMICA Y SOCIEDAD

- I

Es hora ya de que al final de toda consideración sobre nuestro tiempo, volvamos la mirada reflexiva sobre nosotros mismos y el sentido de nuestra tarea. ¿Cuál es la situación pedagógica desde la que hemos contemplado las demás situaciones? ¿Cuál es el estado de la actividad educadora y dentro de ella, muy en particular, la nuestra de universitarios? ¿En qué medida hemos actuado universitariamente cuando discurrimos sobre nuestra época y vida?

Si comenzamos buscando una perspectiva muy general no podemos negarnos a la realidad de una experiencia desilusionadora. En este punto tampoco nuestra situación es optimista y contrasta en su tono sentimental con la que formada en los días de la Ilustración llega con escasas

alteraciones ideológicas ante los nuestros. Sería prematuro e injusto hablar de una pérdida de fe en la educación, pero sí parece correcto afirmar que esa fe ya no está intacta y que además semejante posición crítica está muy lejos de ser por sí misma peligrosa.

La pérdida de la ingenuidad puede ser beneficiosa al contrario para la tarea educadora. Toda la ilusión del progresismo educativo está contenida en la definición misma de la Ilustración dada por Kant: sacar al hombre de su "minoridad culpable" para conducirlo a la edad adulta de la razón.

Todo el siglo XIX ha vivido empapado de esa convicción, y ella soporta el gigantesco esfuerzo educativo y popularizador emprendido en casi todos los países. De no tener otros méritos, los anteriores bastarían para conceder a ese siglo un lugar de honor en la historia. Poco a poco se van otorgando a todas las capas sociales iguales facilidades educativas; se destruyen uno a uno los privilegios culturales y se espera con la incorporación de todos a un saber común la mejora moral y espiritual de los pueblos, el incremento de su sentido de responsabilidad social y política y la elevación de la cultura misma, tanto en los grupos creadores como en la capa más extensa de sus beneficiarios. Que el estado de perfección y plenitud soñado no haya llegado todavía no debe extrañarnos, ni nadie pensaba, por otra parte, en éxitos a corto plazo. Lo

desconcertante y desilusionador han sido experiencias de signo radicalmente inverso a las esperadas. Por un lado, la irrupción de la barbarie culta, por otro, las tendencias al desprestigio de lo espiritual que ofrece la democratización de la cultura. Obtener de inmediato consecuencias reaccionarias de esas realidades es tan injustificado como el negarse a examinarlas. La conmoción mayor que ha podido sufrir nuestra fe "ilustrada", conmoción de la que no es fácil reponerse, la hemos vivido todos ante el espectáculo ofrecido por algunos de los pueblos más cultos de la tierra convertidos de repente y en masa en protagonistas de una barbarie jamás imaginada por sus dimensiones y refinamiento. El nazismo especialmente ha presentado la negación radical del ensueño ilustrado por la calidad y elevadísimo estado educativo del pueblo mantenedor. El que lo inimaginable se llevara a cabo tan rápidamente, por encima de una larga tradición de escuelas, museos y bibliotecas, constituye todavía hoy un enigma. Se ha discutido en abundancia y se discutirá más todavía sobre ese hecho, pero cualesquiera que sean las explicaciones que se le encuentren ya no es posible recuperar la inocencia perdida.

La fe en que la educación sacaría al hombre de su *minoridad* culpable empezó a desvanecerse cuando, con anulación de todos sus esfuerzos, lo hemos visto retroceder a estados todavía más primitivos. A partir de aquí

hemos de contar con lo ocurrido. Y en países más afortunados que han podido escapar al patetismo de la aberración, se ofrecen, sin embargo, otros síntomas inquietantes. Los resultados obtenidos al cabo de años ya numerosos de actividad en el campo de la educación general no parecen responder a lo gastado en energías y en dinero. La vieja ecuación de analfabetismo y vida incivilizada, apenas nadie se atreve a sostenerla en la forma rotunda de otros tiempos; al contrario, la arraigada cultura tradicional de pueblos analfabetos, capaces de vivir dentro de una concepción del mundo de perfiles definidos, ha sido sustituida por una simple divulgación de los instrumentos de la lectura y la escritura. La capacidad de leer ha podido quedar remansada en el goce de las más bajas producciones literarias, adormecida por el estímulo cotidiano de las tirillas cómicas. En niveles superiores la situación no parece más satisfactoria. Es bien expresivo el hecho de que en los Estados Unidos, el país que más hiciera, sin disputa, por la educación general, empiezan algunos de sus mejores espíritus a preocuparse por sus resultados y a pedir una revisión de los principios, al parecer inmovibles, en que se sustentaba. Y en conjunto, por unas y otras partes, parece haber sucedido algo que no se esperaba con la democratización de la cultura, la atenuación de su prestigio. No se trata ya del hecho de la "nivelación" encerrado necesaria-

mente en las exigencias de la divulgación, sinò del de la pérdida de atracción de los valores espirituales superiores y la atenuación, por tanto, de la estimación y el respeto debidos a sus soportes personales.

La disminución del prestigio de la inteligencia, o de alguna de sus formas, es la expresión social de una desvaloración de la cultura misma. No importa que el fenómeno se observe por vía de queja si su presencia es real; al fin y al cabo los lamentos de unos cuantos "intelectuales" podrían dejarnos indiferentes si sólo fueran manifestaciones de un eterno descontento. Pero se trata no sólo de una desilusión "histórica", derrumbe quizás de ilusiones excesivas por parte de los sostenes de lo espiritual, sino de una cuestión práctica, de acción: ¿Qué hacer para impedir ese desprestigio y cómo sostenerse en el ideal educativo sin volver la espalda a la realidad? La aminoración de la fuerza atractiva de la cultura en el proceso de su democratización y el desprestigio de las minorías intelectuales, la rebaja actual de su status, puede deberse a causas diversas que no vamos a examinar en este momento y sobre las que está abierta la discusión: anulación por causa de proximidad del prestigio "mágico", exceso de oferta, deterioro en los niveles económicos, diversidad de los orígenes sociales de la inteligencia, situación caótica de la vida espiritual misma, predominio de los ideales materiales, etc. Sea como sea, el hecho existe y su

presencia pone a prueba una de las aspiraciones humanas, alimentada con más cariño desde los días de la Ilustración.

Por otra parte, la tarea de la educación general es tan inmensa que sólo ahora empiezan a verse claramente algunos de sus obstáculos y no menos algunos de los excesos cometidos. Las dificultades se dan por sí mismas en lo que es una educación en régimen de masas y en una época de tecnicismo y especialización. Los mayores excesos aludidos quizás también provengan “necesariamente” del proceso general de racionalización a que estamos sometidos. Algunas de estas cuestiones son hartó delicadas y sólo cabe formularlas con sumo cuidado. Así, cuando alguien sostiene que todo se debe a un olvido de los límites psicológicos de la educación, límites que se ofrecen en dos aspectos. La apertura de posibilidades iguales, quizás no tuvo en cuenta en su generosidad inicial, que no todos los individuos poseen de hecho capacidades iguales y que constituye un inevitable desperdicio de energías esforzarse porque alguien penetre en dominios a los que, sin culpa por su parte, no puede nunca llegar haga lo que haga; se trata de algo, sin embargo, que la ciencia puede explorar y dominar en su día. El desdén por esos límites de capacidad degrada a la enseñanza a sus niveles más bajos y conduce a la perversión, ocurrida igual en otros terrenos, de confundir la igualdad en el punto de partida

con un derecho igual al título. Lo cual sucede en todos los campos de formación, pero muy en especial en el universitario. Por otra parte, se plantea en este mismo plano psicológico el problema de los efectos psíquicos de lo enseñado, es decir, vuelve a luz pública la vieja distinción entre lo exotérico y lo esotérico, habida cuenta que no todos los individuos pueden recibir sin deterioro y disolución interior la alta presión de éstos u otros "saberes". En todo caso esta cuestión afecta en especial a la enseñanza superior y quizás pueda ser rozada más tarde, al paso de otros temas universitarios. No es, sin embargo, en estas limitaciones de tipo psicológico donde se ofrecen las mayores dificultades. Otras, dadas por la estructura social, son las que originan perplejidades de las que al parecer no hemos salido todavía. Es bien conocida la fundamental y no importa formularla de nuevo: ¿Cuál es el tipo de educación que puede sustituir en nuestro tiempo a la que se realizaba por el humanismo? Ni el volumen de la población escolar, ni la diversidad de sus orígenes sociales, ni la premura del tiempo y las urgencias de rendimiento, permiten hoy aquel tipo de formación despaciosa, apoyada en los textos de la antigüedad, que fué en otras épocas eficaz instrumento modelador de las minorías privilegiadas. La educación se realiza hoy en masa, para beneficio de las grandes mayorías y no de pequeños grupos minoritarios. Por otra parte, urge la profesionaliza-

ción rápida por las exigencias de la división del trabajo social y de la misma especialización científica. Ambas, manifestaciones paralelas de una misma necesidad interna de nuestra civilización.

La ciencia objeto de la enseñanza no es tal unidad, sino una red de ciencias, fragmentadas necesariamente en su positividad, y que siendo válidas cada una de ellas a partir de sus supuestos y dentro de su propia y limitada región, no ofrecen en su conjunto una visión trabada y completa de lo real. Y cada una de las cuales exige, por añadidura, para su dominio un penoso y peculiar aprendizaje. ¿Cómo acudir entonces al mismo tiempo a lo que exige la estructura social y el estado del saber científico, sin abandonar el ideal formativo del hombre en cuanto tal? Pues es el caso que si las técnicas educativas del humanismo clásico no parecen utilizables, queda en pie, y quizás más que nunca, su ideal formador. ¿Cómo crear "hombres" en una sociedad de afanosos obreros de ésta o aquella calificación? ¿Cómo transmitir la visión de conjunto, desde cuyo centro pueda el individuo alcanzar la perspectiva y la distancia, la serenidad y la paciencia que hacen del hombre una persona cabal y responsable? ¿Aquella distancia de los hombres y las cosas, aquella amplitud de horizontes que buscaba y conseguía el humanismo al contacto del mundo cerrado y perfecto de la antigüedad, por la experiencia de las vidas paralelas? En

la busca de los sustitutos nos encontramos todavía. Así, la esperanza puesta en el llamado "humanismo científico" parece problemática por las mismas razones que hicieron fracasar las ilusiones puestas en la popularización de la ciencia como modo de mantener viva la conciencia de una época "positivista". Porque apenas empezamos a darnos cuenta que la ciencia en cuanto tal es lo que menos puede transmitirse en su popularización. Lo cual no significa negarnos a ella por completo pues casi nadie, por no decir nadie, puede hoy poseer el conjunto del saber científico en su forma auténtica u originaria y todos hemos de contentarnos con contactos de segunda o tercera mano. Pero sí el que pongamos hoy en duda que pueda realizarse una educación popular sin más instrumento que las ciencias rigurosas y sus métodos, pues son tales rigores y esos métodos lo difícilmente accesible. ¿Serán acaso las ciencias sociales? Algunos lo han creído así. Pero hay en esto un equívoco, que malogra pronto la validez de la sugestión. Las ciencias sociales, *qua*, ciencia, es decir, en la medida en que lo son, están sujetas al mismo principio de positividad que todas las otras. Son también fragmentarias, especializadas y con escasa conexión entre sí. Por tanto, como disciplinas analíticas y teóricas son válidas por sí solas y no componen en su conjunto o adición, visión alguna coherente, unitaria, ni del hombre ni de la sociedad; son, en una palabra, conocimientos ins-

trumentales, no "formativos". Tal aspecto lo tendrían tan sólo las ciencias sociales si se concibieran o enseñaran como ciencias concretas o históricas. Pero es el caso que apenas se ofrecen hoy con ese carácter y que, por otra parte, lo que tuvieran de valor formador se debería entonces a la historia, con lo que aparece otro candidato, mal que nos pese a los cultivadores de la ciencia social. Pero aquí es necesario el punto final, después de haber puesto en duda "nuestros derechos". La cuestión de que partimos, queda, sin embargo, en pie y como una, sin duda, de las más importantes de nuestra situación contemporánea.

No estará de más terminar estos brochazos con un recordatorio de los excesos cometidos, antes mencionados, y que ya empiezan a ser tomados en debida cuenta. Y llamo excesos a lo que han sido exageraciones de principios sin duda legítimos, pero que han llegado a descoyuntarse como resultado quizás forzoso del proceso general de racionalización. Me refiero, por un lado, al desmenuzamiento metodológico que ha reducido la pedagogía—tarea humana— a la manipulación científica de métodos y más métodos y a la formación del magisterio por un aprendizaje de técnicas más que de doctrinas. El futuro maestro es víctima en muchos sitios de un excesivo entrenamiento en formas de enseñanza que se acompaña de un descuido paralelo de sus contenidos. A la infla-

ción de la metodología corresponde una anemia progresiva de los saberes que han de ser transmitidos y a cuyo servicio están aquellos métodos como instrumento. ¿No estaremos ya en los extremos mismos de un movimiento reactivo? Pues algo parejo ha ocurrido con la escuela moderna, en general. El horror ante el viejo adoctrinamiento ha llevado la "libertad de experiencia" hasta el punto de actuar en el vacío. La sola preocupación por desarrollar capacidades, actitudes críticas y valores de espontaneidad ha ido desustancializando la enseñanza, disolviéndola en actividades formales que no pueden operar por sí mismas. Y todo con olvido de una de las facetas inevitables de la educación, la de transmitir un "contenido" cultural —mejor o peor— a las nuevas generaciones que sólo a partir de él pueden comenzar su propia tarea. Nada de extraño que las voces de alarma surjan ya de todos los que saben en qué consiste y ha consistido siempre la cohesión de una sociedad. ¿Es posible que subsista este país si sus jóvenes generaciones sólo han sido formadas en una actitud crítica? Así se preguntan, por ejemplo, algunos pensadores norteamericanos.

## II

El cuadro general, harto esquemático, de las cuestiones presentes en nuestra situación pedagógica, no per-

seguía otra finalidad que la de poder interrogarnos ahora acerca de nuestra propia actividad como universitarios. Pues es natural que en la Universidad se muestren concentrados en su peculiar nivel todos los problemas educativos que acaban de señalarse, aparte de los que le son peculiares. Puede afirmarse, por lo pronto, que la Universidad navega en nuestros días con vientos desfavorables y que casi parece cumplida en su conjunto una entre las varias profecías orteguianas. Superfluo parece aludir al estado de la vida universitaria en los países totalitarios y bien conocida es la desilusión causada en otros por los resultados negativos de un sedicente movimiento revolucionario que despertó en su día encendidas esperanzas. En los países totalitarios la Universidad se convirtió en centro de apologética y de adoctrinamiento, y allí donde dominara por algunos años aquel ilusionado conato revolucionario acabó por malvivir en permanente situación caótica. Pero aun en los países en donde la Universidad no sufrió semejantes trastornos en sus tradiciones se halla sujeta asimismo a una crisis interna, de dimensiones mayores o menores según sus particulares circunstancias.

Está muy lejos de nuestros actuales propósitos plantear de nuevo el tema de la Universidad. Requeriría apoyarnos en un esquema histórico de su desarrollo y de sus tipos, que nos llevaría, por lo que a los tiempos mo-

ernos se refiere, a presentar unidos el destino de la Universidad y el de la ciencia misma. Y ese destino quizá lo veríamos influido por las condiciones generales de libertad, no sin ciertas sorpresas desde luego, pues no coinciden los momentos más brillantes de la Universidad con los regímenes políticos menos conservadores. Tendría que examinarse a continuación lo que ha significado para la Universidad la ampliación general de su alumnado, con la apertura de sus aulas a nuevas capas sociales sin ninguna tradición académica familiar, y ávidas, por tanto, de elevación social más aún que de saber. Ante esa nueva situación se abre a la enseñanza superior el examen de su propia funcionalidad: qué es lo que se propone, para qué educa y cuáles son los tipos de dirigentes que pretende formar. En este punto las cuestiones se desarrollan en continuado encadenamiento, desde aquellas que se refieren a los límites mismos de la enseñanza superior a aquellas otras que atañen a la responsabilidad social de sus diversos centros por la producción excesiva de titulados, con la aparición consiguiente de un proletariado intelectual y en consecuencia de seres humanos frustrados o insatisfechos. Máxima atención reclama en este momento la contradicción bien conocida entre las exigencias de la especialización científica rigurosa y las demandas de lo que se denomina educación general; por no hablar de la necesidad de no dejar en olvido los aspec-

tos formativos que se refieren al carácter y al temple moral. Se trata siempre de los problemas que podemos llamar de la Universidad en "su" mundo, es decir, de aquéllos que provienen de las condiciones del medio histórico-social dentro del cual se desarrolla y que le penetran, por decirlo así, desde fuera. Son, por tanto, ineludibles en sus efectos aun antes mismo de haber tomado ante ellos una posición reflexiva.

Vendrían luego todas las cuestiones que se originan en el seno mismo de la Universidad, de su organización, del aprecio y situación económica de sus miembros, y que si alguna vez reflejan condiciones generales contribuyen otras a producirlas o a agravarlas. Todas las cuestiones, por ejemplo, del prestigio profesoral y académico, tan unidas a la estimación social del papel de la inteligencia y a las altas y bajas de su prestigio y *status*. Se trata de los problemas del "mundo" de la Universidad.

Se dan, por último, las cuestiones que derivan del enfrentamiento de la Universidad con ese mundo que le rodea, alterándole las maneras de su existir, y que son consecuencia de su propia misión. Pues se trata ahora de cómo la Universidad puede realizar y realiza el examen intelectual de las circunstancias en que vive. Dicho en una palabra, constituyen los problemas de la Universidad "frente" al mundo. Son éstos a los que queremos

dedicar un poco de atención, pues son los que se engarzan más directamente con la cadena de consideraciones hechas hasta aquí y con la justificación última de este ensayo. En su planteamiento desnudo se trata de algo bien sencillo, a saber: la Universidad de nuestros días vive en un mundo desgarrado por tensiones profundas y por oposiciones ideológicas que no pueden quedar detenidas ante sus muros. Las pasiones políticas encrespan el contorno y antagonicas doctrinas sociales combaten en las calles por el futuro. ¿Cómo puede comportarse la Universidad en tales circunstancias? Una Universidad, sobre todo, que no renuncie a su vocación auténtica: la investigación de la verdad, la ampliación y conservación del saber. En este punto ningún prurito de originalidad justificaría alteraciones de fondo en la tipología de posibilidades ofrecida por un escritor inglés de nuestros días. Aunque no me crea obligado a compartir punto por punto las opiniones de Nash, pienso con él que a la Universidad sólo se le ofrecen hoy tres caminos.

La solución de aislamiento, en primer lugar. La Universidad puede desinteresarse de la realidad en torno, volverle la espalda, encerrarse en sí misma y, amurallada de esta suerte, devanar en su soberbia y lejana "torre de marfil" las "cuestiones eternas". Despreocupados por el momento de averiguar si tales cuestiones existen y si es auténtica una vida contemplativa en semejantes con-

diciones, la solución de retiro y aislamiento ofrece dos grandes fallas. Ante todo, la dificultad suma, por no decir la imposibilidad, de ese radical enclaustramiento en el mundo de hoy, mundo que no exime de su penetración con la imagen y el sonido los lugares más voluntariamente recoletos. Mundo en que, por otra parte, viven y no han abandonado la mayor parte de los componentes de esa Universidad —alumnos y profesores— y en el que aun no siendo partícipes directos reciben los ramalazos de la pasión y de las opiniones encontradas. Cuando la vida se ha hecho cada vez más pública, hasta invadir los reductos tradicionales de la existencia privada, es sin duda un vano empeño la pretensión de conservar un dominio exento. Pero si por un esfuerzo sostenido y gracias a recursos inimaginables se consiguiera poner en pie ese tipo de Universidad encastillada, los resultados de tan exagerada asepsia serían fatales tanto para la sociedad como para sus educandos. Todos los años se volcarían al teatro del mundo hornadas de seres angélicos, condenados a pasar por una reeducación durísima o arrastrar por el resto de sus días el fracaso y la amargura de un desilusionado y brusco despertar. La solución de aislamiento, de ser hacedera, resultaría funcionalmente inadmisibile. La tendencia ya de por sí implícita en toda vida intelectual y académica a alimentar futuras frustraciones demanda cabalmente medidas muy contrarias a

las que llevaría consigo aquel artificioso enclaustramiento.

Ahora bien, la posibilidad examinada es una construcción típico-ideal y sólo podrían mostrarse aquí y allá alguno que otro conato de realización. Más frecuente ha sido la experiencia histórica de la posibilidad contraria, aunque siempre transitoria, por las razones que veremos. Ésta es la solución de la Universidad "militante". Cabe sostener, en efecto, que no sólo no puede cerrarse la Universidad a las influencias exteriores, negándose a la realidad de los conflictos sociales y políticos del momento, sino que debe admitir el desarrollo en su seno de esas mismas luchas y aceptar para sus miembros un papel militante. Alumnos y profesores no sólo tienen derecho a participar en la vida pública del país, como seguidores de éste o el otro movimiento político o ideológico, sino el derecho asimismo de prolongar su combate por claustros y aulas y de defender en ellos sin trabas sus respectivas posiciones.

Toda doctrina, cualquiera ideología, puede y debe ser mantenida y propagada dentro de la Universidad y aceptar las consecuencias de toda lucha por ganar adeptos y simpatizantes. Se concibe a la Universidad de tal suerte como un reflejo o microcosmos del mundo en torno, y a la participación en sus luchas internas como una preparación o aprendizaje para la posterior participación en las

luchas nacionales. Las consecuencias de esta tesis pueden ser ya estudiadas en diversos países y conducen de modo necesario a la aniquilación de la vida universitaria o al predominio final de la Universidad totalitaria. El equívoco de esta supuesta concepción liberal se manifiesta en la transmutación del enfrentamiento crítico de las teorías dentro de la esfera intelectual, admisible y necesario como veremos más tarde, en una pugna de personas y agrupaciones. Acarrea necesariamente la interpretación de la libertad de cátedra como libertad de plataforma; el análisis científico toma la figura de propaganda y el mantenimiento razonado de una convicción se convierte en adoctrinamiento sin medida. De modo también inevitable, los partidos y movimientos combatientes en el ámbito nacional aprovechan sin empacho la plasticidad juvenil para manejar sin dificultad al estudiantado por medio de personas interpuestas u otras técnicas no menos conocidas. La Universidad acaba por abandonar en su ardor militante su propia tarea. Pintorescas y marginales en tiempos más apacibles, el estado y el público podían contemplar con ojos benévolos las luchas estudiantiles; eran, en fin de cuentas, miembros de una misma clase social que jugaban a la política con el irresponsable abandono de sus pocos años. Pero desde la aparición de las tensiones clasistas y, sobre todo, de la formulación de partidos con una dialéctica de violencia, la concepción

PRESENTACIONES Y PLANTEOS

de la Universidad militante ha sido un fermento de caos.....  
El problema es grave porque el destino de una sociedad  
liberal marcha unido al destino de la Universidad libre.....  
y no puede aceptar el fácil corte al nudo gordiano de una  
Universidad dogmática, que es la salida totalitaria. Solu-  
ción que puede defenderse con éxito si se ha pasado por  
las experiencias de un desorden continuado. Planteemos  
de nuevo el problema con la mayor claridad posible. Si  
la solución militante acaba por destruir a la Universidad  
como centro de cultura y si tampoco es posible la solu-  
ción de aislamiento: ¿qué cabe hacer en una sociedad  
liberal que rechaza por esencia la uniformidad dogmáti-  
ca y quiere mantenerse fiel al espíritu mismo de la Uni-  
versidad, no otro que el de la libre investigación?

El tercer camino se dibuja de esta suerte como el de  
la Universidad "partícipe" como tal Universidad. Partí-  
cipe en la medida en que no puede volverse de espaldas  
a la realidad de su tiempo y negarse a ver lo que en ella  
ocurre, pero partícipe sólo como Universidad, en la  
medida en que esa su participación consista en el examen  
riguroso, en el análisis más completo y a fondo posible,  
en la perforación crítica sin atenuaciones de cuanta idea,  
doctrina o concepción eleve una pretensión de verdad en  
su mundo circundante. En ese sentido nada ni nadie pue-  
de quedar exento de la criba de la cátedra y del labora-  
torio, pero siempre dentro de los límites rigurosos de la

investigación objetiva. La construcción típico-ideal de esta solución no ofrece dificultades; es la que corresponde a la sociedad liberal, la que traduce la naturaleza misma de la ciencia y en la que adquiere su auténtico sentido la llamada libertad de cátedra. En la Universidad, como congregación de afanosos del saber, todo puede y debe ser examinado, en efecto, sin restricción alguna; lo que en la calle circula como demagogia, como cobertura ideológica, como encuentro de intereses, puede acrisolarse en la cátedra y ser reducido a sus modestas proporciones de verdad limitada, si es que la tiene. La sociedad no pierde sino gana con lo que puede ser excepcional reducto —precario sin duda— de serenidad; de él puede venir, aunque no se escuche, el consejo desapasionado que da el conocimiento de lo objetivamente posible.

Con todo, si la construcción típico-ideal es lógicamente coherente ¿cuáles son las condiciones de su posibilidad? Las condiciones externas parecen tan notorias que nos eximen de su particular examen: cuando en un país se abandona o no se conoce el régimen general de libertad no puede ya ni plantearse el problema que venimos considerando; no existe propiamente. Sin embargo, hay matices en los regímenes de dictadura, hasta llegar a sus formas totalitarias, cuyo estudio pormenorizado no dejaría de tener interés. Las condiciones internas, el mayor objeto de nuestro interés en este momento, dependen de

cómo se haga uso de la libertad de investigación y enseñanza. Se trata, en definitiva, de condiciones de responsabilidad: ¿cómo se aceptan y cuáles son los límites de aquellas libertades?

Entre ambos tipos de condiciones se ofrece una zona intermedia de cuestiones, en extremo vidriosas, a las que sólo puedo mencionar de pasada. Tenemos, en primer lugar, el hecho de que en todas las sociedades y culturas existen temas "tabú", los cuales difieren, de modo considerable de una a otra; la investigación y más aún la enseñanza en cualquiera de sus grados se ve obligada a silenciar o a negar incluso la existencia misma de esas cuestiones. El asunto, poco analizado, ofrece buen número de sorpresas y paradojas, pues lo que cabe estudiar con libertad —sin límites— en cierta sociedad puede ser prohibido en otra mucho más liberal en su conjunto. Es comprensible por eso que los ensayos de exploración sean escasos.

Lo mismo ocurre con otra cuestión que sólo cautamente comienza a ser examinada, pues lleva el peligro de poner al que la plantee desde la libertad, en sospecha de reacción; una entre las varias consecuencias de nuestra confusa situación actual. En términos generales aludimos ya a ella al considerar los límites de la educación. Pues se trata, en efecto, de si todo puede ser enseñado y si todos los educandos pueden resistir la misma dosis

de verdad. La vieja distinción, decíamos, entre enseñanza esotérica y exotérica. Ahora bien, a contrapelo de lo que pudiera ser primera impresión resulta ser en los centros de enseñanza superior donde el problema puede presentarse más agudo. Pues, por esencia, ese nivel de enseñanza es el que parece exigir la exploración ilimitada y a fondo de sus temas, es decir, su examen crítico sin impedimento alguno. Es curioso, que la cuestión comenzara a ser estudiada, si bien de modo tangencial, cuando se analizaron los efectos desarraigadores sufridos en algunos países por sus pensionados al extranjero; se ofrecía patente la contradicción entre los resultados beneficiosos a la larga para la sociedad y las repercusiones inmediatamente perniciosas para los intermediarios personales del proceso cuando éstos caían víctimas —no siempre, naturalmente— de una vida desajustada e insatisfecha. Generalizada más tarde la observación a la enseñanza universitaria, pudo preguntarse hasta qué punto puede convenir —social y personalmente— la producción ilimitada de grupos de individuos con una inicial desadaptación respecto a la sociedad en que tienen que vivir; tanto más si se trata de personas que han “entrevisto” más que conocido a fondo sus puntos críticos, y que víctimas de los efectos corrosivos de la “ratio” no han podido llegar a los extremos en que la conciencia clara de los límites estimula de nuevo la serenidad y el equi-

librio. Dicho de otra manera: ¿las últimas cuestiones de la enseñanza superior pueden ser igualmente asequibles a todo su alumnado? De ahí el que se haya podido subrayar por algún pensador liberal de nuestros días la conveniencia de tamizar a través de seminarios y centros especiales la minoría capaz de resistir sin peligro los efectos inicialmente demoledores de la auténtica cavilación universitaria. Y dejo tan espinoso tema, no sin anotar cómo la experiencia contemporánea ha sacado la cuestión de la esfera académica para alimentar una preocupación común de agudos observadores: ¿qué es lo que puede decirse y qué es lo que debe callarse en un momento dado? ¿Qué conciencia tengo de la responsabilidad de mis palabras?

Dejemos aquí tan graves interrogantes para volver al examen de las condiciones internas que hacen posible la realización del tipo de Universidad "intelectualmente partícipe". Y vamos a hacerlo desde un centro en extremo vulnerable, el de la ciencia social, por ser ésta donde, a causa de esa misma vulnerabilidad se ofrecen aquéllas en el máximo relieve. Los dramáticos acontecimientos de estos últimos años han puesto de manifiesto, sin lugar a dudas, la frágil y peligrosa situación en el mundo contemporáneo de la ciencia social y de sus cultivadores. El análisis de esa circunstancia nos permite descubrir una doble causación que se encierra indivisa en la naturaleza

misma de la ciencia; pues una línea causal se origina en el aspecto crítico de esa ciencia, mientras que la otra deriva de su positividad. Examinémoslas sucesivamente.

Como es sabido, aunque a veces no se extraigan todas las consecuencias de esta banal afirmación, la ciencia social es una ciencia joven pues no comienza a cultivarse como tal, en sus diversas ramas, hasta la época de estabilización del estado moderno. Pero de esto lo que nos importa ahora es destacar que ese su nacimiento posee al principio un carácter funcional, es decir, constituye un saber empírico al servicio precisamente de aquel estado. Mas poco a poco, siguiendo la legalidad interna de la ciencia, ese saber se hace autónomo y empieza a admitir dosis cada vez más fuertes de afán desinteresado de conocimiento por el saber mismo. Ahora bien, cuando los diferentes temas sociales empiezan a estudiarse por sí mismos y el investigador es fiel en proporciones cada vez mayores a la objetividad de sus métodos, los resultados de la ciencia social comienzan a su vez a distanciarse de las creencias y deseos dominantes.

El saber objetivo no coincide con el patrimonio de las creencias tradicionales o de sentido común, ni con las versiones ideológicas de los diversos poderes o intereses. En este sentido, la ciencia social supone por necesidad una crítica de todo lo que no aparece verificado o verifi-

cable con arreglo a sus propios principios. Este aspecto crítico, que a tenor de su conciencia no puede menos de encarnar el científico social, le atrae la enemistad de todos los afectados. Se constituye así un tipo especial dentro de la "inteligencia" que es el más expuesto de todos a las reacciones de los distintos intereses y que es para todos ellos igualmente sospechoso. Pues todos los intereses y fuerzas sociales quisieran probar que tienen al saber científico de su lado y hacen todo lo posible por conseguirlo; en una época de intensa "politización" el científico social ha sido fatalmente la primera víctima y el silenciado con mayor vigor. Se ha hecho observar con razón que el representante de la ciencia social es el más indefenso entre todos los intelectuales en los momentos de tensión partidista o de persecución totalitaria; los temas de su investigación se encuentran en el meollo mismo de los antagonismos y ante ellos no tiene puerta de escape ni técnica de disimulo. No disfruta de la neutralidad fácil del científico de la naturaleza, ni puede, como el filósofo, remontarse a alturas inaccesibles de abstracción, o arrojarse en la magnífica soberbia de un oscuro lenguaje. Las experiencias totalitarias muestran por eso el alto porcentaje con que la ciencia social ha contribuido a las distintas depuraciones universitarias. El cultivador de la ciencia social ha sido y es un depurable nato y esto cualquiera que sea el depurador.

Si su aspecto crítico expone a la ciencia social a las narradas consecuencias, su aspecto positivo no le ha deparado puras bendiciones. Su positividad despertó, por un lado, esperanzas excesivas con los consiguientes desengaños, le creó problemas internos por otro lado, que hasta ahora no ha podido resolver y que quizás no lo sean nunca. La aparición de las ciencias sociales empíricas en una época de cientismo puso una carga de ilusión en su desarrollo, que al no actualizarse según lo soñado llegó a movimientos de reacción negadora no menos excesivos. Se esperaba de ésta o la otra ciencia la receta infalible para la solución de los problemas cotidianos y de esa esperanza fluía a sus cultivadores un halo casi mágico. Desengaños repetidos condujeron a la pérdida de respeto por esas personas y a la negación incluso de toda validez científica a sus tareas. Lo ocurrido con la ciencia económica es en este punto sumamente expresivo, pues ningún otro "experto" disfrutó por más tiempo de mayor reverencia y ningún otro ha sido luego objeto de más despiadadas críticas. Siempre, naturalmente, con igual injusticia y por idéntico desconocimiento de la naturaleza y de los límites de la ciencia social.

Pero la positividad traía, por añadidura, otros problemas y éstos ahora en el seno de la ciencia misma. En efecto, la ciencia social por su carácter positivo ha tenido que obedecer al proceso general de especialización y

fragmentación y de esa manera no tenemos hoy una ciencia social sino un conjunto de disciplinas separadas, de campos de investigación cada vez más reducidos e intensivamente explorados, sin más relación entre sí, incluso en sus diversos métodos, que su común referencia a un mismo tipo de realidad y el vago adjetivo que la delata. Ahora bien, dado que esa realidad se vive existencialmente como un todo, su necesaria fragmentación se imputa a la ciencia social como si fuera un pecado que hace imposible la visión de conjunto necesaria para poder orientarse vitalmente a través de la maraña de los problemas del día.

Esta situación, percibida por los propios científicos sociales, ha dado lugar a los diversos esfuerzos por alcanzar una síntesis, como se decía antes en Europa, o por lograr una integración, como se dice hoy en Norteamérica. El problema de la integración de las ciencias sociales, examinado a veces con cierta superficialidad, lo mismo en sus aspectos de investigación como de enseñanza, se encuentra nada menos que en el origen histórico y lógico de la Sociología, ciencia "sintética", de la que derivan a su vez otras peligrosas ilusiones. Pues la enorme atracción equívoca de esta disciplina —como ha puesto de relieve aguda crítica filosófica— consiste en mantener la creencia de que ofrece un saber total del hombre, es decir, no sólo de sus aspectos sociales, empíricamente

observables, sino de la existencia humana como tal. Bastaría esto para mostrar las maneras hartamente mecánicas y de superficie con que se ha pretendido hacer frente en medio de alguna inocencia metodológica a la mencionada tarea de integración de las ciencias sociales.

Las consecuencias de la positividad de la ciencia social pueden también observarse desde otra perspectiva: Alguna crítica ha analizado su actual condición, atribuyendo esa supuesta infecundidad para la vida, a que perdió todo contacto con una concepción unitaria del mundo o, mejor dicho, a su abandono de los principios metafísicos que la mantenían en otros momentos históricos como un cuerpo de doctrina coherente y sistemático, tal como se daba en la filosofía griega y cristiana o en la centuria de la Ilustración; pero la posterior desecación positivista tenía que desembocar, se declara, en la anárquica fragmentación de nuestros días. La unidad de las ciencias sociales, la interna coherencia de sus soluciones sólo pueden alcanzarse, por la recuperación de principios metafísicos y morales comunes, es decir, desde una concepción del mundo de vigencia general.

Esta crítica, certera sin duda desde ciertos ángulos, desatiende, sin embargo, la legalidad interna en el desarrollo de la ciencia. Merecería, de ser posible, una consideración más detenida. Nadie puede negar que presenta un problema, el cual suele plantearse por algunos,

si bien en forma insuficiente, como el de las relaciones entre ciencia y valor. Pues no se trata de si la ciencia social puede o no poner o declarar éstos y otros valores concretos, sino de si es ella misma posible fuera de la perspectiva de posiciones últimas de valor. Es decir, desconectada de principios e ideas que no sólo articulen sus resultados particulares, sino que orienten y guíen la investigación misma, el planteamiento de sus preguntas auténticas; aquellas que "verdaderamente" importan.

El anterior despliegue, relativamente detallado en su rapidez, de la problemática ofrecida por la situación de la ciencia social no tenía otra finalidad, como se recordará, que la de tratar de responder desde un punto neurálgico a nuestra pregunta acerca de las condiciones de probabilidad de una participación de la Universidad en las realidades de su mundo por la única vía de su libre examen. Pues todas las pugnas políticas y los antagonismos sociales constituyen fenómenos que caen en el campo de la ciencia social como sus problemas y sus datos.

Y si las condiciones internas de este tipo de Universidad dijimos que eran condiciones de responsabilidad, las vemos ahora en todo su complejo entrelazamiento, luego de proyectadas sobre la tarea de una cátedra de ciencia social. Cátedra en la que sus titulares parecen estar expuestos, por una parte, a demandas excesivas y obligados, por otra, a producirse en forma crítica, aunque

se ciñan, o precisamente por eso, a lo que alcanza su saber rigurosamente limitado. La famosa teoría de Max Weber sobre la neutralidad valorativa de la ciencia quizás pudiera interpretarse como una angustiada anticipación de lo que luego aconteció a la vista de todos. La tajante separación entre la esfera de los hechos y la de los valores, del ser y del deber ser, y la limitación de la tarea posible a la investigación de aquellos hechos y al análisis racional de los medios, fines y consecuencias o de la coherencia interna de las doctrinas, lo mismo que el repudio de la utilización propagandista de la cátedra, era una solución dictada por una conciencia de responsabilidad en armonía, sin lugar a dudas, con lo que debe ser el sentido del espíritu universitario dentro de una sociedad "todavía" liberal. A la doctrina de la neutralidad valorativa de la ciencia se le han atribuido efectos paralizadores en momentos decisivos de lucha, que no están, desde luego, confirmados ni pueden quizás imputarse a la doctrina misma como muchos en cierto momento creímos. Es posible que el ascetismo heroico a lo Weber sea excesivo y que la clara separación entre lo que puede decirse como saber científico y lo que tenemos como convicción no pueda llevarse hasta el extremo de silenciar esta última. La crítica de la ciencia social por haberse desconectado de toda concepción unitaria del mundo y de la vida, a que antes aludimos, ofrece aquí

un elemento de razón. Entra por eso dentro de la conciencia de responsabilidad con que ha de proceder el universitario a la clara explicitación de las convicciones que mantiene como hombre, que dan sentido a su vida y a sus afanes y que quizás sean el resorte personal de su propia tarea científica. Sólo que esa explicitación, exigencia misma de la comunicación entre personas, debe mantenerse limpia y netamente separada de aquello que en su conciencia de científico crea poder afirmar como verificable saber de hecho. Es más, algunos planteamientos y consideraciones como los que se han ofrecido en estas páginas, sólo son lícitos y posibles si se declaran las últimas posiciones de valor que soportan las interrogantes. Los valores en este caso de una civilización liberal trabajosamente tallada a la altura del hombre, que estimamos todavía como válidos y que nos han llevado a preguntarnos por las condiciones de su posibilidad y realización en el mundo actual.

A través de inevitables dudas y vacilaciones volvemos a ver hoy en el postulado weberiano de la neutralidad valorativa, no necesariamente en su literal formulación, el principio inatacable de la Universidad libre en una sociedad igualmente libre. No es otra cosa, en definitiva, que un aspecto del afán de saber y de verdad que impulsa a la ciencia y que alimenta toda auténtica institución universitaria. En una sociedad todavía libre, la única

manera de perpetuarla es responder con responsabilidad a los derechos que nos otorga; en una sociedad ya estrangulada por el espasmo de las contraposiciones polares, es también la única manera de imponer si no la tolerancia al menos un íntimo respeto, aun en la persecución, al antagonista. Queda, en caso extremo, la propia conciencia ante el enigma del fracaso.

### III

¿Cuál es la situación actual de la inteligencia académica? Es decir, ¿cuáles son las condiciones externas de su trabajo y cuál el alcance de sus modos y medios de expresión? La imagen de los grandes sabios del pasado nos ofrece un modelo que nos parece hoy inasequible. Los tomos de sus obras se acumulan en los anaqueles como resultado de un esfuerzo que quizás percibimos como inverosímil e irrepitable. ¿Qué es lo que supone ese pasmoso triunfo intelectual, vencer de las prensas? Sin duda, excepcionales cualidades de inteligencia y de energía de trabajo; el planteamiento mismo de la investigación, la hipótesis perseguida, el plan que se traza y desarrolla, suponen, claro está, capacidades intelectuales fuera de lo común, mas luego viene la incansable suma del trabajo diario, las lecturas y experiencias metódicas, el amontonamiento lento de las cuartillas. ¿Desesperamos

hoy de nuestra inteligencia y de nuestras energías? ¿O más bien nos damos cuenta de la desaparición de ciertos supuestos? ¿Cuáles son éstos? El examen de los momentos de plenitud de la universidad europea, los del siglo XIX muy en particular, quizás nos ponga sobre la pista de lo que buscamos. Dos condiciones parecen desprenderse de ese examen: seguridad personal económica y seguridad de horizontes colectivos. A lo que tendríamos que añadir el elemento de honor. La gran tarea investigadora y erudita se apoya, en efecto, sobre planes a largo plazo; al emprenderla, su autor no está ni puede estar seguro del resultado, sólo sabe que en ella va a consumir su vida o muchos de sus contados años. Huelga insistir además sobre el carácter absorbente y a veces obsesivo de toda actividad intelectual; toda interferencia de preocupaciones cotidianas la dificulta y una súbita alteración de horizonte la suspende o impide. Por consiguiente, tanto una situación personal que obligue a asegurar día a día la primaria necesidad del sustento, como una situación colectiva que impida una razonable previsión del futuro, tienen que afectar de modo adverso el despliegue de un esfuerzo que se mide por años. Asimismo, las estrecheces de una moderada posición económica pueden aceptarse con dignidad y paciencia si se espera o se goza ya la compensación del reconocimiento social; sin un mínimo de honores y de prestigio la tarea

requiere calidades heroicas escasamente distribuidas. Por otra parte, se trata de una obra personal, libremente emprendida y que mantiene el puro afán de conocer y saber —el impulso de alcanzar la verdad o de añadir nuevas verdades— o la creencia, si se quiere, de su utilidad y de su valor de servicio. Pues bien, éstas son las condiciones que encuentra muy deterioradas la inteligencia académica de nuestros días y que quizás se han agravado para las nuevas generaciones al encontrarse éstas incapacitadas para utilizar las reservas del hábito y la tradición. Hasta dónde pueda llegar ese deterioro dependerá de la situación política y económica general.

Dentro de estas concisas alusiones conviene detenerse en dos puntos todavía. En primer lugar, en el hecho de que la propia organización universitaria provoca a veces esas condiciones buscando precisamente lo contrario. Tal ha sido la manía de valorar unilateralmente un solo tipo de profesor y de condicionar el ascenso y el status “intra muros” por la frecuencia y número de las publicaciones. Esta tendencia ha sido funesta. La obsesión por publicar a fecha fija sólo ha podido favorecer a los más aptos en la organización mecánica del trabajo. Por eso, buen número de tales publicaciones son personalmente inauténticas, aparte del valor escaso o nulo de su aportación. El segundo punto se refiere a la institucionalización de la tarea científica, aceptada por algunos con entusiasmo

PRESENTACIONES Y PLANTEOS

como el único medio de mejorar las condiciones de que venimos tratando. La cuestión parece haberse problematizada. Y el espectáculo contemporáneo de los Estados que se han convertido en los únicos patronos de la vida intelectual y científica basta para probarlo o para suscitar al menos grandes dudas. Hace ya muchos años que pudo hablarse de la "expropiación de los medios de investigación" como de una tendencia de nuestro tiempo destinada a convertir lentamente al científico en un "burócrata" de la producción espiritual. Pero la previsión se hacía con disgusto y recelando de sus peligros. Es cierto que en un aspecto semejante proceso es inevitable; nadie puede hoy disponer de los laboratorios y medios de investigación necesarios sin ayuda pública. Pero de eso hay un gran paso a la aceptación sin reservas de la investigación planificada. Nadie puede negar, en efecto, la conveniencia de que el poder público —como hicieron y hacen las grandes empresas— pueda sostener investigaciones planeadas en vista de necesidades colectivas que no podrían hacerse sin su "inspiración" y sus medios y todo el mundo conoce cuáles son los límites y las direcciones de esas investigaciones. Pero cosa muy distinta es la institucionalización de toda la actividad intelectual, so capa de mercenazgo generoso, que en realidad la esteriliza y falsea. Aparte de lo que silencia tiñe aun sus mejores resultados con un tono perturbador de apologética y

consigna que empapa sin remedio hasta las formas de expresión y de estilo. ¿Qué es lo que puede quedar de libertad de investigación y de iniciativa personal en la maraña de unos y otros institutos? En el mejor de los casos, el mantenimiento de las condiciones objetivas de seguridad sucede a costa de acabar con las calidades personales y subjetivas, las que más importan en fin de cuentas. Se trata, claro es, de manifestaciones totalitarias y tanto menos dañinas cuanto más declaradas y explícitas. Pero las tendencias generales de la época en esa dirección nos obligan a estar advertidos y a no fomentar falsas ilusiones. El apoyo de los poderes públicos a la vida académica y a la investigación debe seguir rumbos diferentes. El aseguramiento de las condiciones de estabilidad material de la vida académica ha de ir mano a mano con la garantía y defensa de su libertad creadora; y el apoyo de la investigación por parte del Estado sólo puede hacerse con éxito a través de instituciones políticamente independientes, autónomas en su orientación, generosamente abiertas, por tanto, a todo afán personal. Sin embargo, no es este tema, por ser importante, el verdadero eje de estas líneas; me interesa otro aspecto mucho más íntimo pero no menos del momento. Es éste: ¿puede la inteligencia académica limitarse en nuestros días al uso exclusivo de sus medios de expresión típicos y más apropiados?

Las formas expresivas del profesor están dadas por sus tareas de cátedra y por las tradiciones académicas. Su influjo alcanza al estilo mismo. El profesor dicta cursos y escribe tratados o monografías; la conferencia es una lección o un curso concentrado de igual manera que el manual es un tratado en resumen o en proyecto. Es extraño que apenas se haya escrito, si es que algo hay, acerca de la construcción y desarrollo de un curso. Por fortuna o por desgracia la pedagogía suele pararse ante los niveles universitarios y quizá por razones explicables. En el desarrollo de un curso entran con la ecuación personal del profesor dos momentos en extremo importantes que denominaré la situación general colectiva y la situación de aula. Esta última, muy variable, determina, en definitiva, las características más importantes de un curso: la densidad, el ritmo y el entusiasmo. El peso de la situación general colectiva, resultado del medio nacional y el particular universitario, se percibe agudamente por quien profesa o enseña en distintos países, y no menos puede ser captado cuando se trata de diferentes momentos en la vida de un mismo país. En este sentido son en extremo variables las posibilidades de desarrollo; con todo, un curso lleva consigo limitaciones expresivas que provienen de su necesaria división en lecciones o conferencias y que ponen siempre en peligro la visión del conjunto.

En, la monografía se expresa una investigación. Enfoca por eso un tema limitado y porque su público es el especialista, necesita aportar toda la prueba. Por lo común se presenta cargada en su aparato científico y no pretende la amenidad. El tratado despliega la exposición sistemática de una disciplina y esto tiende a liberarle en alguna forma de la minuciosidad de la monografía. La tradición no exigía galas literarias, pero sí un estilo severo ceñido y lo más claro posible; el estilo académico alcanzaba así su propia fisonomía. A este respecto bueno será recordar el deterioro que hoy sufre en dos opuestas direcciones; por un lado, la pérdida de todo estilo en las obras dictadas, redactadas a la velocidad de la tecla o forjadas a toda prisa por el simple ensamblaje de papeletas y resúmenes. En otra dirección el estilo académico se pierde de igual modo por el afán de notoriedad o por el deseo de aparecer original a toda costa; los diversos trucos de presentación sólo tienen éxito, sin embargo, caso que los ampare un verdadero talento literario. Plaga más grave es el intento de ofrecer la presentación formal—acuñación más o menos afortunada de nuevos términos— como originalidad de fondo; de tal enfermedad adolecen hoy las disciplinas humanas y las ciencias sociales en particular. En todo caso puede sostenerse que el tradicional estilo académico constituye una limitación

y que por romperla luchan las aludidas innovaciones. Ahora bien, lo mismo que la monografía, tiene el tratado un público muy restringido.

Las limitaciones de público y de estilo y las condiciones que hacen posibles los medios de expresión antes mencionados, plantean graves dificultades a la inteligencia académica que no quiera eludir sus responsabilidades intelectuales para con el mundo agitado en que vivimos. Todo escritor se pregunta hoy afanosamente por las razones de su actividad, por qué escribe y para quién lo hace. ¿Cuál es mi público? ¿Qué medios de expresión emplear? Es muy posible, en efecto, que para ciertos momentos y situaciones sólo sea eficaz determinado medio de expresión y no otros. ¿Cuál es el más adecuado en los actuales? ¿Es el panfleto? ¿La sátira? ¿El teatro? ¿La novela? Algunos talentos afortunados ensayan hoy las más diversas posibilidades, otros peor dotados o menos audaces quedan con la duda de si no se dirigen a fantasmas o si claman de hecho en el desierto.

La inteligencia académica se da cuenta de que no es el tratado precisamente el medio para llegar a un público general. Y que a su vez no puede olvidar o dejar de buscar a ese público si quiere influir de algún modo en la orientación de un destino colectivo que es el suyo propio. Y no puede olvidarlo ni debe hacerlo en la medida en que la inteligencia académica ha sido formada

dentro de exigencias de serenidad y de responsabilidad, que son las notas cabalmente ausentes en los conflictos puramente ideológicos o en las apasionadas fluctuaciones de opinión. Mas esa responsabilidad, el conocimiento de los hechos, la escéptica actitud ante las ilusiones desafiadas, no pueden esperar al tratado para manifestarse; lo más probable es que al término de los años necesarios para escribirlo, haya desaparecido por completo la situación problemática en donde urgía la palabra oportuna y que se esté en otra muy diferente. El tratado por naturaleza es siempre un rezagado.

Quizá por eso vemos hoy aquí y allá un nuevo medio de expresión que llamaré el ensayo académico; pues no es ensayismo literario en el que predomina sobre el contenido la preocupación estética por la forma, sino un esfuerzo por decir en forma abreviada lo que llevaría mucho tiempo para cristalizar en monografía o en tratado y que quedaría por añadidura destinado a un público reducido. El ensayo académico busca un radio más extenso de lectores, pero quiere acercarse a ellos —y ésta es su nota esencial— con la mayor responsabilidad posible. Quizá todo esto sean vanos engaños e ilusiones inconfesas de participación que llegan de un tipo humano alejado sin remedio de los centros estratégicos que mueven los acontecimientos del mundo: quizá respondan a una profunda exigencia moral, la de descargar

al menos el propio corazón. No sabemos. El hecho es que el ensayo académico, allí donde todavía es posible, constituye un medio de expresión típico del momento y un exponente de libertad intelectual.



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

BIBLIOTECA

MATERIA .....

LIBRERO  
2. LA CIENCIA SOCIAL EN LA ENCRUCIJADA .....

I

Al encararme con uno de los temas más dramáticos del momento sólo pretendo que podamos salir de la aventura con un contorno medianamente claro de las cuestiones que pudieran ser objeto de una meditación ulterior. De que tales problemas estén o no bien planteados depende el éxito de una empresa en que todos somos más o menos partícipes. Es decir, partícipes aunque no queramos o no lo sepamos de un modo claro. Ya que la cuestión que se debate es si podemos o no confiar en lo sucesivo en la ciencia social como guía en la resolución de nuestros asuntos cotidianos. De ahí el dramatismo de que hablaba. Si perdemos toda esperanza en el valor orientador de la ciencia social, no sólo sobramos cada uno de sus cultivadores, sino que todos, nosotros y los demás, como simples hombres y ciudadanos, hemos de renunciar a cualquier propósito de dirigir racionalmente

nuestra conducta política y social. Si nos mantenemos, por el contrario, en esa esperanza, la misma no es incompatible sino que exige más bien un examen de la situación actual de nuestra ciencia y de lo que parecen sus fallas. Por eso, en la medida en que me alienta la fe en el valor para la conducta de la consideración racional y científica de sus condiciones, fines y medios, es por lo que me parece necesario un análisis del estado vacilante de la ciencia social en estos momentos. En mi opinión, las dificultades con que tropieza esa ciencia en nuestros días se deben a que ha de aplicarse a una sociedad que presenta estos tres caracteres; el de ser una sociedad crítica, el de ser una sociedad heterogénea y el de ser una sociedad dominada por tendencias nihilistas. El examen somero de cada uno de estos caracteres en sus conexiones con el desarrollo de la ciencia, nos ofrece el cuadro de los principales problemas y con ello la posibilidad de plantear con mayor precisión aquellas cuestiones que han de ser resueltas si queremos recuperar para nuestra vida el sentido y razón de ser de la ciencia social.

### *Los problemas de una sociedad crítica*

Lo que sea una sociedad crítica es hoy, por desgracia, cosa bien conocida. Hablar de una sociedad crítica equivale a mencionar una sociedad desorientada, la cual

presenta esa fisonomía porque las normas y modelos para la acción se muestran confusos. Se sabe o se pretende saber que cierto número de las pautas hasta un momento dominantes no pueden realizarse en lo sucesivo, pero no se conocen con igual claridad aquellas que han de sustituirlas. Por eso la existencia aparece como abierta a un vacío cada vez mayor. Sondar en él o inquirir por sus causas profundas no es cosa ahora de mi incumbencia. Nos interesa tan sólo saber qué pasa en coyuntura semejante con la ciencia social. Pues nada es más explicable como que en tales momentos de desorientación se acuda a los consejos de los especialistas para encontrar un camino y una seguridad. Mas ello ha ocurrido a las veces con tanta ingenuidad, que la desilusión por el fracaso ha sido en consecuencia tan amarga como exagerada. A la idolatría del especialista ha sucedido su completa denigración. Ambas cosas evidentemente fuera de la medida y de lo justo. La desilusión ante la ciencia social ha tenido lugar cuando se ha invocado el consejo de sus representantes para la resolución de problemas urgentes y éstos se han excusado con diversos subterfugios teóricos de dar alguno o cuando, de ofrecerlos, aparecieron entre sí notoriamente contradictorios. En ocasiones la solución "a la larga" parecía sin duda discreta, pero nadie tenía paciencia para tan gran espera, pues había de procederse al siguiente día. Ha sido esta peligrosa

desilusión del hombre medio la que, como llamada de alarma, ha llevado a los propios científicos a meditar sobre su tarea y a inquirir en las causas de la ineficacia práctica de sus construcciones teóricas. En lo que pudiera denominarse señalamiento de síntomas o descripción del problema parece existir coincidencia completa. No así en el verdadero diagnóstico, ni menos en el plan curativo. Pues se está de acuerdo, en efecto, en que existe a menudo una acentuada disparidad entre la teoría, que aparece como una construcción fija y estática, válida para siempre, y una realidad en permanente fluidez que se defiende de todo intento de apresamiento teórico. De esta suerte, tenemos, por un lado, una teoría perfecta en su coherencia lógica, que resuelve en sus mayores detalles todas las cuestiones que se imaginen dentro de sus postulados, mas por otro, una realidad rebelde a esa coherencia, que plantea de continuo problemas fuera de los supuestos correctos de la teoría y que, por tanto, no pueden ser resueltos mediante ella. Claro es que una solución consiste en pensar que si la realidad no encaja en la teoría, tanto peor es para ella y en consecuencia continuar imperturbables en el mundo cerrado de su elaboración pura. Pero ésta no es la posición dominante. Nos quedan, empero, dos posibilidades. Una radica en la renuncia a toda teoría. La otra consiste en dar con una teoría que sea efectivamente capaz de interpretar la realidad.

*Realidad y teoría*

La primera posición no es infrecuente en nuestros días y se traduce por una actitud reverencial ante los hechos. Con inadvertida ingenuidad metodológica se parte de la idea de que si la teoría no apresa la realidad es porque no está suficientemente nutrida con los hechos necesarios y que lo requerido es indagar en ellos sin ninguna preconcepción teórica. En el caso mejor, sólo cuando tengamos conocido un número considerable de hechos será posible anünciar alguna teoría acerca de ellos. Mientras tanto, es preferible atenerse a los datos mismos antes que a una doctrina falsa y despistadora. Hay en esto un merecido correctivo a la especulación sin base en que se incurre con tanta frecuencia en la ciencia social, pero significa también un movimiento exagerado del péndulo y pretende algo que es irrealizable y sin sentido. Primero, porque si se afirma que la sociedad es flúida y siempre cambiante, perseguir los hechos y sólo los hechos significa entregarse a una corriente sin término, a una tarea infinita. Pues nunca sabremos así cuál es el estado buscado, o sea cuál es el fenómeno que, por su importancia para lo que perseguimos, merece destacarse como hecho. No haremos sino sumergirnos, más desorientados todavía, en el movimiento sin tregua de la realidad. Pero además, lo que actualmente ocurre con

el que sólo pretende atenerse a los hechos repudiando toda teoría es que no hace sino afirmar implícitamente una, que es a menudo en exceso simplista y tosca. Y tiene que ser así de modo necesario porque la más sencilla clasificación de los hechos lleva consigo un principio teórico ordenador. Nada tiene, por eso, de extraño que el puro amontonamiento de hechos y su pretendido análisis cuidadoso sea incapaz de darnos orientación alguna o que sólo nos ofrezca la que subrepticamente habíamos introducido en ellos de antemano.

### *Una teoría dinámica*

La segunda postura, en sí metódicamente correcta, suele llevar consigo un intento de explicación del problema que nos ocupa, pues al menos tiene conciencia de que existe. Lo que explica que hoy nos encontramos con frecuencia con la tesis siguiente: cualesquiera que sean las explicaciones ulteriores que puedan darse del fenómeno de la crisis, para la óptica especial del sociólogo — en este caso, de todo cultivador de la ciencia social — se trata por lo pronto de algo que se da en una sociedad sujeta a un proceso de cambio acelerado. En una sociedad de tal naturaleza la crisis se ofrece, de modo necesario, con los caracteres antes apuntados, porque los cambios son tan rápidos que la capacidad de adaptación va a la zaga

de ellos. Dicho en otra forma, las transformaciones de que se es testigo se dan a la vez en tantos campos y a tal velocidad, que se tiene la impresión de que no hay nada estable desde donde contemplar la realidad en su conjunto e intentar cierta previsión. En situación pareja, el trance penoso de la ciencia social es bien fácil de explicar, pues sólo consiste en que la teoría va también a la zaga de las mudanzas de lo real. La teoría tiene forzosamente que fracasar cuando, brotada de la experiencia y de la vida de una sociedad estática o relativamente estable, se la intenta aplicar a otra sociedad que es radicalmente dinámica. Tal ocurre en nuestros días. Vivimos, se dice, en una sociedad que en todos sus componentes es tremendamente móvil; el movimiento de los unos acelera y estimula al de los demás, de suerte que, a pesar de todos los "retardos" parciales que puedan señalarse, el panorama total es uno de cambio y transformación incesantes. Ahora bien, si para orientarnos en medio de esta sociedad hacemos uso de construcciones teóricas que provenían de otros momentos más apacibles y válidos para ellos o que, en méritos de la plenitud teórica, se han elaborado de espaldas a lo real, la consecuencia no puede ser más que el fracaso. Pero su razón no está en que hacemos uso de puntos de vista teóricos, sino en que éstos son inadecuados. Por tanto, lo que se necesita no es rechazar toda teoría, sino construir una

que acoja en su seno el dinamismo de la realidad que trata de apresar. O sea, que por sus elementos y postulados sea por sí misma dinámica. La sociedad de cambio, sin reposo, en que vivimos nos exige, para entenderla y dominarla, una teoría que sea por sí misma la explicación y previsión de ese cambio. No hay palabra que más se repita en la ciencia social reciente que la de dinámico; y teorías que pretenden ser "dinámicas" se encuentran en todas sus ramas, en la sociología y en la economía, lo mismo que en la ciencia política o en la psicología, tanto individual como social. Hay aquí seguramente factores de moda y de contagio, pero en el fondo responden a actitudes metodológicas conscientes alimentadas por el carácter de nuestro tiempo. No es posible extenderse en demostraciones que confirmen lo anterior. Por vía de alusión, más que como prueba, me voy a referir al campo de la economía, en donde el proceso apuntado se refleja con más claridad quizá que en otro cualquiera. El supuesto fracaso de la doctrina clásica ante los fenómenos económicos de nuestros días ha conducido, por una parte, al repudio de toda teoría con pretensiones de validez universal, tanto en el historicismo como en el institucionalismo, o a los diversos intentos de inyectar en el viejo esquema de la concepción ortodoxa nuevo vigor y sangre fresca. Son precisamente estos últimos los que se distinguen por adoptar puntos de vista dinámicos más próximos

al proceso real de la vida económica. En términos generales puede aplicársele a todos lo que declara uno de sus formuladores. "La teoría dinámica, en vista de una investigación de tipo realista, tiende cada vez más a construir un nuevo sistema de coordenadas en donde la idea clásica de un equilibrio entre costos y precios se sustituya por la secuencia regular de las fases del ciclo económico."

### *¿Sociedad estacionaria?*

Ahora bien, el ensayo de salvación que supone la idea de una teoría dinámica sería inatacable si se reconoce que tienen ese carácter las tendencias que muestra la realidad. ¿Pero qué sucedería si en vez de una sociedad dinámica nos encontrásemos, al contrario, ante una sociedad que en su conjunto está entrando en una fase de estancamiento y quietud? La hipótesis de que nos hallamos en un momento contractivo de nuestra civilización no es en modo alguno disparatada. La posibilidad de que el período expansivo de la civilización occidental haya llegado a su término, comienza a ser comprobable en algunos de sus aspectos. La era de la colonización y de la expansión demográfica indefinida parece concluída. La crisis del capitalismo se interpreta por muchos como el momento final de un desarrollo que parecía sin

límites en sus conquistas. Lo mismo ocurre con el crecimiento urbanístico. Si entramos, en efecto, en una era de "contracolonización", quiere esto decir que no son las tendencias todavía aparentemente dinámicas las que hay que tomar en cuenta, sino las contractivas y estabilizadoras; y que en lo sucesivo van a imperar de nuevo, aunque con supuestos distintos, las preocupaciones por el equilibrio y el crecimiento orgánico. Y esto lo mismo en política y en economía que en la formación de ideales para la vida humana. ¿Qué haríamos entonces con nuestras teorías dinámicas?

## II

### *Los problemas de una sociedad heterogénea*

Mas no basta todavía con la caracterización precedente. Pues la sociedad a la que debe aplicarse nuestra ciencia social no sólo es crítica sino marcadamente heterogénea. Es evidente que hoy más que en cualquier otro momento histórico todos los pueblos de la tierra se encuentran sometidos a influencias homogéneas que tienden a producir cierta uniformidad, notoria, al menos, en la superficie. Pero tampoco nadie puede negar, por debajo de ella, la presencia de corrientes semejantes en la vida social y cultural que pugnan por una uniformidad más

profunda. Sin embargo, sería un error pensar que, dada la existencia de ciertas uniformidades, todas las sociedades de la tierra se encuentran en una fase pareja de su desarrollo. Al contrario, tales sociedades aparecen todavía en extremo heterogéneas. Y esta heterogeneidad depende siempre de una peculiar constelación. Por una parte, el desarrollo económico-social, aún marchando dentro de una misma dirección, es muy diverso en los diferentes pueblos. Y, por otra parte, ese desarrollo acontece siempre dentro de configuraciones culturales muy peculiares que lo moldean en alguna forma. Para la percepción de lo que venimos diciendo no es necesario que comparemos entre sí pueblos con tradiciones y culturas histórica y geográficamente muy distantes; nos basta con observar lo que sucede en nuestros propios países, miembros todos de un tronco común. Ahora bien, la inadvertencia de este hecho fundamental ha dado lugar a graves errores tanto en la política como en la elaboración de la doctrina social. La facilidad de encontrar ejemplos nos pone aquí ante un verdadero "embarras du choix". Ya que la historia de nuestros países es por cierto muy abundante en ellos. Así, no sólo encontramos mimetismos institucionales que no han podido funcionar en debida forma, sino adopciones teóricas abundantes a las que nuestra realidad ha venido demasiado ancha o demasiado estrecha. Tuvimos, por ejemplo, sociólogos

empeñados en interpretar la vida de nuestros medios con teorías elaboradas en la Sorbona por personas que nada conocían de la realidad americana o, lo que es peor, con tenaces prejuicios acerca de ella. Y no creo que fuera difícil señalar, aun en nuestros días, a algún economista o pedagogo esforzados en endosarnos sin más averiguaciones una teoría surgida de la situación económica inglesa de 1929, o determinadas normas educativas muy apropiadas para un niño que tuviera que formarse en el ambiente de una ciudad alemana o suiza. Se me dirá que no hay en estos ninguna diferencia con la adopción, llevados de la moda, de ciertas filosofías o de una casa de tipo alpino dentro de un medio tropical. Sin embargo, si nos atenemos a sus efectos, las diferencias pueden ser muy sensibles. Quien se hace construir una casa con el tejado inclinado que conviene a los países con nieves habituales en una región que las desconoce, no hace más que demostrar su mal gusto o su escaso sentido funcional. Pero con ello el daño sólo se lo hace a sí mismo. Pero si alguien, guiado por ciertos estudios acerca de los efectos de la desocupación sobre la vida familiar realizados en una ciudad industrial norteamericana, pretende aplicar sus enseñanzas a la prevención de las consecuencias de un posible desempleo rural en Venezuela, no sólo se equivoca sino que sus errores pueden recaer sobre las vidas de un buen número de gentes. Debemos estar por

eso constantemente en guardia frente a adopciones precipitadas de este tipo. Pues, mientras no se demuestre en el caso concreto lo contrario, hay que suponer que en la ciencia social la transferencia a una sociedad de teorías o generalizaciones provenientes de otras distintas las invalida de modo fatal. Y como esto pudiere sonar en menoscabo de las pretensiones científicas de la investigación social, conviene aclarar en qué sentido y por qué causas ocurre. La razón primera consiste en la extrema escasez en la ciencia social de aquella clase de teorías que corresponde por su naturaleza a lo que son las leyes de las ciencias naturales. Ciertamente es que podrán encontrarse en manuales y tratados de nuestras disciplinas principios formulados en forma de leyes y con pretensión de tales. Pero muy pocos podrían resistir a un análisis riguroso. Lo general es que nuestras teorías sólo tengan el carácter de interpretaciones "post factum" o de generalizaciones empíricas, ambas válidas sólo de un modo muy condicionado. Las interpretaciones "post factum" ya son por sí mismas en extremo sospechosas y pueden ser invalidadas con frecuencia. Y por lo que respecta a las generalizaciones empíricas bien inducidas, sólo son válidas desde luego siempre que se den plenamente las situaciones de hecho en que se apoyaron. La interpretación "post factum", por ejemplo, de que la angustia del desocupado forzoso disminuye su capacidad de concentración y que,

por tanto, el desempleo influye negativamente en la lectura, pudiera no ser cierta de ser incorrectos los hechos que se aducen, pero desde luego es plenamente inválida para un medio de analfabetos. Generalizaciones empíricas más o menos rigurosamente comprobadas se ofrecen con alguna frecuencia pero no rigen en manera alguna allí donde las condiciones de hecho varían sensiblemente. En este campo de uniformidades sociales que por naturaleza no son susceptibles de generalización universal es en donde con más reiteración se cometen gruesos errores. Los cuales son casi una verdadera plaga en la esfera de las interpretaciones de historia con pretensiones sociológicas. Pues con penosa frecuencia se tiende a adoptar para esos menesteres, sin previa revisión metodológica y conceptual, esquemas que se han mostrado útiles en la interpretación de procesos históricos poco o nada semejantes. ¿Qué sentido tiene aplicar al estudio de la sociedad peruana esquemas y categorías que han servido con éxito para la interpretación del desarrollo social inglés en tales o cuales de sus momentos? Repitamos, en resumen, que la heterogeneidad social y cultural es un constante reto a la originalidad del investigador y que plantea, tanto para la teoría como para la práctica, problemas que han de ser afrontados sin andaderas.

## III

*Los problemas de una sociedad dominada  
por tendencias nihilistas*

Ahora bien, no sólo hemos de contar con que nuestra existencia transcurre en una sociedad crítica y heterogénea, sino que ella es también a las veces en forma muy acusada, una sociedad que se encuentra dominada por tendencias nihilistas. Podría objetarse, sin que pretendiera negarlo, que esta nota está ya comprendida en la fisonomía general de una sociedad crítica. Pues se dijo cabalmente que ésta era una sociedad desorientada y que tal cosa ocurría por no existir en ella puntos fijos que puedan guiar sin titubeos la conducta. O sea que la desorientación consiste en una confusión en los valores. Pero quiero insistir en este punto porque hay algo más que una vacilación valorativa, un simple estado de duda que paraliza la acción. Se trata de una tendencia a negar la posibilidad de toda valoración.

El hecho de enfrentarse con valoraciones diferentes y aun contradictorias, en vez de estimular el deseo de superar semejantes situaciones confusas por una revisión de actitudes que permita quizá confirmárlas de nuevo o corregirlas en la medida justa, ha conducido, al contrario, a un desánimo completo, a actitudes negativas en que

nada queda como no sea la irrupción de los impulsos primarios e irracionales. El nihilismo es, así, una postura de negación radical, de plena desesperanza. Mas en igual forma que antes, he de renunciar aquí a todo examen que no se limite a observar los efectos de semejante nihilismo en la ciencia social. O mejor dicho, a rastrear en los problemas que hoy nos presenta su construcción teórica las huellas de ese estado de ánimo general de negación y desesperanza. En este punto es bien significativo que la ciencia social contemporánea haya oscilado y siga oscilando entre el postulado de la *wertfreiheit*, de la eliminación de todo juicio de valor, y la tesis que hace depender su propia posibilidad nada menos que de la existencia de valores proyectados por la misma existencia limitada del investigador. Hemos así vivido en estas últimas décadas entre la indecisión por norma o el decisionismo instantáneo como criterio de verdad. Mas entre la indecisión como actitud y el decisionismo ciego hay paradójicamente un parentesco profundo, pues en ambos se perfilan gestos distintos de un mismo vacío. En lo que he denominado indecisión por norma se trata de una postura en que, al amparo de un criterio científico que se estima estricto y riguroso, se aniquila la posibilidad de escoger la salida adecuada en una situación problemática. En los años que preceden a la presente catástrofe no era otra la posición de numerosos especialistas, y

predominaba asimismo entre los profesores universitarios. Quizá se empiece a ver ahora con claridad lo que fué una verdadera desdicha para muchos países, en la medida en que malogró gran parte de sus mejores inteligencias. La posición que examinamos no pretende ciertamente ser la teoría de una vida en suspensión; antes bien, fué la idea de la responsabilidad ante la acción la que se encuentra en los supuestos del criterio de objetividad en que se apoya. Al menos en alguno de sus grandes formuladores. Con lo que, sea dicho entre paréntesis, podemos observar aquí un fenómeno que se reitera en casos semejantes. Y es el de la distinción que debe hacerse entre el contenido de verdad, mayor o menor, de una doctrina y sus efectos sociales, cuando ésta desciende de la discusión entre un grupo de inteligencias superiores y pasa a ser lugar común de hombres más mediocres. La distinción, en una palabra, de una doctrina como teoría y como movimiento social. Pues, en efecto, el acierto y justeza del criterio de la neutralidad científica, en el sentido de la distinción más estricta entre juicio de hecho y juicio de valor, pueden ser discutidos y aceptados en más o en menos, pero lo que nos interesa ahora es observar cuáles son las consecuencias de su aceptación, quizá deformada, como actitud cotidiana de un grupo de hombres. Podemos así prescindir, por el momento, de un examen de la validez de ese criterio. En la vida real se ha ma-

nifestado como una defensa de la indecisión al encarnarse por lo común en formas de expresión intelectual en las que es imposible apoyar una conducta. Dos de ellas son típicas. Ante la demanda de consejo para un problema concreto y urgente el especialista o profesor inspirado por esta actitud solía hacer una de estas dos cosas: declarar paladinamente su incapacidad de darlo por no poseer los datos suficientes, o mostrar con escrupuloso rigor todas las consecuencias que habrían de producirse de adoptar una u otra de las alternativas posibles, pero sin pronunciarse por ninguna. En cualquier caso, el urgido de ayuda quedaba sin ella o en la peor de las confusiones y sin saber a qué atenerse.

### 3. ACERCA DE LOS TIPOS DE INTELIGENCIA

El título puesto a un ensayo casi nunca puede sugerir de manera cabal el contenido de lo que se pretende. Me propongo examinar si existen formas de vida intelectual más o menos relacionadas con la posición que en una sociedad ocupen sus representantes. Claro es que de modo esquemático y sabiendo de antemano que las simplificaciones a que se está expuesto sólo son aceptables si se las toma a la par como elementos de una hipótesis y como fatalidades de una expresión concentrada. El tema forma parte de lo que se conoce académicamente como sociología del conocimiento o del saber. Y por ello podría sospecharse que al intentarlo bosquejar aquí no hago sino obedecer a los dictados de una moda. Es, sin duda, cierto que me encuentro sometido, como cualquiera otro, a la presión de las corrientes de la edad y al influjo de lo que parecen preocupaciones intelectuales típicas de nuestro tiempo. Preocupaciones que son comunes, desde luego, en la medida en que circunstancias semejantes las

suscitan. Mas este asunto en torno a la vida intelectual me ha venido acuciando de un modo particular en virtud de experiencias personales, que si no son raras en nuestros días, dentro de los horizontes limitados de una vida individual pueden valer como una revelación. Me refiero a las experiencias que constituyen la trama cotidiana del vivir para un intelectual en la emigración. Pues ésta significa, cuando es suficientemente prolongada, la pérdida de toda participación en los asuntos inmediatos y concretos de la comunidad originaria. Ahora bien, dado que la posible vinculación en otra comunidad es, en el caso más favorable, un proceso lento y en ciertos aspectos algo incluso vedado de modo explícito por la ley y las convenciones, tiende a abrirse fatalmente un vacío en toda existencia personal, que se percibe más o menos según sean las condiciones en que transcurra. Con la emigración han desaparecido amistades, apoyos familiares, arraigos locales, asociaciones de profesión y recreo, perspectivas de carrera y ascenso y no menos intereses políticos concretos, alimentados y modificados día a día. El sentido, en una palabra, de la continuidad y del desarrollo. En esto se encuentra la clave de muchos fenómenos de toda emigración que no han sido examinados como se merecen. Mas lo que ahora me interesa es en qué forma puede traducirse esa experiencia de vacío en la conciencia de un intelectual, de una persona

manteniéndose de modo exclusivo por el ejercicio de su inteligencia y sin los efectos compensatorios que tiene el hombre entregado a las actividades que llamamos prácticas. No me cabe duda que estas circunstancias favorecen en todo intelectual sincero planteamientos renovados de cuál sea el sentido y función de la vida intelectual misma. Pues en ellas hay momentos en que es muy difícil evadir una pregunta y más aún contestarla adecuadamente. ¿A qué contribuyo aquí y ahora con lo que pienso y teorizo en este instante? El examen de la pregunta puede llevar a conciencia plena en qué medida la propia obra se encuentra funcionalmente desvinculada de la vida concreta de una comunidad, pero quizás ella misma no se hubiera planteado nunca de no haber sido por ciertas condiciones anormales que ponen muy de bulto los síntomas de desarraigo y oquedad. Es entonces cuando semejante vacío se percibe como uno perteneciente a la inteligencia misma, como un sin sentido del propio pensar o más exactamente como un montaje al aire del esfuerzo mental. Puede suceder que esas iluminaciones momentáneas pasen sin huella o que se las ciegue de modo voluntario porque la vida es tenaz y hay que prolongar en la inercia de lo que se es el impulso primario del mero subsistir. Pero hay algo más en esos instantes que la simple conciencia de un infortunio personal: quizá ellos nos ofrecen en forma extremada y dramática los

peligros a que está expuesta por lo común toda la vida intelectual. Que no son otros que los de una existencia falsificada.

En efecto, la atracción que ofrece la fisonomía del intelectual emigrado consiste en que en ella se muestran en su expresión más clara ciertos rasgos que en nuestra sociedad suele tomar la inteligencia considerada como vocación y como manera de vivir profesionalizada. Tales rasgos integran lo que se ha llamado el tipo de la existencia vicaria. Por ella debemos entender una forma de vida en la que no se participa directamente sino de modo sustituto y ficticio en las actividades por cuya virtud se mantiene día a día una comunidad. Sus representantes no se encuentran en los puestos inmediatamente responsables del engranaje social, ni viven cara a cara muchos de los problemas cuya solución es inaplazable. Se hallan más bien a cierta distancia y conociendo de ellos sólo de un modo teórico. Es, por ejemplo, muy distinta la existencia del director responsable de una oficina para el control de precios, de la persona que, desligada de esas responsabilidades de todas las horas, se retira a su gabinete a escribir un libro sobre semejante materia. De esta suerte, el tipo de existencia sustituta o vicaria, se llama así porque sólo imaginativamente puede ponerse en la situación de otro, y por eso, aunque en ella se conocen muchas cosas y a veces profundamente

hay siempre la probabilidad de que la situación imaginada no corresponda con lo real por no ser un saber vivido y que brote de las urgencias que plantean los problemas inmediatos. El peligro a que está expuesto este tipo de existencia es fácil de percibir. No es otro que el de un progresivo alejamiento de lo real. Cuando la vida de la inteligencia toma esta forma puede llegar el momento en que se deje de vivir propiamente. Las tendencias a la sustitución se imponen de tal manera que acaban por crear su propio medio artificioso y ficticio; mas dentro de él la vida sólo prosigue al precio de un falseamiento completo. La posible frustración de la persona que amaga en este proceso no es el único daño. Desde el punto de vista de la sociedad se producen otros efectos de gravedad no menor. Ya que esa vida intelectual falseada puede seguir influyendo en ella con orientaciones perturbadoras.

¿En qué medida se trata aquí de una perversión de la inteligencia? ¿A qué se debe este fenómeno? ¿Hasta qué punto conviene a una sociedad el mantenimiento de tales formas de la vida individual? Estas cuestiones y otras semejantes son las que quisiera poder contestar, estimulado por la experiencia personal de una vida sustituta, tal como la ha puesto dramáticamente de relieve el desgajamiento de una emigración. Pero para hacerlo tengo que abandonar por hoy la vía directa y tomar el rodeo de una investigación de carácter sociológico. Hasta

ahora sólo he podido mostrarles que lo que juzgo tema de meditación urgente, no es un puro reflejo libresco de doctrinas que circulan entre los muros de nuestras academias, sino expresión de necesidades enlazadas con el destino mismo de nuestras vidas, es decir, para quienes con palabra quizá desafortunada no tenemos otro remedio que llamarnos intelectuales.

En estos momentos me veo forzado a omitir la consideración de algunas cuestiones intermedias que debieran considerarse en circunstancias de mayor holgura. Entre ellas, naturalmente, el examen, aunque fuera somero, de cómo se nos presenta la inteligencia desde un punto de vista general. Para nuestro criterio sociológico, los tipos de inteligencia que precisa destacar por sus relaciones con la estructura social son los siguientes: la inteligencia funcional, la desvinculada u ociosa y la marginal. En este punto parece obligado una breve caracterización previa de cada una de ellas que las presente a modo de construcciones ideales. O sea, como elaboraciones artificiales y purificadas de una realidad que apenas nunca se muestra de hecho de esa forma. Entendemos por funcional una inteligencia que se encuentra orientada y puesta en marcha por el intento de resolver una situación problemática tal como se ofrece en el desarrollo mismo de la vida. Quiero decir, situaciones existencialmente dadas y que no pueden evadirse. Pero en forma más

sencilla podría decirse que se trata de una inteligencia cuyo ejercicio consiste en resolver las cuestiones cotidianas del vivir, tanto individual como colectivo. La tarea del ingeniero que resuelve un problema de resistencia de materiales, la del padre de familia que da cima a las dificultades del sustento diario o la del hombre de Estado esforzado por obtener para su país una salida airoso en una jugada difícil del tablero internacional. Obsérvese que la clase de problemas es siempre la misma. Se ofrecen en la realidad y no pueden evadirse, pues de su resolución depende la posibilidad de seguir subsistiendo o de mejorar las condiciones en que se vive. Para el ingeniero que construye el puente una equivocación en sus cálculos no es sólo un fracaso personal, profesional, que puede costarle su prestigio y sus medios de vida, sino la frustración de una necesidad colectiva; puede tener por consecuencia, por ejemplo, determinados efectos en el abastecimiento material de una población. Este tipo de inteligencia encarna por entero la significación instrumental que el análisis filosófico e histórico le asigna ante la vida. Sus procedimientos más refinados y sutiles dentro de la vida contemporánea no se distinguen en nada, en este sentido, de sus más toscos ensayos en la existencia del primitivo. Como no se diferencia tampoco en la manera de su funcionamiento al resolver los problemas del artesano o del arquitecto. Es funcional, social-

mente hablando, porque su despliegue y ejercicio sirve en su conjunto a las necesidades cuya satisfacción mantiene materialmente a una sociedad. Le pertenecen por eso como notas típicas, poseer un carácter utilitario, tecnológico y racional.

Por inteligencia desvinculada o distante debe entenderse una cuyas situaciones problemáticas no representan urgencias nacidas de la vida cotidiana, sino que, más o menos relacionadas con ella, sólo se ofrecen propiamente en el plano simbólico de la cultura. No son así inaplazables, por importantes que parezcan. De su resolución no depende la continuidad de la existencia individual o social en su paso inmediato, aunque sea capaz de influir sobre sus horizontes lejanos. Para que puedan darse tales problemas se requiere un grado determinado de desarrollo en la cultura. Pues se apoyan de modo necesario en el símbolo y en la capacidad de abstracción. La situación problemática no está inmediatamente dada en los datos concretos de la experiencia, sino en su elaboración conceptual. No por eso el problema deja de existir demandando una salida, pero el acierto en ella no tiene una comprobación utilitaria ni tecnológica. Un problema de poética se ofrece ciertamente tan real como uno de carpintería, pero los efectos en su solución no son en modo alguno comparables. A veces no puede negarse que las situaciones problemáticas a que se enfrenta esta forma

de ejercicio intelectual son también existenciales, pero con la diferencia de que, más que al ser de la vida, afectan a su sentido. En un problema religioso entra en juego evidentemente la vida, pero sólo por el sentido que la misma pueda recibir. A la larga es capaz de modificar ésta o la otra forma concreta de existencia, con sus problemas cotidianos, pero nunca en forma directa y menos de modo deliberado.

Denominamos, por último, marginal a una inteligencia cuyas situaciones problemáticas se le ofrecen en virtud de poseer una perspectiva que no suele ser la común. Se enfrenta con cuestiones de la existencia diaria, pero en una forma en que todavía no son percibidas por los demás. Lleva a cabo, de esta suerte, una como proyección adelantada de ciertos problemas, pero no en el medio puramente elaborado de la cultura simbólica, como lo hace la inteligencia desvinculada, sino en lo que será quizá el plano futuro de la existencia real.

Las denominaciones empleadas acentúan de modo deliberado el aspecto sociológico y por eso es posible que sólo puedan ser entendidas con plenitud cuando pongamos en conexión los tipos de inteligencia que pretenden denotar y las capas sociales que son su soporte, así como con los problemas sociales que en tal coyuntura se plantean. Esbozada de esta forma la cuestión, al sociólogo le interesan de ella dos cosas ante todo. Primero, de-

terminar cuáles son los soportes habituales de cada uno de los tipos de inteligencia antes descritos (individuos y, mejor aún, capas sociales) y, segundo, analizar cuáles son las condiciones sociales que estimulan la aparición y desarrollo de cada uno de ellos.

El soporte de la inteligencia funcional se encuentra en los individuos y capas dedicados a tareas que tienen por fin el mantenimiento de una sociedad, y que contribuyen hora tras hora de ese modo a su subsistencia y continuación. Este tipo de vida intelectual es la que realizan los individuos y capas sociales "funcionales". Todos los partícipes en las actividades económicas, profesionales y políticas de esa sociedad son de modo necesario, en más o menos, sus representantes. Cuando de ellos se trata, la inteligencia sólo actúa en el caso y en la medida en que ha de resolver los problemas que se presentan en el ejercicio de cada una de semejantes actividades; y sólo así, desde luego, pues si no, impera con general aplauso la rutina de aquel precedente consuetudinario que de nuevo confirme su eficacia. En la vida social como en la individual, este tipo de inteligencia tan sólo se muestra activo cuando el hábito fracasa ante las condiciones desconocidas de una nueva situación. Mientras el hábito cumple con su misión, el individuo no tiene por qué aguijonear el esfuerzo de la tensión mental. Mientras la tradición satisface con sus costumbres

y sus definiciones colectivas las necesidades y los problemas cotidianos de una sociedad, no tiene ésta por qué provocar el trastorno de una revisión racional de sus creencias. La inteligencia funcional es, en consecuencia, de carácter intermitente; conoce momentos de reposo y períodos de actividad; no se goza con una excitación ininterrumpida ni menos pone en ella su afán. Por otra parte, se vierte íntegra hacia el presente; a sus portadores individuales y sociales les atrae ante todo la vida actual. Ni el pasado ni el futuro tienen valor por sí solos; únicamente se acude a ellos en la justa medida en que pueden ayudar de alguna manera a salir de las encrucijadas del presente.

Frente a esto, los representantes de la inteligencia desvinculada suelen ser los individuos y capas que se encuentran desligados de las situaciones problemáticas presentes y cotidianas. Recordemos, sin embargo, ahora que se trata de una construcción ideal y que conviene a veces, como en este momento, acentuar ciertos rasgos. No será así difícil afrontar alguna cuestión que alguien habrá ya sospechado. ¿En qué situación, se me dirá, se encuentran ciertas profesiones y faenas que son normales y necesarias en la vida de todo país? ¿Carecen de funcionalidad? Desde la perspectiva social cumplen, al contrario, una función muy definida. Por eso no debiera ser interpretada demasiado estrechamente la afirmación

antes hecha de que la inteligencia funcional corresponde a las capas que sostienen y mantienen una sociedad, en el sentido de tomar en cuenta tan sólo sus aspectos materiales. En tal sostén y mantenimiento entran, al contrario, tareas de carácter espiritual. Tareas y actividades que requieren, por otra parte, para su plena fructificación, el cultivo de un tipo de inteligencia distante y desinteresada. Nos encontramos aquí, dicho en otra forma, con que a toda sociedad puede interesarle hacer funcionales a determinadas especies de inteligencia desinteresada. Y hacerlo en vista, incluso, de su propia subsistencia material. Todas las actividades culturales socialmente estimuladas y protegidas tienen cabalmente este carácter. ¿Hasta qué punto la caracterización ofrecida es, pues, correcta? Ya en la elección del nombre se plantea una cuestión nada fácil. Los términos desinteresada o distante no tienen en sí la misma connotación sociológica que irradian los adjetivos elegidos para dibujar las otras clases de vida intelectual. Denotan, más bien, su contextura interna, la actitud que despliega en su experiencia. Si atendiéramos a las capas tradicionales en que históricamente ha solido encarnar, debería hablarse de una inteligencia aristocrática u ociosa. Pero también estos calificativos tienen sus inconvenientes. Una inteligencia aristocrática no siempre coincide con lo que pueden ser la actitud y la actividad de específicos

grupos aristocráticos y tradicionales. Cabe que los mismos se muestren marcadamente funcionales, como se ha dado, en efecto, en ciertos países. Además, pueden ser partícipes de ella, o constituir su exclusivo soporte, individuos que en modo alguno provengan de capas históricamente privilegiadas o que en todo caso constituyan una aristocracia "in fieri". Quizá fuera menos equívoco hablar de una inteligencia ociosa, como correlato de capas sociales de ese carácter; con lo que tendríamos en nuestro apoyo la autoridad de un Veblen y las valiosas sugerencias que de él nos llegan acerca de peculiares manifestaciones de toda cultura. Pero volveríamos a tropezar con el problema anterior. Algunos grupos cultivadores de formas muy notorias de inteligencia ociosa, apenas sin injusticia podrían considerarse ociosos desde el punto de vista de la utilidad social. Y, por otro lado, es indudable que no pueden darse determinados desarrollos culturales de supremo valor si no se otorga a sus mantenedores un privilegio mínimo de ociosidad. La creación espiritual anda casi siempre confundida con la posibilidad de ocio. No puede hablarse, por consiguiente, de una inteligencia ociosa cuando, cualquiera que sea el grado de actitud desinteresada que ofrezca y el ocio mayor o menor que exija su ejercicio, se trata de actividades que en fin de cuentas aspiran a cumplir determinadas funciones dentro de una sociedad.



tener quizá a lo largo una significación práctica. La faena del profesor de metafísica en cuanto tal profesor, puede tomarse como ejemplo claro de lo que aquí se trata.

Tenemos, pues, que encontrar algunos rasgos que acentúen todavía más la significación de la especie peculiar de vida intelectual que hemos llamado ociosa o aristocrática. Es muy posible que la nota definitoria y la clave del problema se encuentren en la naturaleza de su actividad y en sus relaciones con lo presente y contemporáneo. La inteligencia funcional afirma, por esencia, el presente; la desvinculada suele, al contrario, negarlo o evadirlo. Se requiere, pues, para formar el tipo ideal de esta clase de inteligencia: primero, una plena y cabal indiferencia a toda significación funcional, a todo uso práctico, próximo o remoto, de la actividad intelectual desarrollada. Una vuelta de espaldas, decidida a todo lo que sean cuestiones de carácter inmediato y que muy en especial provengan de la realidad vivida como común. Segundo, el escape o la negación de la existencia presente, la desatención de lo contemporáneo. Esto nos permite determinar cuándo y en qué medida la inteligencia ociosa funcionalizada, es decir, aquella que se cultiva y ejerce en vista de un servicio colectivo, escapa a su verdadera misión. Tal como sucede evidentemente si por causa de una exagerada interpretación de lo que

es un punto de partida lícito, se acaba volviendo la espalda por completo a la realidad en torno. Por ese camino se llega, en efecto, a perder toda conexión funcional.

El soporte, por último, de la inteligencia marginal lo encontramos en aquellos individuos o capas que, por una u otra razón, no participan de modo pleno de los valores y creencias que articulan un determinado sistema social. Lo cual no significa en absoluto que dichos individuos o capas no cumplan determinadas tareas dentro de ese sistema ni menos que sean indiferentes ante las formas de la existencia actual. Acontece, más bien, todo lo contrario. Ya que, de un lado, sucede que los mismos perciban el sentido de las funciones que llenan en forma muy distinta de como las consideran los demás miembros de su sociedad, por encontrarse éstos totalmente conformados por ella y en tal sentido íntimamente conformes. Y, por otro lado, lejos de ser indiferentes a las condiciones contemporáneas, a las formas de su presente, tienen en ellas el principal objeto de su atención y de su pasión. No afirman el presente, como ocurre en los representantes de la inteligencia funcional, pero mucho menos lo evaden, como sucede con los representantes de la inteligencia desvinculada. Antes bien, se encaran con él para alumbrar el futuro que se esconde en su seno. Los portadores, pues, de este tipo de inteligencia son

los individuos o capas que también denominamos marginales. El origen y naturaleza de esta situación no son siempre los mismos y puede presentar caracteres de permanencia o ser más o menos transitorio. En cualquier caso, la marginalidad en la medida en que significa un estar fuera de algo —grupos, sistemas de creencias o formas de vida— otorga la singular ventaja de ofrecer para su contemplación puntos de vista necesariamente vedados a los que se hallan dentro. Los partícipes se encuentran, por así decirlo, encerrados dentro de su propia participación y les es muy difícil el esfuerzo imaginativo necesario para situarse fuera después de romper la propia costra. El hombre marginal es siempre, por naturaleza, un extravagante, mas en esa extravagancia, calificada así por los demás por ausencia notoria y más o menos ofensiva de ciertos principios y maneras comunes, tiene cabalmente su mejor apoyo para percibir muchas cosas que los prejuicios ajenos impiden ver. Gracias al hecho de que el hombre marginal no participa de determinados preconceptos, se encuentra capacitado para contemplar la realidad desde ángulos distintos y con ojos diferentes. Por eso, desde el punto de vista de la cultura dominante casi nunca puede ser considerado como una inteligencia refinada; pero, en cambio, casi siempre es capaz de dar una nota de originalidad más o menos profunda. Y así como la inteligencia desvincu-

lada, en el sentido por nosotros aceptado, ha "podido calificarse como aristocrática por ser una manifestación típica de los estratos sociales tradicionalmente privilegiados cuando los mismos no participan en la vida activa de su comunidad, la marginal ha sido denominada a su vez plebeyá, en virtud de que por lo común ha encarnado históricamente en individuos salidos de la plebe, en personas con conciencia a la par de su valor y de su postergación deliberada por parte de los miembros del círculo social dirigente."

Trataremos de esbozar ahora la segunda parte de esta inicial consideración. Su desarrollo no constituye más que una hipótesis que está muy lejos de poderse afirmar por el momento como rigurosamente comprobada. Representa, sin embargo, el núcleo teórico de todo lo que se ha venido exponiendo. Se trata, como sabemos, de averiguar si existen situaciones sociales que de algún modo fomentan o estimulan las maneras de existencia intelectual ya descritas. En su forma rigurosa se presenta como un problema de imputación causal. El de la determinación de aquellas características de estructura y funcionamiento que puedan ser causa o condición de la existencia o predominio de uno u otro de los mencionados tipos. Es muy posible, empero, que el planteamiento no pueda formularse así. Quizá el problema se reduzca a una cuestión de afinidad con menores proba-

bilidades de prueba. Tendríamos así que determinados tipos de estructura social constituyen medios favorables para el desarrollo de formas específicas de inteligencia. Cualquiera que sea la proposición que se acepte, la teoría interpretativa que en este momento me atrevo a formular es como sigue: Todas las situaciones sociales de participación fomentan o son favorables a la inteligencia de tipo funcional; en cambio, las situaciones sociales de exclusión estimulan, según sea su tono afectivo (motivos de superioridad o inferioridad), sea la inteligencia desvinculada (aristócrata), sea la inteligencia marginal (plebeya).

Conviene recordar a este propósito que los seres humanos tienden por lo común a la conformidad, es decir, a la aceptación del sistema social en que se nace y se continúa viviendo, y esto por motivos dobles que afectan tanto a su egoísmo como a su satisfacción interior. La aceptación de lo conocido es siempre más cómoda que el esfuerzo por alumbrar algo nuevo; como de modo ejemplar se da en el hábito, la vida se desliza en su virtud sin roces y sin sobresaltos perturbadores. Asimismo es cosa conocida que el equilibrio y sosiego de la existencia sólo se ofrecen cuando se sabe el papel que cumplimos en ella; que éste, mejor o peor, nos es propio, y que de tal manera se justifica y logra sentido el disparo y desgaste diario de nuestras energías. Mas am-

bas cosas exigen formar parte de un sistema social, de una sociedad en cuyo mantenimiento y razón de ser se participe en alguna forma. Participar de su mantenimiento significa que el individuo tiene conciencia del papel que en ella le corresponde y que mediante esa su función contribuye de modo eficaz a su desarrollo y continuidad. Y no menos también que por el cumplimiento de ese papel, se encuentra retribuido y honrado de modo satisfactorio. Participar, en el sentido de un sistema social, quiere decir que el individuo posee una idea más o menos cabal de lo que es esa sociedad en su conjunto y de los valores que la articulan. Y asimismo que los afirma en tal caso como los suyos propios. Se comprende fácilmente por sí, de aceptar lo expuesto, que en las situaciones sociales que favorecen y estimulan la participación, al individuo le interesa más que nada hacerla efectiva y que para ello se esfuerce por poner en juego, en la medida que esté a su alcance y dentro de su campo propio, los resortes todos de su inteligencia. Dicho en otra forma, en las situaciones de participación los intereses de la persona se confunden con las exigencias de su papel. El individuo aspira, en una palabra, a llenarlo del mejor modo posible. Se vive, en consecuencia, con plenitud dentro del presente y la atención se vuelca ante todo hacia la superación de las dificultades que surgen en el despliegue de la propia tarea.

En las situaciones sociales de exclusión se crean, al contrario, vacíos tanto materiales como espirituales. El individuo no encuentra, a las veces, el plan de su existencia dado por la sociedad y tiene que construirse por sí mismo atendido a sus propios recursos. Sea en la ocupación material de sus horas y energías, sea en la elaboración de los valores y creencias que den sostén a su vida. La exclusión provoca, además, sentimientos de hostilidad y de antipatía, susceptibles de exteriorizarse en posturas altaneras o de desdén o en actitudes de resentimiento. Lo primero, típico de los individuos o capas que se saben o se creen superiores; lo segundo, peculiar de los que se sienten tratados y considerados injustamente como inferiores. No interesa por eso entregarse sin reservas a la realidad actual, sino evadirla en lo hacedero o modificarla en lo posible. La vida intelectual tiende a liberarse de todo carácter funcional y se convierte en una actividad meramente especulativa o crítica. La especulación es lo dominante cuando se trata de individuos que por su posición económica no se encuentran forzados a ganar su sustento en tareas absorbentes.

En este momento podría plantearse, en calidad de paréntesis, una nueva cuestión que de resolverse quizá confirmara la hipótesis anterior. Se trataría de examinar si es posible descubrir relaciones entre la "anomia" y las formas de la inteligencia. Interesa saber cómo fun-

ciona la vida intelectual en sociedades en estado anómico. Por "anomia", como indica su etimología, se entiende un estado o situación sin ley. E indica, cuando se aplica a una sociedad, que en la misma impera una confusión normativa y de valores mayor o menor. En una sociedad anómica no rigen normas ni modelos de conducta con validez general. Pues de existir, son tan diversos y contradictorios que colindan entre sí, anulándose en la pugna por el predominio. Quiere esto decir, volviendo a la terminología aquí empleada, que en las sociedades de tal carácter tiene lugar un estado de participación deteriorada o incompleta más o menos notoria e intensa. La observación y estudio de lo que acontece en la vida intelectual en las sociedades anómicas cobra de esta suerte un valor de prueba. Nuestra hipótesis puede así comprobarse o deshacerse de modo casi experimental. Pues las sociedades anómicas se aproximan en su funcionamiento de modo necesario a aquellas otras que dejan excluidos de toda participación social de consideración a determinados grupos de individuos numéricamente importantes. Ahora bien, todo hace suponer que esta prueba corroboraría la hipótesis, pues parece confirmado que en las sociedades anómicas predominan por lo general las actitudes evasivas y críticas.

Mas, tornando ahora al hilo de nuestro discurso, precisa considerar con mayor detalle el concepto aquí

mantenido de participación, por si fuera posible encontrar alguna forma concreta de ella quizá más decisiva e importante que ninguna otra. La evidencia histórica y el análisis sociológico nos muestran, en efecto, que existe una que posee sin duda ese peso mayor. Se trata de la participación política. Sin embargo, no debemos entender por ella lo que es hoy su forma de expresión corriente. Es tan sólo una posibilidad de intervención y orientación en el destino político de todos, que a las veces puede satisfacerse con la conciencia de que en él se posee un peso propio y una significación específica que no siempre exigen ser actualizados mediante una intervención activa. La exclusión de una participación semejante es sin duda la más grave, pues por ella se priva radicalmente al individuo del sentido de la sociedad en su conjunto, de la visión totalizadora que integra y presta significado a las tareas particulares y cotidianas. Nada tiene así de extraño que la no participación, por las causas que sean, en la vida política de una comunidad constituya un fenómeno fundamental para el tema que venimos considerando. Si nos atenemos al tipo de la inteligencia desvinculada (aristocrática), ésta encuentra siempre su expresión más pura en las capas superiores de una sociedad (por educación o tradición) que no participan en su vida política, y que se encuentran excluidas de toda responsabilidad en la formación del destino

político común. Dicho con una expresión estéticamente desafortunada: se trata de capas "despolitizadas". Y lo mismo ocurre en grado menor con las formas de la inteligencia marginal. Por eso la "despolitización" quizá sea el hecho clave para entender las conexiones de las formas de la inteligencia con la sociedad. Allí donde se encuentran tendencias de inteligencia ociosa o marginal cabe sospechar que sus soportes, por una u otras razones, no participan de modo activo y cotidiano en la orientación y dirección política de su comunidad.

Por lo que se refiere a la inteligencia aristocrática, la prueba ha sido suministrada por Max Weber, en el ámbito de la religión, en páginas magistrales. Las formas religiosas más evasivas del mundo, más refinadamente metafísicas y más intelectuales en su elaboración, han tenido siempre como sus portadores a ciertas capas aristocrático-intelectuales despolitizadas. Pero no es ésta la única manifestación. Otras semejantes podrían encontrarse en terrenos distintos de la creación cultural.

Ahora bien, este escape de las realidades presentes en las capas privadas de su función política, de los individuos y grupos despolitizados, no siempre tiene el mismo carácter. (Casi de pronto se nos interfiere aquí el tema, que hemos de dejar intacto, de las relaciones de la inteligencia con el poder.) La evasión de las realidades contemporáneas, la renuncia a las actividades

políticas o la aceptación sin violencia de su exclusión por parte de los grupos políticos activos, puede ser simplemente un medio de conservar el poder a la larga. Se trata entonces de una retención vicaria del poder o de un medio de recuperarlo en su día en mejores condiciones. El intelectual despierta siempre la sospecha de que encarna un soberbio —el asunto está hoy de moda—, de que es un hombre que esconde poderosas apetencias de mando bajo una capa de desinterés. Y se cree que envuelve su intensa voluntad de poder en las formas sutiles de la dominación a través de las ideas. Znaniecki ha visto con singular agudeza el origen de la educación —que se confunde con el momento inicial del pensamiento teórico y de la actividad especulativa— en la estratagema mediante la cual el abuelo pretende retener por medio del nieto el poder que perdiera a manos del hijo, llegado el ocaso de su fuerza física. El hijo retiene el mando efectivo; pero en los símbolos con que se nutre el nieto se prolonga una voluntad de poderío ya en la actualidad frustrada e impotente. Mas puede ocurrir también que en la huída actual se encierre un plan de conquista futura. No es otro el papel que asigna Toynbee a las minorías creadoras y fecundas en los momentos de crisis. “Withdrawal and return”. Retirarse sí, mas para retornar luego con las nuevas fórmulas de vida y de continuidad.

Sin embargo, el escape puede significar asimismo una renuncia total, una retirada definitiva. Las condiciones presentes pueden parecer tan insoportables, la desesperanza ante el futuro tan compleja o el asco y el desdén por los grupos activos en el poder tan insalvable, que no se vea más salida que la evasión en cualquiera de sus variadas posibilidades. En la vida intelectual la inteligencia evasiva es la forma más extrema de la desvinculada y la más radicalmente opuesta a la práctica y funcional. Las sociedades en que florece y predomina deben, sin más, distinguirse cuidadosamente de aquellas otras en que una inteligencia vuelta hacia sí, ensimismada y distante, guarda en su seno la acción creadora del mañana. La distinción, sin embargo, constituye un difícilísimo problema. Si fuera fácil sabríamos en todo momento si los síntomas que contemplamos son de decadencia irremediable o de esperanzada regeneración. Un saber de ese género sería en estos momentos un alivio que no tenemos.

El hecho de la privación política en el origen de la inteligencia marginal o plebeya es cosa tan conocida y clara que exime de más comentarios. Capas o individuos excluidos de participar en la orientación de los asuntos políticos de una sociedad, sea por causa de la estructura social o por imposibilidad personal de aceptar plenamente el sistema de valores que la mantienen, transfor-

man su "despolitización" en una forma de inteligencia que en modo alguno es evasiva, sino decisivamente crítica y aún destructora. Es una manera de participar negando, pero en cuanto tal, también desfuncionalizada. Ya vimos cuáles son las ventajas de esta posición. La liberación de los prejuicios y creencias dominantes otorga perspectivas desde las cuales descubrir facetas de la realidad ocultas para los demás de modo casi inevitable. El problema sociológico que se ofrece en este punto reza así: ¿Qué ocurre cuando esos individuos o capas participan eventualmente del poder o lo asumen por completo? La participación en el poder o su plena detentación mucho más, trae consigo un proceso necesario de funcionalización, durante el cual se afirma de nuevo la "existencia presente", si bien montada ahora sobre los nuevos prejuicios y creencias. Los individuos marginales dejan de serlo y pierden así, con lo que fué ventajosa posición para determinadas percepciones, su predominante función crítica.

## COMENTARIOS

### 4. LA POLÍTICA Y LA TIERRA

#### *Paisaje y mapa*

No son necesarios grandes dotes proféticos para prever que la reciente publicación en castellano de un libro sobre Geopolítica<sup>1</sup> va a estimular, como ha ocurrido en otros países, una pequeña epidemia de lucubraciones geográficas y de “alta estrategia”. La geopolítica puede también convertirse entre nosotros en una moda que arrastre en su breve dominio el interés de los aficionados y de ciertos “expertos”. Las razones de su posibilidad son claras, pues la atracción que despierta en el gran público el “descubrimiento” de esa nueva “ciencia” no sólo se debe al deseo de conocer cómo piensa el enemigo o al señuelo de nuevos términos enigmáticos, sino a la

<sup>1</sup> HANS W. WEIGERT, *Geopolítica, o Generales y Geógrafos*, trad. de Ramón Iglesias. México. Fondo de Cultura Económica, 1943.

sospecha certera de que se está ante un fenómeno que corresponde en cierto modo a las urgencias de nuestra edad. Ante esa expectativa conviene, en rápido examen, poner los puntos sobre ciertas íes; mas antes de emprender una primera criba de los diversos componentes de la geopolítica para ver si algo nos queda viable entre las manos, importa darse cuenta de los aspectos positivos y negativos que puede tener el paso, más o menos rápido, de la moda anunciada.

Ante todo alegrémonos de la epidemia geopolítica si gracias a ella aprendemos todos un poco más de geografía. Todas las guerras traen un repaso de nuestros primarios conocimientos de esa ciencia, pero esta vez la geopolítica remacha el clavo y es un buen estímulo para que se reforme y mejore una enseñanza ofrecida por todas partes con un retrato inverosímil frente a las exigencias de nuestro tiempo. Bien está asimismo, y buena falta nos hace, que la geopolítica realice entre nosotros la misión educadora de enseñarnos "a pensar en grandes áreas", que es en buen romance la de abrirnos los ojos a horizontes más amplios y la de acabar con nuestra tremenda propensión municipal, madre de nuestro mediocre y arraigado separatismo. Loada sea la geopolítica si la gente del mundo hispánico deja, gracias a ella, su excesivo localismo político y aprende una de las lecciones más importantes de la época.

Hasta aquí los aspectos positivos y favorables aludidos. Pero sería lamentable que tomáramos a la geopolítica, en cuanto tal, demasiado en serio. Los peligros se presentan por varios lados. Uno consiste en traducir el original alemán al idioma de las propias potencias nacionales, reales o imaginadas, cayendo en la tentación que ofrece el ropaje prestigioso de una pseudociencia. De ello tenemos algunos ejemplos norteamericanos, pero no es probable que se produzca entre nosotros. Otro más real, es el de la "perversión de la conciencia que supone la aceptación de la geopolítica en su forma tudesca, cuando con ella se infiltran, consciente o inconscientemente, sus supuestos filosóficos y políticos. Una doctrina que degrada al hombre, al no dejar de lo humano, frente a "fatales" fuerzas de la naturaleza, sino sus pasiones más elementales y sombrías.

Hay un peligro más sutil y por eso más grave, pero que no representa sino una manifestación particular en un problema mucho más amplio y que es uno de los más serios de nuestra civilización avanzada. Aquí nos llega por medio del mapa. El tema que sugiero se encierra en la contraposición de mapa y paisaje y es tan sugestivo y actual que casi debiera ser el único contenido de esta rápida nota. El mapa es un símbolo gráfico, un instrumento de percepción, que evita de un golpe los rodeos lentos expuestos a fracasos de otros símbolos

orales o escritos. Con el mapa se hacen visibles totalidades y conjuntos a los que llega difícilmente la descripción analítica. El símbolo gráfico del mapa se hace así con la cartografía un instrumento científico imprescindible. Pero como otros símbolos e instrumentos científicos, el mapa comparte el tremendo peligro no sólo de deshumanizar al hombre, sino de hacerlo inhumano. Lo primero es el precio que el hombre debe pagar hasta cierta medida por su invención prometeica de los símbolos abstractos, lo segundo es inevitable y sólo depende de su convicción moral. El hombre no sólo debe evitar la tiranía del mapa sino más aún, su fraude y su perversión.

La experiencia fundamental que traduce la geopolítica es simplemente ésta: el encogimiento de la tierra en la época del avión. Pero la mayoría de los humanos no puede hacer esa experiencia a bordo de un "Liberator", como la tuvo vivida famoso candidato, y tiene que recurrir a un arsenal complicado de extraños simbolismos sobre la superficie de un mapa. Pero todos estos simbolismos ya nada dejan de la tierra misma y de la vida humana que en ella goza y sufre. Es decir, lo grave es que la tierra sólo es humana cuando se hace paisaje. La tierra vista como paisaje es amor, vista como mapa es indiferente precipitado de líneas y colores, mero instrumento del saber abstracto o, lo que es peor, de la voluntad de poderío. El paisaje hecho saber es la "Ra-

diografía de la pampa”, el afán de poderío hecho mapa podría ser la geopolítica de una hipotética expansión de X o Z. El problema humano de la construcción del mundo en nuestros días es que pueda entrar poco a poco como paisaje en el corazón de todos sus habitantes. Y valga este utópico anhelo si nos defiende un poco de la deshumanización cartográfica.

Pero si la cartografía en sí no tiene ninguna culpa de lo anterior y es mera técnica neutral al servicio del hombre, éste sí es culpable de haberla prostituido. Entonces la más grave amenaza del mapa es que se convierta —como se ha convertido— en instrumento de engaño y fraude. Pues bien, he aquí el pecado que ha cometido la famosa Geopolítica. El mapa ya no es un medio de conocimiento verdadero, sino de propaganda y persuasión. La perversión general de la ciencia, ante la que no ha dudado el nazismo, tiene en la “geografía mágica” creada por su propaganda su más plástica y “visible” manifestación. Los “suggestive Karte” acabaron en los mapas animados y fraudulentos destinados a convencer con simplicidad geométrica y emotiva a los buenos espectadores de los noticiarios de propaganda. Todo cuanto ha creado en este terreno una imaginación tan ingeniosa y fértil como pervertida moralmente en sus fines, se conoce hoy a la perfección por los observadores científicos del fenómeno. Pero lo grave para el hombre

corriente es la justa suspicacia que le puede quedar por algún tiempo, pues todas las técnicas se aprenden. El mapa escolar más inocente puede convertirse en su pervisión en artificio diabólico de cualquier Goebbels más o menos embozado. Esto no es, quizá, sino un ejemplo de la cura moral e intelectual a que tendrá que someterse el hombre después de esta guerra. En este caso no dejará de ser una purga de una indigestión geopolítica.

#### *Frutos de revancha*

La mayoría de los libros y artículos publicados últimamente en los Estados Unidos<sup>2</sup> sobre la geopolítica parecen tener como propósito fundamental el desenmascararla en su aspecto de tapujo ideológico y de racionalización de las apetencias expansivas de la Alemania nazi. Cosa que es verdad y contagiosa por lo visto. De suerte que, dejando aparte las exageraciones escritas sobre la persona de Haushofer como científico y como mago consejero detrás de los responsables oficiales, lo que compatriotas conocedores de los hechos ponen muy en duda, puede, en efecto, exponerse la geopolítica alemana como un programa de conquista encubierto en una terminología altisonante. Pero esto, con tener su interés no deja de ser

<sup>2</sup> Como es el libro que da pie a esta nota.

superficial. Para un diagnóstico de lo que la Geopolítica ha sido y significa sería más importante analizar las circunstancias en que nace y se propaga y extraer de ese análisis generalizaciones aleccionadoras para el futuro. Nos encontraríamos que ha sido fruto del espíritu de "revancha" y manifestación de un especialismo que encuentra para su desborde una situación propicia. Pues la geopolítica es simplemente un particularismo, una interpretación estratégica de la historia. La atmósfera de Munich dentro de la Alemania de la postguerra ha sido sugestivamente descrita por el propio Weigert, pero ese Munich no era el único lugar enfebrecido en un país en donde a la desesperación, a la quiebra de las ilusiones, al sentimiento de humillación y a un trágico nihilismo intelectual se mezclaba, subterránea o repressa, la voluntad apasionada de desquite. Lo que puede dar de sí un pueblo vigoroso que pasa por ese estado lo hemos visto bien poco después. Librenme los hados de que se me interprete como apuntando excusas y absoluciones; lo ocurrido no tiene, en efecto, excusa ni absolución. Pero seríamos muy torpes si no extrajéramos de esos acontecimientos la lección debida. Pues lo que interesa para el inmediato futuro es evitar el retorno de condiciones internacionales que hagan posible el mantenimiento en ninguna parte del espíritu de desquite. Continuar con esto me llevaría a una digresión inoportuna. Mas sí se debe

insistir en que cuando aquel espíritu hace presa en un pueblo con tradición intelectual y con voluntad adiestrada pueden esperarse realizaciones sorprendentes. Como en el paranoico, los actos más lúcidos van cubiertos por la tiniebla de su demencia. Alemania nos ha dado con los "ersätze" y otras cosas más la "ciencia" de la Geopolítica; mas quién sabe lo que nos vendría de otro país en semejantes condiciones.

Hay que tener en cuenta esas condiciones políticas, económicas y morales para comprender por qué la pseudociencia de la Geopolítica se propaga como una fe. En esos momentos de profunda crisis afloran, según aguda hipótesis de un psicólogo (Rietzler), tres tipos de hombre que en la marea acaban por formar clases definidas. El "enloquecido", el "descastado" o marginal y el "experto". De esos tipos humanos, dos de ellos han tenido que ver evidentemente con la propagación, como nueva ciencia, de la Geopolítica. Su profeta es un técnico, sus secuaces, en su mayor parte, hombres que perdieron su status anterior y son ahora marginales y "declassés". Los oyentes más apasionados de Haushofer son ex oficiales exaltados de lealtad vacante y ese tipo de intelectual desilusionado que, perdido su primer ideal obsesivo, no sabe en dónde reposar de su desorientación. Haushofer es el estratega, es decir, el técnico militar, el hombre cuya profesión consiste en imaginar movimientos en el

espacio. El hecho es que en tiempos normales los citados tipos humanos no sólo carecen de toda peligrosidad, sino que el especialista cumple una función respetada y cada día más insustituible. Pero en situación de crisis y de pánico el experto puede encontrar su oportunidad, ofreciendo su programa unilateral y miope al poder sin trabas que lo pueda imponer. La Geopolítica es la "idea" de un general febrilmente elaborada en un momento propicio. La interpretación estratégica de la historia que resulta no es nada nueva, pues en los archivos del pensamiento hay particularismos numerosos y para todos los gustos. Lo nuevo es que esa interpretación salga de los muros académicos para convertirse en una condición de masas. El gran "experto" ha impuesto sus orejas y la vida sólo es como un gran despliegue conquistador sobre espacios cada vez más amplios. Cuando la tormenta se esfume el especialista volverá quizá a su función limitada en el estado mayor y caerá en el olvido el "estrategismo" social, pero convendrá entonces recordar repetidamente las condiciones que hicieron posible ese fenómeno y que pueden darse con los mismos o distintos frutos en otras partes. No hay zonas inmunes.

### *La tierra y el Estado*

Hace tiempo que en los círculos científicos está juzgada la pretensión fundamental de la Geopolítica, pues ésta no es más que la heredera, más o menos deforme, de una larga serie de esfuerzos respetables. En cualquier buen manual de sociología puede encontrarse su filiación exacta y en los expositores de su "descubrimiento" no falta el capítulo correspondiente.<sup>3</sup> Por cierto que no adivino por qué en la cita de los llamados "precursores" se olvidan éstos del maravilloso Aben Haldum, grato siempre al recuerdo de un español, y muy superior a muchos otros de la larga lista que comienza con los griegos y acaba con los antropogeógrafos modernos. Pues bien, sociólogos, teóricos del Estado y geógrafos hace años que están de acuerdo en los límites del geografismo. La oposición teórica entre el "determinismo" de los primeros antropogeógrafos y la actitud "posibilista" a la que tanto contribuyó la escuela francesa, está resuelta definitivamente a favor de la última. El hombre no es un ser pasivo frente a las formas y las fuerzas de la tierra, sino más bien un "agente geomórfico". Y si lo es en muchos aspectos materiales, su acción tiene que ser mucho más libre en los planos cada vez más alejados de la

<sup>3</sup> WEICERT, cap. IV; ROBERT STRAUZ-HUPE, *Geopolitics*, 1942, cap. 2º

pura naturaleza física. La idea de imputar el "destino político" a las exigencias del suelo, pertenecè a un limbo infantil; se trata de una conexión causal irrealizable. La acción política no se cumple en el vacío y tiene que contar entre sus condiciones con las que ofrece el marco geográfico, pero ni está determinada por él ni mucho menos se resuelve en puros valores de espacio y de expansión. El suelo es un elemento permanente del Estado, pero un elemento permanente no quiere decir un factor determinante y exclusivo. No debe olvidarse, sin embargo, que lo que la ciencia verdadera sabe es en muchas circunstancias dolorosamente inoperante.

Se ha dicho por críticos autorizados que lo que hay de válido en la Geopolítica haushoférika no es más que la parte de herencia valiosa de esos ingredientes fundamentales. Lo vivo todavía del genial Ratzel y algunas de las intuiciones de Kjellen y Mackinder. Es posible. Ratzel, en efecto, como todo genio, deja una herencia mezclada de percepciones profundas y de precipitadas equivocaciones; lo mejor de él pasa a la auténtica antropogeografía posterior. Mas para juzgar de su perversión en la atmósfera nazi basta pensar en la distancia que va del concepto todavía científico de "Lage" (Ratzel) pasando por el de "Lebensraum" (Haushofer) mucho más impreciso, romántico y político, al de "Befehlsraum", puramente justificatorio y de propaganda. Y

en cuanto a Mackinder me inclino en medio de todo a pensar con un comentador reciente de estas cosas: el corazón del mundo (Heartland) se encontrará siempre allí donde el mayor número de hombres ponga el máximo de su corazón.

### *El marxismo burgués*

La calificación de la Geopolítica como marxismo burgués, en el sentido de una concepción del mundo, sólo se puede aceptar con reservas y limitaciones. Las alusiones anteriores a la estructura social en que se produjo bastan para hacer dudar de que la burguesía, en estricto sentido, haya podido ser el soporte de esa concepción. Es en realidad una ideología de desesperados. Pero es cierto que se la ha querido interpretar como tal, y que guarda además ciertos parentescos con el marxismo en lo que son las consecuencias de sus interpretaciones más vulgares o populares.

En una de las exposiciones más claras y concisas que se han hecho de la Geopolítica, Sigmund Neumann ha insistido con razón en éste su aspecto de "Weltanschauung". Y ha visto en ello su mayor peligro. La Geopolítica como cosmovisión es la racionalización de un irracionalismo profundo y degradante, la nueva versión de un viejo naturalismo sin atenuaciones ya olvidado

pór el pensamiento social. Es, desde otro punto de vista, una salida del nihilismo. Lo que ha significado este movimiento en la historia contemporánea de la vida espiritual alemana se comienza ahora a desentrañar y no puedo pasar de esta alusión. Lo cierto es que la desesperación saca de sí misma nuevas creencias. El hombre de la "nada", si era filósofo, pudo encontrar en el existencialismo su consuelo metafísico; pero otros, los más, sólo encontraron como única realidad tangible la de la tierra inmensa sobre la que dar, a través de la muerte, un nuevo sentido a la vida. Vivir es matar en la lucha inexorable que nos imponen las "leyes naturales" de la tierra. Una falsa ciencia se convierte así en el mito vivificador de unos hombres que han perdido el sentido de los valores profundos.

### *Los conatos de un tiempo nuevo*

Como en otras manifestaciones del nazismo, sería un tremendo error no ver en la Geopolítica más que una pura manifestación de satanismo y barbarie. Bien está para la propaganda. Pero el deber de la inteligencia está en desentrañar en todas esas manifestaciones y a través de su confusión lo que son conatos de una nueva edad, y que aunque aparecen en formas monstruosas y repelentes encierran intuiciones susceptibles de iluminar-

se con valores distintos y de encarnar en formas encajadas en la tradición occidental. La tarea con la Geopolítica es menos espinosa que la que presentan otras cuestiones, pues se reduce a un problema académico: ¿qué es lo que hay de válido en la Geopolítica y cómo puede ser transformado o reelaborado? El intento de contestar a esta pregunta convertiría a esta nota en un artículo de revista técnica. Mas no quiero dejar de señalar aquello en que la Geopolítica es expresión de la época, aunque sea en una forma que por lo rápida toma dogmatismos profesoraes: a) la experiencia básica de la contracción en distancias del mundo por obra de la técnica; b) el intento de una ciencia sintética; c) la tendencia hacia una sociología (teoría del Estado) funcional y concreta. Lo primero constituye un hecho fundamental de nuestro tiempo que exige se tomen posiciones que han de comenzar por el pensamiento mismo. La frase poco afortunada de "pensamiento global" alude a algo que ha de impregnar poco a poco todas nuestras actitudes ante la vida. Lo segundo y lo tercero son tendencias subyacentes en el desarrollo de la ciencia contemporánea y aparecen en ella con unos u otros nombres y ropajes. Ahora bien, si la criba y reelaboración de todo eso habrá de denominarse Geopolítica o de otra manera carece desde luego de importancia.

*La Geopolítica y la paz*

Sin embargo, hay una cosa clara y es que la Geopolítica en su forma actual no es un instrumento de paz. Aun en sus expresiones más atenuadas lleva implícita la idea de equilibrio de poder y la preparación para la guerra. Por eso coquetean con ella en estos momentos los "realistas", sean profesores u hombres de acción; es un elemento conceptual de la contrarrevolución que amenaza al hombre. Si sus representantes se dejaran oír en las conferencias de la paz futura, perderíamos toda esperanza de reconstrucción duradera. De conservar el humor sería cosa de que floreciera en nuestras solapas un "No me hable usted de la Geopolítica".



## 5. TRÁNSITO DE EUROPA

### *Atracción de la profecía*

Si la interpretación histórica es una profecía al revés, toda profecía tiende a arrastrar con el pronóstico un programa de acción, una disculpa o, al menos, un elemento de complacencia. Ni de esto escapa la pretensión más limitada de aportar una serie de datos para el trazado de una tendencia o serie de tendencias. También su autor puede sentirse complacido por la marcha de los acontecimientos y traducir, a veces inconsciente, tal sentimiento en perjuicio de su propio análisis. En todo caso la respuesta la otorga el futuro, en cuyo seno secreto van a combinarse con lo previsible el azar y la decisión.

Tiempos de profecía son los días de catástrofe. Todavía está presente entre nosotros la visión apocalíptica del filósofo alemán, que resultó a la postre justificación y estímulo a corta distancia de una acción política des-

esperada. Y de entonces a acá apenas se interrumpen nuestras afanosas demandas a Proteo. Los lectores de estas páginas (*Cuadernos Americanos*) recordarán sin dificultad un reciente esfuerzo profético-simbólico de importancia, que vió la luz en sus mismas prensas. Mas hoy quiero ocuparme algo de vuelo más corto, de un libro<sup>1</sup> relativamente modesto que en sus páginas menos brillantes ordena una serie de datos, de hechos, que tienen por sí mismos considerable interés para la valoración de nuestro inmediato presente. Y he tenido que decir relativamente modesto porque tampoco escapa, como veremos, a la atracción profética.

La tesis del libro de Fischer es sólo ésta: que la era de la civilización occidental europea ha terminado, pero que transformada subsiste y continúa en nuevos centros extra-europeos. No se trata, pues, de un ocaso, de un dramático hundimiento, sino de una transferencia de sus soportes activos y de una modificación, en consecuencia, de algunos de sus caracteres. Esta afirmación es teóricamente neutral. Es decir, su prueba puede encomendarse a la observación de hechos significativos y al análisis de datos cuantificables, o dejarse a la especulación sociológica e histórico-filosófica. Para mí sobra con lo primero y la aportación más considerable de la obra comen-

<sup>1</sup> E. FISCHER, *The Passing of the European Age*. Harvard, 1948.

tada pertenece en realidad a este campo. Basta con demostrar, en efecto, el traspaso de las condiciones que han hecho y hacen posibles el funcionamiento de nuevos centros culturales y con señalar las circunstancias que muestran probable una modificación en más o en menos de la cultura heredada. Pero el autor no se contenta con esto y atraído por el pensamiento especulativo trata de contestar brevemente el gran problema de la decadencia de las civilizaciones, y de ofrecer a nuestra situación una analogía histórica.

No se intenté encontrar, en cuanto a lo primero, nada nuevo. Las alusiones a Toynbee y Sorokin muestran que tampoco se pretende. Los momentos culminantes de las grandes civilizaciones, sus épocas de oro, son relativamente fugaces. Dos o tres siglos de plenitud, de creación, y luego el estancamiento, la lenta extinción o la catástrofe producida por causas externas. ¿Por qué esa brevedad? Simplemente porque tales épocas implican una alta tensión que no puede ser mantenida por largo tiempo. Por un lado, los momentos de creación lo son de cambio constante, de invención y mudanza; mas en contra de esto, no sólo está la resistencia ya encontrada de lo viejo, sino las nuevas que van oponiendo las posiciones adquiridas en el cambio mismo. Por otro lado, el desarrollo, el descubrimiento de nuevas ideas, formas y técnicas, llevan consigo la diferenciación; pero

la diferenciación continuada se transforma en un punto determinado en un proceso de desintegración. La situación europea estrictamente "moderna" —la caracterización es correcta— nace con la Ilustración. Nos acercamos así al momento crítico de su tercera centuria.

Ahora bien, ¿dónde encontrar una analogía histórica de nuestra situación? Con algunas reservas cabe señalar en el tránsito de la civilización griega al helenismo un momento paralelo al que estamos viviendo. Tenemos, en primer lugar, el trasplante de grandes núcleos de población de los viejos centros a distintos y más extensos territorios. En segundo lugar, la ruptura de los vínculos tradicionales y la fusión de esos hombres, de orígenes muy diversos, en nuevas y dinámicas comunidades. Sólo una cosa falla, mas ella cabalmente no es favorable a la continuación de la civilización occidental. La emigración griega se dirigió a territorios densamente poblados y de vieja cultura; no ocurre lo mismo, sino lo contrario, con la emigración europea. El resultado, sin embargo, es semejante en un punto: la formación de nuevos centros culturales al lado y en pie de igualdad, al menos, con los antiguos. Esto no significa, pues, el derrumbe del viejo tronco; pierde su hegemonía, pero su actividad, especialmente cultural, subsiste. Atenas continúa su labor al lado de Alejandría. Este puede ser el "futuro modesto" de los centros culturales de Europa.

¿Hay, empero, algún dato que nos permita llevar la analogía a sus extremos? ¿Hablar así de “occidentalismo” (westernism) por semejanza plena con el “helonismo”? He aquí el momento donde una complacencia inconfesa y quizá inadvertida puede malograr el análisis riguroso de los hechos. Con todo, dentro de sus límites la analogía empleada puede ayudar a su interpretación. Helos aquí en su estricto contorno: la vieja Europa; rivalizando con ella poderosos núcleos de cultura occidental en América, Australia, Siberia y África del Sur; y a su alrededor milenarias civilizaciones “despertadas” al contacto de occidente y en trance de renovar su vieja substancia. Los “nuevos tipos” de civilización occidental extra-europea sólo tienen en el presente y en el futuro previsible cuatro lenguas en que expresarse, dos de ellas ibéricas: el inglés, el ruso, el portugués y el español.

### *El mundo anglo-sajón*

El traspaso de los centros de creación y de influencia en el mundo anglo-sajón, es algo ya tan notorio por lo que respecta a los Estados Unidos, que sólo extraña la lentitud con que se ha venido a percibir. Se trata hoy de un hecho del pasado y sólo interesa la reconstrucción de las etapas. Al contrario de lo que ocurre en el mundo hispánico, medularmente separatista, la ruptura

en el anglo-sajón entre el centro europeo y el americano siempre fué menor y, en la misma medida, el aislamiento consiguiente. De todos modos, la aparición de los Estados Unidos como un centro autónomo de poder y de creación de cultura dentro de la civilización occidental tiene también carácter repentino ante los ojos del mundo. Hoy se reconoce por unanimidad que la fecha de 1898 —dato para nosotros bien significativo— señala el momento de confirmación del poderoso vástago. Lo que significan en su crecimiento las dos grandes guerras mundiales es de todos sabido. La primera forma de su influjo se encuentra en el campo de la economía y de la técnica desde una fecha relativamente lejana, pues ya con la exposición de Chicago de 1893 empezaron a darse cuenta los europeos más avisados no sólo de lo conseguido, sino de lo que había en potencia. Viene después el influjo político. Y ahora comienza a hacerse patente, aunque todavía en forma incompleta, el cultural. Tales etapas son lógicas e inevitables, y nos permiten ver ahora en nuestro “arielismo”, con toda su noble grandeza, una dosis de miopía no inferior a la de los demagogos españoles que engañaron a las masas con lo de los choriceros de Chicago.

Sin embargo, para la plena comprensión del fenómeno cultural norteamericano importa mucho contemplarlo, como subraya Fischer, en estos tres aspectos:

“como un heredero de la civilización occidental europea, como una parte de la civilización anglosajona que comprende también a Inglaterra y a los Dominios, y como uno de los nuevos centros, un poco a la cabeza de los demás, pero no tanto como para dar lugar a una diferencia de principio”.

Por ser menos conocido en sus detalles tiene en cambio mayor interés el proceso de creación de los nuevos centros extra-europeos de civilización anglosajona constituidos por los Dominios. Y no menos por la fascinación que siempre nos produce el despliegue de un talento político extraordinario y que por desgracia parece único. Pero el espacio de que dispongo es harto limitado. Hay un hecho demográfico fundamental: en la actualidad la población blanca de los cuatro grandes dominios representa ya el 30 % de la población total del Reino Unido y de los Dominios; en la línea de este desarrollo llegará un momento, en fecha no muy lejana, en que los dos grupos de esa población tengan un peso equivalente. Hoy se comienza a percibir la transferencia del centro de gravedad económico de las Islas a los territorios ultramarinos. Que tal cosa viene confundida, aunque todavía de modo menos perfilado, con un tránsito semejante en lo político y lo cultural, es algo tan natural como previsible. Lo admirable es la forma como viene produciéndose y cómo un proceso de diferenciación política va

acompañado por otro de creciente integración y vinculación en los intereses. Ese fino sentido funcional que sabe unir por la base, con escaso aparato, sólo atenido a lo que son concretos objetivos comunes y sin pretender influir en los asuntos privativos de cada parte. No es otro el secreto de la cooperación voluntaria entre iguales.

### *El mundo ruso del futuro*

Antes de que podamos decir algo sobre la otra manifestación más clara de lo que es un traspaso de los soportes de una civilización, cabe preguntar si no estará ocurriendo algo análogo en el Continente Asiático por obra de la expansión colonizadora de Rusia. Tendría que encontrarse una formación de centros culturales de origen europeo, pero que ya no lo son propiamente y que imprimen a la cultura heredada determinados matices originales. Ciertamente que en este caso no se trata de una expansión ultramarina sino continental y dentro de un espacio continuado. Pero fuera de ello, nada impide que el fenómeno se manifieste idéntico. La posibilidad, por lo pronto, de una cultura siberiana como centro autónomo de creación, de poder y de influencia dentro de una civilización rusa común, no parece en modo alguno negada. Su influjo irradiaría especialmente, como quizá ha empezado, sobre el resto del Continente Asiático.

co, pero acabaría por pesar también de un modo fuerte sobre el centro europeo originario. Los cuarenta millones de su población actual, sus peculiares características psicológicas de colonizadores y su creciente importancia económica, son bases que no hacen disparatada la predicción de una tendencia que repita dentro de la civilización rusa el hecho estudiado. De todos modos, sólo cabe observar por el momento su primera fase, la económica, y síntomas incipientes de un traspaso en los centros de cultura.

### *El mundo iberoamericano*

Llegamos ahora a lo que más nos importa. ¿Qué ocurre con ese otro cuerpo de civilización que se expresa en lenguas ibéricas? Agradecemos a Fischer la buena voluntad más que la fortuna. Pues si abrimos el libro con todos los honores, este primer capítulo es el más flojo y peor fundado. Predomina un tono impresionista y vencen en demasía seculares e interesados prejuicios. En vez de apoyarse, como hace luego, en sólidos datos demográficos, históricos y políticos, prefiere aquí unas cuantas pinceladas por los campos de la literatura, la música y la arquitectura, de una ligereza, a veces, irreparable. No hay para qué citar. Lo que interesa son las líneas generales del cuadro y éstas, en su sentido general,

parecen correctas. Se trata de que también aquí ha habido una transferencia de los centros de creación cultural y que hoy nos encontramos dentro de una determinada unidad de civilización sostenida por diversos focos autónomos de irradiación. Madrid, Lisboa, Barcelona, etc., subsisten, pero al lado de ellas, en un plano de igualdad, se encuentran Buenos Aires y México, San Pablo y Río, Bogotá y Santiago, Lima y La Habana, etc. Y no es incorrecto aceptar la expresión "una cultura in the making", si por ello se entiende que en su conjunto va a formarse necesariamente un tipo de cultura y de vida, que sin perder conexión con su herencia sea algo distinto en sus matices y en su orientación general. Porque todos nosotros, seamos o no conscientes, estamos de lleno en un proceso de racionalización y tecnificación que ha de producir resultados ya previsibles. También para el mundo iberoamericano son decisivas las fechas que señalan el comienzo de las dos guerras mundiales. Los días de la postguerra anterior significan el momento en que los pueblos de Iberoamérica rompen públicamente un aislamiento, verdadero sueño de olvido, que había durado más de medio siglo, y con su incorporación al mundo empiezan a influir en él y a vivir más conscientes de sus peligros. Crecen el influjo, la responsabilidad, pero asimismo los daños que acechan en el fracaso. Para España supone esa fecha una crisis de tal

naturaleza en su accidentada carrera histórica que entre las alternativas de su salida está incluso la de su "propia disolución.

· Volvamos al hecho central: "Hispanoamérica puede ser todavía un elemento secundario en los asuntos mundiales, ya no lo es en modo alguno dentro del ámbito de lengua española." El hecho no entra aún por los ojos en la forma casi plástica que se presenta en la relación entre el Brasil y Portugal y ni siquiera basta el análisis concreto si no se realiza dentro de un marco de conjunto. Mas este conjunto es el que estamos obligados a pensar unos y otros. Sería, pues, interesante que alguien hiciera esos análisis de base que Fischer no nos ha dado y sin sus fatales orejeras. Podría ir desde los supuestos demográficos hasta la estadística de la producción editorial. Como índice —en su sentido metodológico riguroso— del proceso de desplazamiento que se viene apuntando nada hay más significativo que el repentino aflorar en estos años de dos o tres núcleos editoriales de gran impulso. México y Buenos Aires se ponen de pronto al lado de Madrid y Barcelona y superan en estos momentos en cantidad y calidad a lo que nos llega de la península. ¿Condiciones transitorias? En modo alguno. Por eso empleé la palabra índice en su sentido técnico. Lo que el mismo permite traducir no es meramente un juicio sobre el contenido más o menos valioso

de una determinada producción intelectual —esto puede ser incluso lo de menos—, sino una situación en que confluyen otros elementos igualmente importantes para fijar una tendencia: estado de la técnica, capacidad de organización, espíritu de empresa, impulsos de superación nacional y cultural, etc. Existen sin duda accidentes favorables, pero también sin ellos se hubiera manifestado el proceso en igual forma. Por eso, las lamentaciones que llegaron un día de la península no sólo revelaban desconocimiento de propias culpas, sino expresión de una miopía lamentable ante hechos definitivos y profundos.

Hispanoamérica ha influido sobre la vida española antes y por caminos mucho más variados de los que Fischer señala, pero como símbolo de un influjo político de nuevo tipo es acertada la observación de que la sola presencia de los países americanos de su lengua, puestos al lado de las naciones unidas, quizá haya pesado de modo decisivo en la orientación final de la dictadura franquista hacia sus protectores del eje. En este sentido, un movimiento que pretendió influir en el mundo hispánico todo acaba siendo influido y controlado por él.

Otra observación incidental pero de interés, es la que se refiere a la posible significación de la emigración intelectual republicana, la de haber contribuido en definitiva a la “transferencia del centro del equilibrio cultural”. Para Fischer esto parece haber sido de modo

inconsciente y a su pesar. Creo, al contrario, estimando el hecho como cierto, que para muchos, entre los más sensibles e inteligentes, tal cosa no sólo ha ocurrido de modo consciente sino querido también, algo como la aceptación de un destino cuyo sentido se abría por obra de una experiencia directa, seguramente perdurable. De los hombres de esa emigración, aquellos que se fundieron con la faena cotidiana de los grupos nacionales acogedores, los que se dieron al servicio, quizá han percibido todos, más o menos oscuramente, esa marcha profunda del proceso histórico y de ellos será la palabra cuando vuelvan al viejo hogar; los que se dieron, en cambio, al bullicio, obtusos a aprender de la experiencia, apenas dejarán la huella efímera de un sonido que se desvanece y nada tendrán en la otra orilla que hacer ni decir.

No cuadra en este instante sacar todas las consecuencias del hecho central que comentamos. La existencia de una cultura supranacional soportada por una constelación de vigorosos núcleos creadores de carácter nacional, impone a todos iguales responsabilidades y ofrece, en la unidad de su diversidad, ricos estímulos de emulación y cooperación. Para los españoles, en un momento muy grave de su vida colectiva, la elevación a conciencia plena del sentido de esta experiencia ha de ser incluso favorable para la reconstrucción peninsular. No hay ya meridianos ni hegemonías. En la formación de una civi-

lización novohispana, que será quizá la tarea de la segunda mitad de este siglo, nadie tiene garantizado de antemano el mayor valor de su aportación y no se sabe cuál de los centros que ya pugnan por ella será el más eficaz en el hallazgo de aquellas fórmulas de vida y de cultura que acaben por ser las generales.

Es más, hemos de reconocer los españoles, algo sin duda conveniente para fortalecer los músculos, que en esa tarea de cooperación, única posible, el destino ofrece al parecer todas las ventajas por ahora a los pueblos americanos. El futuro político de España está hoy en el regazo de los dioses. Pocas cosas se pueden predecir, como no sea ésta: que la ventaja de las naciones americanas consiste en que van a proseguir un proceso de continuidad, mientras que España necesita recuperar primero esa continuidad. Parece muy probable que los centros culturales americanos puedan así beneficiarse de los rendimientos acumulados de un ritmo normal. En cambio, el centro cultural peninsular, y sólo pienso el caso más favorable, habrá de consumir en los años inmediatos muchos esfuerzos en inevitables cuestiones periféricas y aun esencialmente innecesarias. Aunque la inteligencia triunfe de la pasión, de la imitación y del anacronismo — entonces los problemas, si difíciles, no son insolubles — pasarán algunos años antes de que la capacidad creadora de la nación española pueda trabajar a pleno rendimiento.

Mientras tanto, nada parece verse en el horizonte que pueda perturbar de modo grave el desarrollo expansivo de los centros americanos de nuestra común cultura.



## 6. REEDUCACIÓN ALEMANA

### *¿Qué hacer con Alemania?*

La pregunta aflora a todos los labios. Por dos veces en el transcurso de una generación, Alemania ha tenido que morder el polvo de la derrota y aunque esta última vez parece, por sus dimensiones, definitiva, nadie puede asegurar, que no ensaye de nuevo su desmesurado intento de dominación. Tratarlo de impedir corresponde a los hombres de Estado que tienen en su mano los destinos del mundo. Pero no cabe ni es lícito poner trabas a que los demás mortales se preocupen por la posible repetición de su drama y que muestren su angustia en consejos, propuestas y admoniciones. Humanos sentimientos de venganza se mezclan aquí de modo fatal a las voces de meditaciones más serenas. ¿Qué hacer con Alemania? Artículos, panfletos y libros numerosos, escritos en diversos idiomas, adoptan en estos días por título la anterior y dificultosa pregunta; con ellos se moldea una

opinión que ha de pesar en alguna forma, para bien o para mal, en la acción de los gobernantes directamente responsables. Tendiéndose entre dos extremos muy distantes, incita, por una parte, a una victoria púnica y vengativa, mientras que por la otra aconseja, saturada de sentimentalismo, una benigna paz de olvido y perdón. De un lado, Vansittart y el "vansittartismo" de otro lado, la ñoñería puritana del pacifismo incondicional. A las veces se ha ido en las propuestas a tales extremos que se ha podido sospechar con justeza la acción tras ellas de la propia maniobra nazi. Como aquel consejo de esterilización general tudésca, que empequeñecería con proceder tan radical la inspiración originaria. Las medidas concretas que se proponen han de examinarse a la luz de estas tensiones en la opinión, o mejor dicho, a la de su resolución equidistante. La conveniencia o inconveniencia de una desmembración alemana, la licitud y efectos de su desmantelamiento como potencia industrial, el tratamiento de los criminales de guerra y su mayor o menor latitud, las restituciones y compensaciones debidas a los países sojuzgados, la alteración o no de las fronteras existentes al comienzo de la guerra y otras, son cuestiones cuya solución depende de la actitud y de los principios generales que se adopten. Sólo cabe decir que una paz sin castigo malograría el futuro tanto como otra en que se frustrara a la larga la reincorporación de Alemania a

la comunidad creadora y civilizada de las naciones. Pero nada de esto nos interesa aquí de modo directo." Si un aspecto particular que concentra y resume en su esencia toda la discusión anterior. Pues se trata, precisamente, de si el pueblo alemán es o no capaz de realizar por sí mismo y de modo voluntario aquella incorporación, de si es posible, dicho en otra forma, una reeducación alemana, su formación para la convivencia pacífica y para el olvido de sus ambiciones desahoradas y extemporáneas. Tal es el tema que para los alejados de la acción inmediata y fuera de los círculos de los intereses de poder, más peso tiene en estos momentos. Algunos podrían pensar que es meramente académico, mas en semejante caso habría que renunciar a toda esperanza. De nuevo se reiteran ahora, con pretensiones de ir más a fondo, las actitudes polares indicadas. O que el pueblo alemán se encuentra dañado por un pecado constitutivo, por un mal radical refractario a toda cura o que, plenamente inocente, ha sido siempre sino la primera víctima de la conspiración de sus minorías gobernantes. Ambas cosas, extrañas, injustas e indefendibles. La tesis de la perversión congénita de ese pueblo sólo puede ser defendida con sentido aceptando la doctrina racial que rechazamos en los falsos apóstoles del nazismo. Claro es que la erudición apasionada puede acumular datos bastantes para que parezca tener carácter continuo un proceso milenarío

de recalcitrantes disposiciones bárbaras. Pero todos sabemos qué fáciles y qué sospechosos son tales apañes eruditos. Ahora bien, la tesis contraria de la virginal inocencia y de la separación tajante entre el pueblo y el aparato político, apenas es un poco más justa. De suerte que, en lo que afecta al nacimiento y desarrollo del nazismo, hechas una larga serie de concesiones y decantadas todas las justas excusas que se ofrecen y que son bien conocidas, siempre queda el pozo de una evidente propensión favorable, dispuesta a inflamarse hasta la pasión cuando las circunstancias son propicias. Predisposición despertada y alimentada sin duda por dimensiones considerables de la inmediata herencia cultural. Si esto no fuera así y de no haber en esa herencia otros elementos importantes de signo contrario, no tendría el menor sentido plantearse la cuestión de la reeducación alemana para la democracia y la civilización. Ciertamente que a partir de aquí, en este breve comentario, hay que aceptar un supuesto que a algunos habrá de parecerles en estos días cosa harto osada. Se da por supuesto, en efecto, que sabemos en qué consiste no sólo la educación para la democracia, sino lo que ésta es propiamente. Pero no veo otra solución sino que el lector abra por sí mismo semejante paréntesis.

## MATERIA .....

*Reeducación alemana*

LIBRERO .....

TABLA .....

Aquellos que, desde la perspectiva de vencedores responsables, se han planteado el problema de la reeducación alemana, difieren en cuanto a los procedimientos que aconsejan como inmediatamente aplicables. La clave del enigma está en la expansión y formas de la tutela educativa forzosamente inicial. Hay quien se inclina a pensar que el organismo de vigilancia y orientación que se cree, ha de mantenerse en actividad todo el tiempo necesario para asegurar el éxito de los fines perseguidos. Otros, con mejor conocimiento de lo que es delicado problema de contacto cultural más que pedagógico, señalan todos los peligros de lo que no sea un proceso espontáneo, y aconsejan, por tanto, que el comisariado democrático sólo actúe el tiempo suficiente para ayudar en la depuración administrativa del actual tinglado y a la selección autónoma de los futuros educadores. Uno de los exponentes más autorizados y profundos de la filosofía pedagógica democrática, Robert Ulich, resumía no hace mucho el estado de la cuestión de manera excelente. La alta comisaría para la educación que monten las naciones vencedoras, lleva consigo un grave dilema: sin ella hay el peligro de la supervivencia subterránea de la actividad nazi, pero asimismo su tarea puede despertar actitudes hostiles y dar resultados contraproducentes. No

hay otro remedio que abandonar a los alemanes a sí mismos lo antes posible, confiándoles la tarea de su propia conversión. Mas como la experiencia pasada enseña los peligros que hay en ello, el contrapeso ha de encontrarse en una continuada vigilancia, no inmediatamente educativa sino política, que esté dispuesta a intervenir a los primeros síntomas. Como en otras ocasiones se trata de distinguir lo que exige el llamado período de transición de lo que demanda el de estabilización subsiguiente.

Explicar algunos de los problemas de esa fase inmediata, justificaría algún espacio, pues en igual trance que Alemania se encuentran otros países, liberados o no. La palabra educación tiende a evocar sus aspectos formales, dentro de los cuales no se encuentran algunas de las cuestiones más espinosas. Un análisis que atienda a los grupos de edad, muestra pronto algunas de ellas. Fuera de los habituales no suscita ningún problema el grupo que termina de los siete a los diez años. Pero, en cambio, el grupo de la adolescencia presenta un cuadro pavoroso. Los informes sobre Italia, únicos hasta ahora más conocidos, pueden tener valor representativo. Pues sobre este grupo de edad en los países totalitarios, aparte de las propias experiencias bélicas, estuvo pesando la acción muy eficaz de los movimientos juveniles fomentados por el Estado y que utilizaron, como se sabe, cose-

chando en su provecho, tendencias típicas de tan "difícil período. Y todavía quedan los adultos, fuera de la acción de la educación formal y que, sin embargo, se encuentran conformados por las experiencias singulares de su encierro totalitario. Todavía no se sabe de un modo serio —las fuentes y los estudios iniciados son aún secreto político militar— el alcance conformador que supone vivir en un mundo aislado por completo y sometido al bombardeo cotidiano de las múltiples maneras de la insinuación propagandista. Todo hace pensar que el daño es más grave de lo que supone una consideración ligera e inexperta.

Mas retornando a la cuestión de fondo, interesa averiguar qué lecciones del pasado abonan o desmienten la creencia de que Alemania sea capaz de reeducarse por sí misma. Esa experiencia no está lejana, y algunos de los hombres que la vivieron o fueron protagonistas de ella, pueden decirnos algunas cosas.

### *La experiencia de Weimar*

Entre los autores alemanes que, en el destierro, han escrito sobre estos asuntos con algún conocimiento de causa, Werner Richter <sup>1</sup> es sin duda un hombre calificado,

<sup>1</sup> WERNER RICHTER, *Reeducating Germany*. University of Chicago Press, 1945.

pues colaboró de cerca en la obra del famoso arabista C. H. Becker, uno de los inspiradores de la reforma educativa alemana, que se inicia en 1918.

Podemos esperar de quien fué partícipe una defensa de la obra de sincera fe democrática que se intenta en los agitados días de la república weimariana, y cabe aceptarla porque en modo alguno mitiga lo que fueron fallas y equivocaciones. Sin su reconocimiento no valdría la pena meditar cara al futuro. Ante los fracasados de un momento político se suele tener una actitud de plena disculpa o la contraria de incriminación acerba. Lo piadoso es dejarlos en su obstinada negación de fracaso, que —justo o injusto— es siempre definitivo. Mas si alguno tiene valor para ser lúcido en el análisis de las circunstancias que vivió, lo que ofrezca a los demás como resultado es lo único que puede salvarse, ante el mañana, de su frustración completa.

De la varia lección que la malograda experiencia weimariana es capaz de extraer Richter en su libro rico de ideas, sólo me interesa destacar en este momento aquellas reflexiones que tienen una validez general por aplicarse a la situación total de una época. Dichas de antemano son éstas: por un lado, el fracaso de toda política educativa que no tenga en cuenta la conexión necesaria, tan olvidada en ideologías abstractas de carácter pedagógico, a menudo puramente líricas, entre la educación y

la estructura social real del medio en que se ofrece; y, por otro, como consecuencia, la evidente crisis de ciertos ideales de educación válidos hasta hace poco sin disputa.

La falla mayor de la reforma educativa de la primera república alemana, consistió en no enterarse a tiempo de cuáles eran sus peores enemigos, o sea las tendencias reales que operaban en la estructura de la sociedad. Esa equivocación se dió en todos los grados de la enseñanza y sus soportes personales le fueron por eso en general infieles. Lo ocurrido con la primera enseñanza presenta un caso sociológico aparentemente desconcertante. La república trató de eliminar las rigideces cuarteleras de la escuela y dar al magisterio satisfacciones por las que venía suspirando de tiempo atrás. Fué así el maestro un hombre mimado que pagó tal cariño con notoria ingratitud. Se rebeló pronto contra los que habían perseguido su ascenso social y su liberación personal y vino a engrosar en grandes números las filas del nacional-socialismo. Apenas hay duda sobre esto porque la estadística, aun desfigurada, canta. Se trata de algo sólo aparentemente desconcertante, pues en realidad la investigación sociológica tiene explicaciones satisfactorias. Pero el tema es muy delicado para despacharlo a la ligera.

No puede hablarse, en cambio, de una defección de los profesores de enseñanza secundaria. La mayoría se mantuvo hostil desde el principio con una perseverancia

digna de mejor causa; unos con franqueza, en forma encubierta y solapada los más. Las razones se encuentran en la situación tradicional de este cuerpo de enseñanza y en su poca simpatía por las alteraciones republicanas del sistema. Tenían por eso que fracasar. Se ve ahora con toda claridad "que una reforma de los currícula sin una reforma decisiva del personal" había de ser necesariamente "empresa muy dudosa". Las innovaciones introducidas se quedaron, por otra parte, a medio camino. Se decía hace tiempo que la herencia de la escuela humanística, muy alejada ya en su rutina de la gran inspiración original, no funcionaba muy bien en medio de una sociedad radicalmente transformada, industrial y de masas. Pero aceptado, con liberales intenciones, un criterio de pluralismo cultural y de diversidad educativa, ahí quedó intocada la escuela humanística junto a otras tres de muy diverso carácter, contribuyendo a mantener en una hora democrática sentimientos de distancia social. Y por lo que se refiere a la invención republicana de la Deutsche Oberschule, escuela que pretendía alimentarse de modo exclusivo de la cultura alemana, se reconoce hay a la luz de lo ocurrido, que no fué precisamente un acierto.

La realidad universitaria constituye un tema que invitaría, de ser posible, a discurrir por lo largo, pues no hay otro más aleccionador. El prestigio de la universi-

dad alemana sigue intacto ante el exterior hasta el momento de la sublevación hitleriana. Mas ya hacía algún tiempo que había dejado de corresponder a esa imagen. Pertenezco a una generación española sobre la que pesa el sino de no haber visto nada maduro. Y así, cuando conocimos la universidad famosa la encontramos muy lejos de ser la misma de que nos hablaron nuestros maestros; sólo los tontainas papanatas o los arribistas rasta-cueros y simuladores podían no percibirlo o no decirlo. En mi contacto tardío (1930-31) con esa universidad, la descomposición era evidente. En las ensoñadoras colinas de Marburgo, apenas si se saludaba ya con el sombrero y los gestos sustitutos eran símbolos de posibles situaciones nada favorables a la continuidad de la tradición académica. La presencia de la desocupación profesional era una pesadilla de todas las horas. En esa atmósfera densa era, pues, inútil intentar aquella silenciosa dedicación casi sagrada de otros tiempos, que preparaba al descenso por el tobogán de la profundidad. La situación se ha generalizado luego; mas volvamos, por el momento, a lo que nos importa.

La situación confusa de la universidad durante la república de Weimar se debía principalmente a dos cosas: a su divorcio del Estado y de los principales políticos que pretendía encarnar, y a una crisis interna que venía arrastrando en su propio desarrollo. Las relacio-

nes de la universidad con la política y sus instituciones, constituyen un problema que es sólo sencillo para los Estados totalitarios. Pero no por ser difícil deja de ser centralísimo para una democracia. En ella sus principios coinciden plenamente con los de la universidad misma, como centro de libre investigación y de libre cátedra; pero la posibilidad de perversión de estos últimos con fines políticos, plantea de nuevo en este punto la cuestión esencial de toda democracia y de todo liberalismo. ¿Hasta dónde la tolerancia? El fracaso de la república alemana en resolver este problema tuvo consecuencias catastróficas. Numerosos profesores universitarios, "nostálgicos de los buenos tiempos imperiales" y amparados por su autonomía tradicional, realizaros una obra disolvente que habían de pagar los nazis sin ninguna gratitud haciéndoles marchar al paso de ganso. Y todavía ocurrió algo peor con los estudiantes, los cuales, acogidos en el Estado como corporación oficial, constituyeron uno de los instrumentos más poderosos que tuvo en sus manos la fuerza subversiva. Las democracias liberales se enfrentan también aquí con una cuestión espinosa, porque los movimientos juveniles, por ilusiones que se hagan sus miembros acerca de su independencia, son siempre fáciles de manejar por interesados exteriores.

Por otra parte, la universidad alemana, en su propio desarrollo interior había llegado, como dije, a un punto

crítico. Sus rendimientos y sus valores son de primer orden y están a la vista de todos, pero desde el punto de vista de la conveniencia de un cuerpo social saludable su ideal demasiado severo y parcial comenzaba a mostrar efectos negativos. La concentración casi exclusiva en el valor de la investigación rigurosa, ponía un nivel excesivamente alto al que sólo muy pocos pueden llegar con holgura; los demás ni pueden ni es socialmente necesario. Y no lo es, porque en su intento y en sus resultados insatisfactorios se esconden causas numerosas de frustración. Una universidad no debe producir sabios fracasados ni intelectuales vulgares de grandes pretensiones. No puedo menos de transcribir un párrafo de Richter: "el nihilismo cultural de la década nazi, con su descontento por la vida espiritual, se desarrolló en proporción directa al número de los intelectuales de segundo y tercer rango. La mediocridad intelectual en gran escala ha preparado siempre el camino al desdén por el espíritu; y a este respecto no hay duda alguna que el sistema universitario alemán fomentaba sin quererlo semejante tipo de actividad intelectual de bajo grado". Ese estado anímico de frustración y descontento íntimo agravó la coyuntura de la desocupación profesional, que en otros países pudo atenuarse en parte por una mayor capacidad de adaptación. Y con ello hemos llegado al tercer factor que en la política universitaria echó por

tierra las buenas intenciones de los reformadores republicanos. La terrible experiencia de los efectos de la desocupación profesional aconsejan en lo sucesivo y en todas partes, una continua vigilancia. La producción de titulados no puede ser enteramente libre, sino que debe regularse según las necesidades sociales y las posibilidades de su satisfacción. Ésta es una idea que riñe evidentemente con las tradiciones liberales en materia de enseñanza, pero que, como en otras cosas, se impone su aceptación siempre que se mantengan las garantías del control democrático en la manera de llevarla a cabo.

Con respecto a la crisis del ideal humanista, según el esquema clásico hasta ahora vigente, no es posible decir más que lo apuntado. Como en otros varios aspectos del momento presente de nuestra civilización, se sabe con certeza lo que ya no es posible, pero se está lejos de la unanimidad todavía en la indicación de lo que va a sustituirlo.

## 7. ¿FILOSOFÍA DEL DERECHO?

### *Se justifica la publicación de un libro*

La publicación de un libro como el de Bodenheimer<sup>1</sup> en la sección de manuales de la serie sociológica de su editor, está ampliamente justificada para quien tenga la curiosidad de dar un vistazo al índice de sus capítulos. Ese índice desprende por sí la utilidad de la obra para estudiantes, estudiosos y aun entendidos. Al escribir esta nota sobre un libro seleccionado por mí tengo que justificar algo más, el porqué de su elección de entre el conjunto de la literatura reciente y el porqué de añadir un manual más al número de los ya publicados sobre esa materia. La cosa parece, además, más grave dado que quien esto escribe fué alguna vez profesor titular de filosofía jurídica y declaró también por escrito su insatisfacción y desgana por el estado en que veía esa disciplina.

<sup>1</sup> BODENHEIMER, *Teoría del Derecho*. Trad. de Vicente Herro. Fondo de Cultura Económica, 1942.

Pues bien, aquella desgana y la absorción en otras preocupaciones me tuvieron algunos años totalmente alejado de la literatura filosófica jurídica del día, hasta que últimamente no sé qué razones me impulsaron a querer reanudar viejas lecturas y a que distrajera unas horas en afanes de recuperación. Desgraciadamente, de esta segunda salida he vuelto todavía con mayor desgana e insatisfacción. Lo que en momentos más jóvenes eran barruntos intelectuales tiene ahora la confirmación de una experiencia vivida y que no es en modo alguno privada y personal. Frente a esa experiencia el pequeño mundo libresco amontonado en los últimos años produce una impresión de doloroso anacronismo, de intolerable insensibilidad. El hecho es tan fuerte que no puede pasar sin comentarios y sin un intento de explicación. A él vuelvo; pero basta su enunciado para destacar sobre ese trasfondo algunas cualidades excepcionales, en este caso, del libro de Bodenheimer. Primero, no diré que sea el único pero sí uno de los pocos de entre la literatura profesional que no desmiente y niega la fecha en que fué escrito; será feliz o no en la visión de la realidad, pero a la que apunta es nuestra realidad y no la de un mundo lunar. Segundo, es claro y preciso; se podrá estar conforme o no con lo que dice, pero lo que dice lo expresa en forma inteligible y justa, con la palabra adecuada, como instrumento de expresión y no de confusión y em-

brollamiento. Tercero, Bodenheimer tiene la virtud de llevar a los planteamientos elementales en donde los problemas se viven en su dramática sencillez. Algunas de sus fórmulas pueden parecer poco refinadas a ciertas mentes "superiores"; pero aparte de estas personas, y se acepten o no aquellas fórmulas en su tenor literal, todas las demás, "estudiantes, estudiosos, o entendidos", agradecerán la inmediata sencillez con que les son presentados los problemas más vivos de su propia experiencia jurídica y política. En este sentido el libro de Bodenheimer no es sólo un manual para alumnos de primer año, sino un libro humano y serio que podrán aprovechar todos los que viven sin dormirse en nuestros días azarosos.

Ahora bien, como pudiera parecer arbitrario el que subraye estas cualidades y no otras, tengo que volver al trasfondo ya señalado en donde destacan. Lo cual me lleva a la faena de ofrecer en forma rápida y directa y no técnica los resultados de mi confrontación de unos cuantos libros con nuestra palmaria realidad.

### *Logomaquia y desprestigio*

Una de las cuestiones más intrigantes de nuestros días ha sido la pérdida de prestigio ante las masas de los llamados intelectuales; cuestión que preocupa natural-

mente no por el destino personal de esas personas, sino por el destino de aquello que encarnan o pretenden encarnar: la inteligencia; pues la inteligencia sigue siendo en medio de todo, lo único que nos ofrece comprobadas garantías de orientación y salvación colectiva. De esta espinosa experiencia se han venido ocupando unos y otros en estos últimos tiempos y yo mismo he echado mi cuarto a espadas con cierta insistencia. Veo ahora que mi amigo Francisco Ayala, desde el otro extremo de América, aprovechando un prefacio a un excelente estudio de Lampay, un libro con sangre en las venas, desmascara agudamente a la especie de aquellos que por huir del caos buscan su refugio en puras logomaquias "cuya perfección formal no consigue sino poner más de relieve su carácter de evasión respecto de la vida". Celebro esta coincidencia y acepto una fórmula que tiene una penosa y fácil comprobación en el asunto que ahora traigo entre manos. Entiéndase, sin embargo, que no se trata de acusaciones personales a un grupo de hombres entre los cuales los hay seguramente honestos y bien intencionados, sino de hecho colectivos que por su gravedad no pueden ser silenciados y deben tratarse sin pasión, ciertamente, pero sí con objetividad implacable. ¿Hay un modo de encontrar una explicación a tales hechos?

Podemos aceptar como punto de partida una paradoja enigmática. Es ésta: en los últimos años una abundante

literatura de libros, folletos y artículos sobre temas filosófico-jurídicos y una continuada fundación de institutos, nacionales e internacionales, para el fomento y cultivo de esos temas, tienen como acompañamiento real una depravación progresiva de la vida jurídica tan considerable que lleva hasta hacer enteramente problemática la existencia misma del derecho en grandes áreas de la tierra y a su deterioro mayor o menor en todo lo que llamábamos humanidad civilizada. Por lo pronto, el hecho de que no haya sido casi nunca esta impresionante realidad el objeto único de aquella literatura es algo de por sí incomprensible pero no menos significativo; y conste que en esto no hay excusa para nadie, pues la marea ha sido y es universal y se percibía cómo la inundación no iba a dejar rincón alguno en calidad de islote resguardado y seguro para el fin de la especulación bizantina. Pero hay más. Sería enteramente pueril y falso interpretar la citada paradoja como una correlación precisa de la que derivar una imputación causal sin atenuaciones; esto último sería totalmente disparatado, pero no por eso deja de estar encerrada en esa paradoja una responsabilidad y no pequeña, aunque no derive de una causa única. Pues aunque pudiera sostenerse la indiferencia ante los hechos actuales en méritos de una dedicación o entrega a los supuestos temas eternos o permanentes; ¿qué es lo que han tenido que ofrecernos estos señores sobre un

tema tan entrañable y grave como el derecho que el hombre real vive a veces con su dolor y lágrimas? La respuesta sincera es ésta: un mundo desvaído y espectral de conceptos difíciles, falsamente profundos, de sutilezas sin sentido y de simples e inacabables tautologías. Dicho en otra forma, un puro amontonamiento verbal, confluencia confusa con frecuencia de terminologías de la más varia procedencia. Cuando más de una vez me he visto ya medio asfixiado en ese mar de motajos, como decía Unamuno, he podido calmar mi indignación intelectual y moral imaginando hasta la carcajada lo que harían los semánticos con algunas de estas páginas. ¡Qué series interminables de bla-bla-bla! Y aunque pudiera decirme con razón que llevando el análisis semántico a sus extremos no queda títere con cabeza y que apenas quedan símbolos incólumes, nadie podrá negar la diferencia entre unos y otros. Pues, señores, ¡qué símbolos los de otros días, aunque fueran opuestos y enemigos! Libertad, igualdad, autoridad, resistencia a la opresión, tradición, ley natural, etc. Haga cualquiera una tabla de las "esencias" y "categorías" que circulan ahora por ahí y juzgue si no está ciego.

Ahora bien, la situación importa no como un caso de dolencia para el que se aconseja un tratamiento enérgico como el de la semántica o que puede ser tomada en broma y pasatiempo si se quiere, sino como ejemplo

muy típico del fenómeno más amplio de la irresponsabilidad intelectual que ha dominado en nuestros días. ¿Qué estímulo de vida, qué creencia positiva, qué fuerzas de sostén y de lucha puede encontrar el tan calumniado hombre corriente —alguna vez habrá que hacer un elogio— que se asome con un poco de esperanza al tipo de publicaciones que comentamos? A nadie le extraña el hastío, el escarnio y la desesperación.

He recordado repetidamente a este respecto una anécdota juvenil, porque me ha parecido una clave para comprender cosas de mayor importancia ocurridas después. Siendo estudiante en mi vieja universidad valenciana anuncié, con pedantería perdonable, una conferencia titulada “Normativa y estimativa”; pero mis compañeros no juzgaron el caso muy digno de perdón y en el mismo anuncio improvisaron unos dísticos en donde la rima les llevó a nombrar repetidas veces un conocido instrumento de la más casera medicina. Aquella protesta e irritación de las masas escolares, más “auténticas” sin duda alguna en ese momento que el provocador de su escarnio, es lo que en el fondo ha venido repitiéndose después con otras masas, que arrasaron en su desesperación, y, con instrumentos más eficaces que los de la vieja farsa, lo que aún quedaba de inteligencia y razón.

No se trata de una “boutade”; aludo a cosas muy serias de las que tenemos hoy informaciones tan coincidentes

como precisas. Lo que vamos sabiendo, por ejemplo, de la historia política e intelectual de la República de Weimar es ya suficiente para delinear con algún rigor la responsabilidad que cupo en esos años a la intelectualidad evasiva y logomáquica. ¿Es puramente casual que estuviera de moda en esos días una escuela jurídica empeñada en demostrarnos que todos los gatos son pardos? En esa confusión todo fué pardo, en efecto; aunque la "imputación" no pareciera tan incolora a los que pudieron meditar más tarde sobre la distinción de estado y derecho en el resguardo trágico del campo de concentración.

Ahora que es tan fácil hablar de la barbarie nazi ¿no sería mejor escudriñar severa y seriamente las causas que la produjeron y si estamos tan exentos de ellas como parece? ¿Qué pecado hemos cometido entonces para que se siga sirviendo como plato de novedad por estas tierras algunos de los alimentos de la catástrofe? Pero lo que ocurrió en la Alemania weimariana fué más general de lo que se cree. Así, hemos podido contemplar cómo al empezarse la segunda guerra mundial nadie sabía por qué luchaba ni por qué se le pedía el sacrificio de su comodidad y de su vida. ¿No ha costado casi dos años vencer esa situación y que los hombres sepan qué es lo que vale su esfuerzo y lo cumplan con ilusión y con fe?

¿Cómo realizar todo eso con normatividades, análisis lógicos, aporéticas, imputaciones, estimativas, ontologías, esencias, y otras cosas por el estilo? La historia de las ideas nos muestra que jamás la especulación jurídica en sus grandes momentos ha sido una construcción espectral sino instrumento de organización, medio de lucha y depósito de creencias e ideales.

### *El drama académico*

Ocurre con la especulación jurídica lo que en buena parte sucede también con la filosofía en general. Que se ha estado haciendo una filosofía jurídica para profesores; y ésta es, la más de las veces, una especulación sobre los libros y no sobre la experiencia. De esta suerte y a poco que se descuiden, los temas filosóficos más vivos se desecan y enrancian. Pero no sólo eso. El drama académico en relación con ciertas disciplinas especulativas radica en que el profesor no sólo ha de conservar y recoger la herencia espiritual, sino mantenerse enterado de lo que se hace y produce al día. De tal forma no sólo se conservan los temas heredados, y yuxtaponiéndose a veces en forma harto mecánica, sino que hay que recoger e integrar, venga o no al pelo, las últimas novedades. Va creándose así un mundo cada vez más abstracto, recortado y hermético hasta que una conmoción

como la actual renueve el edificio en sus mismos cimientos.

La especulación filosófico-jurídica de estos últimos años constituía un ejemplo marcado y típico de ese fenómeno. Los elementos de la herencia y de la moda operaban al final tan mecánicamente que podía ofrecerse una receta para uso de aspirantes a pomposos títulos. La receta poco más o menos era ésta: acéptense los ingredientes de la herencia neokantiana, añádase un poco de iusnaturalismo, agréguese fuertes dosis de teoría pura y fenomenología y que no falten, si se quiere estar al día, unas gotas de existencialismo. La incoherencia del resultado no pasaba de ser una manifestación más de la incongruencia mental que es en nuestros días efecto y causa al mismo tiempo de la desorientación social en que vivimos. ¿No hay demócratas que declaran, sin percibir contradicción, sus supuestos filosóficos aristócratas; y liberales que parten de la teoría de la institución, señalada por algunos como la construcción jurídica del capitalismo monopolista, etc., etc.?

*Lo que ha sido y lo que es la filosofía jurídica*

Si todo esto es la filosofía jurídica en la actualidad, recuérdese lo que ha sido en sus verdaderos momentos. Los grandes hombres de la filosofía del derecho —que

dicho sea de paso, pues no deja de ser significativo, pocas veces publicaron sus libros con ese título— representan sistemas de vida práctica entera y todas han traído una doctrina del hombre y una teoría de la sociedad; es decir, una visión de la existencia y una iluminación de la acción. Es igual para el caso que sus doctrinas fueran revolucionarias o conservadoras, absolutistas o liberales, construcción del futuro o racionalización del presente. Ninguna ha dejado de ser una apelación a un tipo determinado de convivencia; y en el cuerpo del derecho natural, en tradición ininterrumpida, a una convivencia basada en la razón y garantía de la libertad y dignidad del hombre. Pero lo que es más importante: ninguna de esas doctrinas han sido construcciones en el vacío y puramente especulativas sino instrumentos de organización, intentos de realizar dentro de una sociedad de estructura determinada ciertos postulados ideales. El desarrollo puramente ideológico que pasa a los manuales nada recoge de lo que fué originariamente un enfrentarse tenaz con problemas y realidades muy concretos; una solución de aquéllos y una reconstrucción de lo que éstas ofrecían. Así se explica la resonancia histórica de tales doctrinas. Lo que tuvieron presente no fué una sociedad en general, sino la estructura social en que vivían, estructura que había de reafirmarse o reformarse de tal suerte que fueran posibles los ideales dados por su filo-

sofía. ¿Podemos encontrar ahora esfuerzos mayores por insertar en la estructura social real en que vivimos —nacional e internacional— los postulados ideales que el precipitado histórico mantiene todavía como el patrimonio de la humanidad? No faltan por fortuna; pero dispersos por diversos campos, de acción y pensamiento, no pueden señalarse como abundantes y realistas las aportaciones de lo que llamaríamos la filosofía jurídica oficial. Se me dirá que en todo esto hay algo pueril, pues equivale a pedir el Hegel, el Grocio, etc., de nuestra edad; mas no se trata de eso, sino de que cual ocurre en otros terrenos, las inteligencias dedicadas a estas cuestiones, de talla mayor o menor, se pongan seriamente a ver lo que tienen delante y sean esperanza de orientación y no causa de desconcierto. Ciertamente es que la filosofía negativa que ahora nos ha dado por cultivar puede prestar poco apoyo a esta reconstrucción aclaradora que viene exigiendo nuestra realidad, mas esto en todo caso indicaría que hay que dejar esa filosofía y no otra cosa.

*“Common sense in law”*

Mientras esto llega, es preferible antes que el desvarío acogerse al tema que nos da el título del conocido libro de Vinogradoff. Es decir, volvamos como punto de apoyo y de partida a la simplicidad, a la sencillez y

al sentido común en la formulación de nuestros problemas. Podrán los cejijuntos altaneros sonreír de la fórmula según ellos poco "profunda" que Bodenheimer reitera oportunamente al decirnos que el derecho es un término medio entre la anarquía y el despotismo, pero todos los innumerables hombres que hoy día sufren en su carne de la degradación del derecho, reconocerán que en ella está el comienzo de la verdad. Y esto basta.



## 8. EL HÁBITO Y EL MONJE

### *Marginalismo*

Escribir y comportarse como un buen profesor no coincide con lo que exige escribir y comportarse como un buen periodista. Pero sucede que más de una vez se echa en cara al primero que no escriba como un periodista y al periodista que no lo haga como un profesor. Y no menos ocurre que algún día el profesor haga sus pininos de periodista o que éste se atreva a largar algunos palmetazos profesoriales, en ambas ocasiones con poca fortuna y asomando la oreja más de la cuenta. Entre esos dos tipos de hombre de pluma se dan no pocos intermedios, mas en cada uno de ellos tenemos la misma cuestión. En ciertos círculos se rechaza de plano toda obra que tenga algún tufillo literario y en otros causa horror toda la que venga encorsetada en las rigideces del aparato científico. Ante el público se ventilan todos los días estos dimes y diretes en la forma de un conflicto que él no

puede resolver por sí mismo. Quizá por eso valiera la pena de hacer sobre el asunto alguna vez un poco de claridad, pues ese conflicto no tiene ningún sentido en el plano en que es usual su desarrollo. No así en otros menos visibles. Traduce ante todo el drama de la vida como limitación y lleva consigo el sufrimiento personal de todos los que tropiezan una y otra vez en su propio cerco. Socialmente, manifiesta el carácter desigual de la lucha por el prestigio y por la conquista del público, pues las armas son por necesidad muy diferentes. Y no se sabe a este propósito qué sería más importante, si llevar un poco de serenidad a la propia vida o conseguir del público una apreciación equilibrada de lo que son aptitudes distintas y exigencias de creación inconmensurables. En realidad, ambas cosas marchan a la par. Y lo más probable es que nunca se logren del todo. De un lado, por tratarse de complicados fenómenos sociales en que se mezclan pretensiones no sólo de prestigio sino de poder y, de otro, por tropezarnos aquí con una fatalidad dada por la forma misma de la existencia. Con todo, los momentos históricos difieren al respecto bastante y hemos de reconocer que vivimos uno en extremo turbio y atormentado. Me invitaba a este planteamiento —pues así ha de quedar— la presentación que de sí mismo hace Freyre como sociólogo marginal al comienzo

de la exposición sistemática de su pensamiento.<sup>1</sup> Ya que afirmación semejante exigiría averiguar hasta qué punto es cierta y cuál es su sentido en todo caso. Dejemos la duda para después. Freyre pretende que su marginalismo consiste en no ser profesor ni autodidacto. No encarnado lo primero, ha podido librarse de las presiones académicas que, entre la tradición y las convenciones del día acaban por recortar a más de uno todo ímpetu de originalidad y de visión directa de las cosas. Sin embargo, como no es un autodidacto, sino hombre de rigurosa disciplina académica, no sólo no posee su típica malquerencia por lo universitario, sino que conoce y pretende para sí la seriedad de la labor sistematizada, del esfuerzo inacabado por el descubrimiento de la verdad científica. Freyre es, pues, un sociólogo marginal, ya que tuvo la fortuna de no ser profesor sino por corto tiempo. Me figuro, sin embargo, que hubiera seguido como marginal en cualquier circunstancia. Pues la marginalidad no tiene ahora el sentido más preciso que denota ese término en otras ocasiones, indica más bien una posición relativa. Digo esto quizá, y me sorprende sin rubores, como propia defensa ante el problema que se me ha planteado al comenzar estas líneas. Pues al hacerme el azar, supongo, profesor de sociología, no sé si en mi calidad de sociólogo

<sup>1</sup> GILBERTO FREYRE, *Sociología*, Livraria José Olympio. Río de Janeiro, 1945. 2 vols.

“profesoral” podré juzgar en forma adecuada la obra del sociólogo “marginal”. ¿No seré uno de aquellos a quien “a cátedra ou a académica tem amaciado em didatas e academicos incapazes do mais simples arrepios contra as regras establecidas e as convenções triunfantes”? El hecho, empero, de que el escritor de Recife me cautivara desde la primera lectura de su “Casa-Grande y Senzala”, y de que ahora no vea tampoco motivos profundos de discrepancia ante su nuevo libro, me fuerza a sospechar, o bien que Freyre es más profesoral de lo que supone, o que yo soy más marginal, por fortuna, de lo que creía. Elijo por el momento esto último, ya que me ofrece la garantía mínima de que no estoy todavía del todo “amaciado”. Mas não resvalemos en trocadilhos de dudoso humor. Pues, ya en serio, Freyre no hace con la declaración comentada sino situarnos por vía directa en el corazón mismo de sus preocupaciones sociológicas; corazón o meollo que no es otro que el hombre mismo en su propia y peculiar situación social, el hombre como persona con status. No pude escapar por eso a semejante imperativo en el examen de su propia obra, y me lanzó a mí de rebote a bosquejar de pasada el tema, que pudiéramos llamar freyriano, de las distintas formas de vida intelectual y sus consecuencias, más importantes de lo que el son de broma puede hacer sospechar. Pues aquí también el hábito hace al monje.

*Tarea dionisiaca*

Una de las páginas más agudas de Freyre como observador y literato, es aquella en que nos muestra el espíritu de danza en el fútbol de su país. Ocurre que los elementos peculiares de una "situación" histórica y regional transforman las líneas apolíneas de un juego nacido entre nórdicos, en algo por completo distinto, en una manifestación dionisiaca. ¿Sigue tal situación pesando sobre el propio Freyre? Pues, según él, la sociología, las ciencias sociales creadoras y vivas son asimismo y a su modo dionisiacas. Nadie cometerá, espero, este dislate. No se trata de aquella peculiar circunstancia brasileña la que ahora fuerza a Freyre a afirmación semejante, sino la conciencia rigurosa de una situación científica. Si aquella era regional, ésta es, al contrario, universal. Captarla así muestra ante todo que si Freyre no quiere ser profesor, es, aunque no lo quiera, verdadero hombre de ciencia. Ya hace algún tiempo que perdimos la ilusión decimonónica de la ciencia como obra conclusa y acabada. Lo que sin duda fué siempre convicción íntima de todo investigador verdadero, es ya verdad modesta al alcance de cualquier iniciado. Contemplamos hoy al esfuerzo científico como uno sin límites y jamás perfecto. Los logros de ahora son nueva incitación, punto de partida. Las ciencias sociales no escapan a ese destino, si no

es que en ellas es todavía más notorio. Y de todas, la llamada sociología, nunca ha pasado de ser puro torso prometeico. Es, lo ha visto bien Freyre, un "estudio de contradicciones". ¿Cómo, pues, para quien la vive en su desarrollo, exponerla armónica y apolínea? Quien venga a ella a través de la propia obra creadora repetirá siempre la postura del investigador brasileño, de modo igual a como éste reitera, sin proponérselo, otras anteriores. No creo molestia para Freyre recordarle en qué forma coincide aquí con Max Weber, hasta en ciertas consecuencias específicas; el desdén por el simulador y el miedo a profesar la sociología como tal. Son muchas las razones que explican la desdicha de que tal disciplina haya sido siempre, y lo sea todavía, campo de cita de la simulación más confusa. Las lanzadas de Freyre, como todas las que se den en ese sentido, son en todo momento saludables, pero me temo que también como siempre más o menos ineficaces. Ni siquiera una "sociología de la simulación sociológica" acabaría con la plaga, pues ésta, camaleónica, cambia de colores en cada instante. Se comprende muy bien que sean los sociólogos alimentados en una trabajosa obra de investigación auténtica los que más resientan y se alarmen ante el engaño.

Algo semejante ocurre respecto a su enseñanza. Como he contado alguna vez, Weber rehuía siempre el título de profesor de sociología. Lo que deja entender que si bien

creía en la posibilidad de formar sociólogos, no veía de modo tan fácil el modo de enseñar la disciplina como tal. La solución de Freyre es ni más ni menos la de su marginalismo; por eso lanza su libro no como tentativa de ordenación y estabilización —obra pedagógica— sino “como compañero de estudios e inquietudes”. No voy a detenerme en este punto. Sólo me interesa señalar que tanto la de Weber como la de Freyre son soluciones, sin duda, auténticas pero sólo personales y no institucionales o colectivas. Si bien, debe reconocerse, sirven para proyectar luz viva sobre el problema, en modo alguno resuelto, de la enseñanza de la sociología. Pues a él sólo puede llegar quien comprenda la radical verdad de aquellas posturas; se trata de algo de “métier” y no voy a intentar discutirlo. Pero sí volveré, en cambio, por su hilo, al tema con que empezamos, al del hábito que hace al monje. El profesor tiene que enseñar siempre “una gramática”, algo estabilizado, fijo, ordenado. ¿Qué hacer con estas materias dionisiacas cuando la tarea que impone el hábito es apolínea? Cuando hay también autenticidad lo que entonces tenemos es el drama de la limitación en su forma cabalmente inversa a la anterior. No quisiera que se interpretara esto como si a Freyre le hubiera pasado inadvertido el problema; tiene de él, al contrario, conciencia cabal y así lo declara en forma explícita. Mi insistencia sólo se debe a una debilidad, a que nunca

por mi cuenta pude encontrar solución satisfactoria a este problema, que tampoco he hallado en otros. Y así sigue vivo mientras la "asignatura" sociología continúe con su desafío pedagógico.

### *Autoanálisis*

Nos tiene acostumbrados Freyre a prólogos sabrosos; y lejos de mí acordarme tan sólo de sus alusiones a la dulcería bahiana o a la gama de sabores del viejo oporto. En el que puso a esta su "sociología", vale por sí solo como muestra cabal de acabado ensayo. Proust y Pascal se mezclan con la nariz de Cleopatra, sin que su grave presencia venga a importunar una disertación discreta sobre el inglés como lengua general de la sociología, y hasta no falta la noticia picante, cuando se nos entera de las desventuras amorosas de Gobieneau con una belleza morena, quizá último fondo resentido de su arianismo. Pero lo que en él culmina es el esfuerzo por traer a superficie las raíces encubiertas y a veces oscuras de las que son actitudes de un autor. Pocas veces una obra científica viene procedida de un examen de conciencia más detenido y riguroso. Para descubrir sus propios prejuicios, Freyre nos habla al pormenor de sus lecturas y maestros, de sus amigos y experiencias personales. Uno tras otro analiza con sinceridad los que piensa puedan

MATENA  
LIBRERIA  
ser más decisivos. Pero nada le interesa tanto como dejar despejada la imputación que se le hace de africanófilo o de parcial siempre que de su país, tropical y mestizo, se trata. Y hace bien en insistir porque en ello está la trascendencia humana, social de su obra, cualquiera que sea su valor científico o literario. Al autoanálisis de Freyre ha correspondido el socio-análisis de todo un pueblo que se está liberando, de esta suerte, de inútiles telarañas dolorosas. El aguijón del prejuicio fué el impulso que llevó a confirmar en la ciencia la capacidad igual al blanco, de mestizos y africanos, dadas identidad de oportunidad y de condiciones sociales y de cultura. Y a comprobar luego con detención en la historia cómo la cultura no es cosa de color, sino resultado de constelaciones sociales definidas y de herencias socio-culturales que se combinan de continuo en renovadas creaciones. Hasta donde se me alcanza, Freyre es el primer sociólogo iberoamericano que, con un sentido más amplio que el primitivo, emplea el término de hombre marginal para situar con justeza definitiva el problema del mestizaje como uno sociológico estricto, es decir, histórico social. Inspiraciones análogas, aunque la sapiencia sea menor, me han llevado a sostener siempre en mi cátedra, la misma tesis. ¡Cuánta confusión innecesaria se aclara de una vez! Entiéndase que no se trata de reversiones de signo, en las que vemos recaer tantas reacciones de "prima-

rios"; no es cuestión de oponer melanismo a arianismo o cosas parejas, sino de arrumbar para siempre tamañas cuestiones, tan falsas para el análisis científico como para el equilibrio psíquico y la creación cultural. Se comprende así que Freyre se defienda todavía de malas interpretaciones, y declaremos que hace bien, mientras no termine del todo su gigantesca tarea de depuración psico-analítica.

#### *Seis personajes en busca del autor*

No pretendía con estas líneas, escritas para una revista técnica, exponer ni menos examinar o criticar el contenido de estos dos primeros volúmenes de la obra sistemática de Freyre. Me bastaba saludar su aparición con un gesto caluroso. Sin embargo, conviene tener noticia mínima de cómo ordena o sistematiza sus materiales. Para el escritor brasileño no hay una, sino varias sociologías, que buscan su remate en una general o coordinadora. El segundo volumen, el más atractivo a mi juicio, está dedicado al examen de esas cinco sociologías especiales en busca del autor o de síntesis: la sociología biológica, la psicológica, la regional o escología social, la sociología genética y la de la cultura. Y aquí es donde Freyre no es tan marginal como creía o más profesor de lo que pensaba. La arquitectura de su libro cumple

con el modelo clásico y no menos con el deber de exponer no sólo lo propio sino cuanto de lo ajeno no pueda ser olvidado. Pero si la leche es de muchas vacas, el queso no deja de ser sabrosamente suyo. Allí, sobre todo, como en el capítulo de ecología, donde la investigación de primera mano aventaja con mucho lo libresco. Con todo, cuando el "autor" buscado o síntesis aparece, es cuando gozamos de lo más original o, si se quiere, personal. Pues esa sociología general o coordinadora se perfila con vigor como una de situaciones, es decir, como una cuyo concepto básico es el de "situación social". Freyre piensa que a través del "estudio rigurosamente sociológico de las situaciones sociales", se abren para la sociología perspectivas nuevas y posibilidades de construcción con mayor firmeza que antes sobre un plano distinto del biológico y del histórico. Me permití transcribir entrecomillado lo que nos dice acerca del estudio rigurosamente sociológico, porque aquí viene lo del camaleonismo de antes. No vayamos a confundir ese tipo de estudio con las pretensiones fenomenológicas y ontologizantes tan en boga hoy y tan baratas y fáciles más de alguna vez. Mi cercanía a Freyre en este punto es tal, que el no caer en comentario y confrontación no deja de ser un buen sacrificio. Como también aplaudo su decisión de abandonar la equivocada y estéril dicotomía metodológica entre

ciencias naturales y culturales, declarando llanamente a la sociología ciencia "mixta" o "anfibia".

Terminemos. ¿Profesor? ¿Marginal? ¿Gran burgués? ¿Pequeño burgués? Sociólogo a secas y a fe que de ley. Como siempre ocurre con todas las mentes creadoras, con su "Sociología" no hace sino dar a luz la teoría o el envés, si se quiere, de su tarea investigadora. Con ello, cualesquiera que sean los reparos que puedan oponerse a su logro sistemático, el servicio es inestimable. Lo que se ha llamado su trilogía: "Casa Grande y Senzala", "Sobrados e Mucambos" y "Nordeste", representa uno de los ensayos más sugestivos y originales del pensamiento social entre nosotros. Siempre he creído que "Casa Grande y Senzala" constituye el mejor estímulo que tenemos en Hispanoamérica para que la gente joven salga del tópico y de la rutina en la interpretación de nuestra historia. Pero no dejaba de ver sus peligros. El peligro, sobre todo, de que se tomara el rábano por las hojas; la historia sexual por la social, las deliciosas anécdotas menudas, por lo que son en sí y no por lo que significan en el conjunto interpretativo. Con este envés que ahora nos da de sus obras, todas las cosas se ponen en su sitio y los brillos externos ocupan lugar adecuado en la seriedad profunda del cuadro.

## 9. EL SOCIÓLOGO Y EL ARTE

### *Un poco de pedantería*

He aquí que mi tarea de hoy consiste en reseñar un libro de Sociología del Arte. Mas no sé cómo cumplir con esta nota cuando me doy cuenta que su propia redacción es ejemplo concentrado de lo que se trata. El análisis paraliza. Convengamos en que la nota bibliográfica es un género literario menor. Sin embargo, su pequeña importancia no la exime de estar sujeta a los principios generales de toda creación —si es que existen— y a las influencias que en ella puede ejercer el medio social. La forma en que vaya a quedar depende de mis cualidades y experiencias personales, pero no menos del público a quien me dirijo. ¿Qué público es éste y en qué forma me presiona? La historia de este pequeño género literario —no creo que esté hecha— quizá nos diera la respuesta a algunas cuestiones y sin duda ciertos modelos típicos. Por ejemplo, ¿cuándo surge la nota bibliográfi-

ca como tal y a qué responde? Si la producción de libros fuera escasa y el medio espiritual homogéneo y reducido se trataría de una actividad casi superflua. Lo mejor se destacaría por sí solo, imponiéndose sin dificultad. Imaginemos así las épocas felices de pocos libros y de lectura reposada, diríamos mejor de relecturas. En cambio, la importancia de la nota bibliográfica crece a medida que aumenta la producción editorial, manifestación, por lo menos, de un triple fenómeno: el de la especialización científico-literario, el del carácter heterogéneo de la cultura y la sociedad, y el de la publicación de libros como medio de vida. La inevitable especialización ha resultado, como es sabido, en nuestra ignorancia cada vez mayor, fuera de materias muy circunscritas. Aun en una pequeña especialidad, la producción es a veces de tal volumen que la orientación es necesaria para evitar lamentables pérdidas de tiempo. Pero mayor es la urgencia de guía cuando se impone salir, de nuestros reducidos claustros, al aire libre de la cultura general. Por desgracia, esa cultura está muy lejos de ser hoy uniforme, sujeta siempre a unos mismos y pocos principios ordenadores y refleja más bien todas las tensiones y carácter heterogéneo de la sociedad que la sustenta. Es útil que alguien nos diga el punto de vista de los libros que así lo merezcan para que podamos eludir, a gusto del consumidor, monotonías o sobresaltos. Hay quien sólo le gusta

verse reflejado, otros prefieren sentirse contradichos y aguijoneados. La necesidad, por último, de orientación, y no menos de poda, llegó también el día en que la sociedad hizo obligatorio para ciertos individuos escribir libros, tuvieran o no ganas de hacerlo, o lo que es peor, con cosas que decir o con ausencia de ellas. Este punto es tan rico en sugerencias, que mejor es cortar por ahora todos los hilos que presenta. Mi misión sólo era señalar la presencia de la sociedad en los orígenes de la nota bibliográfica. Ahora bien, si por cualquier lado que se los examine la funcionalidad de la nota aparece sobremanera clara, su desarrollo como género no sólo no muestra claridad semejante sino que parece a veces contradecir su verdadero sentido. Pudiera decirse, en efecto, por lo que hemos visto de sus orígenes, que la esencia o carácter de la nota bibliográfica sólo consiste en su valor instrumental como orientación.

Sucede a veces que la modesta nota de libros no responde a ese carácter. En vez de orientarnos nos desorienta o quizá nos entera de muchas cosas que nada tienen que ver con el libro reseñado. ¿Qué ocurre aquí? Prescindo de los aspectos psicológicos de la cuestión. En principio los resortes creadores de este género literario los ofrecen las formas fundamentales de reacción de todo lector ante un libro: o bien se trata de llegar a la máxima claridad de lo que expresa o trata de expresar, o se

abren de pleno las compuertas de la corriente de resonancias que nos suscita. De aquí los tipos clásicos de toda crítica a que responde también la nota bibliográfica. Lo que me interesaba ahora son sus supuestos sociales. Para ahorrar tiempo y suprimir conceptos bueno será abordar el tema con un mínimo de imaginación. Un mismo libro puedo comentarlo en una revista como la que fué la de Occidente en sus buenos tiempos, o en una de tipo universitario alemán, en sus días también zenitales. Sin embargo, la forma como lo hiciera, me vendría impuesta, de querer tener éxito, y lo que escribiera para la una no valdría para la otra. En un caso, sólo trataría de mostrar mi ingenio, mi estilo y me podría permitir el lujo de que el lector no se enterase de lo que se trataba. En el otro, la exposición de mi recensión tendría que ser tan en serio que la omisión de las citas de páginas constituiría una falta imperdonable. ¿Qué es lo que aquí se interpone? Una entidad llamada público, que me presiona a través de su órgano. El tipo de la revista, como reflejo e instrumento de él, no sólo me permite tales o cuales formas expresivas, sino que me estimula o fuerza a adoptarlas y de esa suerte influye de cierta manera hasta en su contenido.

Veamos si algo análogo sucede no ya con las formas sino con el carácter crítico de la nota. No todo depende aquí de mis predisposiciones, de mi buen o mal carácter

si se quiere. Si la orientación requiere una actitud crítica, su amplitud depende, sin embargo, de lo que pudiéramos llamar el permiso social. Hay órganos de opinión, como ciertas revistas científicas inglesas, que tienen a gala el rigor de la actitud crítica permitida. Parece en algunas de ellas que lo "gentlemanlike" es la estocada a fondo, sobre todo si la víctima es algún amigo de la casa y siempre, desde luego, que se guarden las debidas maneras. Surge así un tipo de nota bibliográfica objetiva, fría, implacable, que no es posible de igual manera en otros medios. A partir de ese ejercicio sobrio de esgrima se abre un largo y vario camino en cuyo término el análisis crítico puede llegar a desvanecerse. Mas entonces nos encontramos en otro terreno. Pues ya no se trata de que la orientación pueda tomar formas divagatorias, sino de que se convierte en su radical contrario, en la desorientación. Y ella puede obedecer a distinto condicionamiento social. La lucha por el prestigio o por la desnuda supervivencia hacen ahora oír su voz.

Los juicios de valor contenidos en una nota bibliográfica deben ser sinceros, auténticos. Sus límites se encuentran dados por la cortesía, el respeto que merece todo esfuerzo y el mínimo de convenciones sin las cuales la vida es campo de agramante sin tregua ni cuartel. La bondad natural justifica no menos la inclinación hacia la amistad y el elogio. Pero de aquí no debe pasarse.

Sucede, sin embargo, que a veces se tome a la nota bibliográfica por instrumento indebido de la lucha por la posición y el prestigio. El elogio casi siempre, la crítica a las veces, no es en tal caso más que un medio de toma y daca. "Do ut des", te llamo inteligente para que me digas genio. Algunas publicaciones convierten así sus secciones críticas en órgano de bombo mutuo, de un comercio ilícito de pasaportes a la inmortalidad. Lejos de mí el sermón. Lo que me interesa es señalar que tras ese fenómeno se da con frecuencia un condicionamiento social. Y lo que es más importante, cómo éste a su vez se complica con el contenido peculiar de las formas de la cultura. Acudamos sin remedio, aunque quería evitarlo, a la formulación conceptual. La corrupción de la nota crítica, su conversión en un instrumento de la lucha por el status, es una función de la densidad moral de ciertos medios, la cual depende por su lado en buena medida, del contenido de cultura de que se trate. Quiero decir, hay ciertas materias —la ciencia natural rigurosa— en donde el engaño es más difícil. Por tanto, los medios en que se cultivan, poseen, por así decir, a la fuerza una densidad moral mayor que la que puede darse en otros grupos de especialistas. Este campo de análisis es muy fecundo. También aquí la humilde nota bibliográfica y sus formas deterioradas están sujetas a presiones y estímulos que

radican más allá del individuo y que de tal suerte pueden convertirla en índice de fenómenos de mayor "bulto".

Más no sólo por el prestigio lucha el hombre. La necesidad de yantar pesa en extremo y aquí tiene su causa otra forma de desorientación. No hace falta, empero, que nos extendamos demasiado. El fenómeno es harto conocido —el más fácil muchas veces de captar— y nadie se niega a reconocerlo, se profesen o no determinadas doctrinas. La nota "comprada" es el tipo a que responde esta manifestación. Ella es asimismo trasunto minúsculo de otras cosas más graves.

Al llegar aquí mi confusión es mayor que al comienzo. Por modestas que sean las vías de la autognosis siempre conducen a un estado inicial de perplejidad. Para decirlo a la manera tudesca, esto que se ha desarrollado como una nota sobre la nota —sociología de la sociología y filosofía de la filosofía— le ha dado al fin una factura extraña que me hace dudar dónde encajarla con propiedad dentro de la tipología bosquejada. Lo único claro es que voy consumiendo de modo alarmante el espacio de que dispongo y quizá también lo que era mi intención. Trataba tan sólo de mostrar cómo en un género de rango menor, cual es el de la nota bibliográfica, se dan todas las cuestiones que se plantean en una consideración sociológica del arte. También aquí, con una función clara y con el último reducto de libertad de todo

escritor como supuesto, hay que contar, sin embargo, con lo que a éste le llega de fuera e influye de algún modo en su obra, sea en su forma, en sus tendencias, en sus calidades de veracidad, o en su propio falseamiento. Esas condiciones se alteran y modifican, son distintas según lugar y tiempo, se encuentran influídas a su vez por los contenidos mismos de la creación cultural, y sus reflejos, quizá en este caso insignificantes, pueden tomarse como síntoma o índice claro a veces, de realidades de mayor envergadura. Un poco de humor trató de salvar —dada la insignificancia del tema— la inevitable pedantería. Espero que se me perdone no haberla llevado a sus extremos. ¿Qué no es posible? Sí amigo mío. Imagine el lector que hubiera titulado así este párrafo inicial: Sociología de la nota, una introducción a la sociología del arte. . . Pero vayamos ahora a

### *La verdadera nota*

Roger Bastide —cosa conocida para muchos— es un profesor francés que colabora desde hace años en las actividades de uno de los centros más fecundos del pensamiento brasileño, la Universidad de San Pablo. Su sólida formación primera en la seria escuela durkheimiana le ha permitido desarrollar una labor personal valiosa y varia de que dan testimonio diversas monografías, ar-

tículos y libros. Preocupado desde largo tiempo por cuestiones de sociología de la Religión nos dió hace poco en sus "Imagens do Nordeste Místico" (Em branco e preto), no sin "vacilar un tanto entre la poesía y la ciencia", una descripción detenida y llena de fuerza de la vida religiosa en Bahía. Pero no es éste su libro objeto hoy de mi interés, sino Arte e Sociedade.<sup>1</sup> Se trata de un esfuerzo de síntesis pocas veces igualado, pues en relativas pocas páginas comprime, ordena y aclara un tema que por su extensión y por el estado fragmentario de su desarrollo desafía las mejores fuerzas. Existen muchos materiales dispersos, pero, en cambio, son pocos los ensayos de conjunto, y menos aun los que pueden considerarse medianamente satisfactorios. La mayoría peca de generalizaciones precipitadas, unilaterales y caprichosas, y más que nada, de la ausencia de planteamientos rigurosos acerca de lo que cabe decir del arte —que no es todo— desde el punto de vista sociológico. Bastide, por lo pronto conoce cuáles son las preguntas posibles y cuáles también sus límites.

Dos características justifican ante todo la atención que se preste a este libro. En primer lugar, su valor de síntesis antes indicado. Vivimos una situación de la cultura en que el peligro de naufragio amenaza todos los

<sup>1</sup> Livraria Martins, Editora. São Paulo, 1945.

días por el exceso de su amplitud indominable. El puerto de refugio, desde donde comenzar de nuevo la aventura, lo constituyen las grandes visiones sintéticas, de conjunto, merced a las cuales, mientras dura la estadía, es posible precisar rumbos y corregir falsas direcciones. Sin embargo, aunque se viene insistiendo desde hace tiempo en la necesidad de fomentar mentes sintéticas y cátedras y obras interesadas por los conjuntos, continúa ella pasando inadvertida. Pues el problema está en quién haga las síntesis y cómo las realice. La realidad de su urgencia se muestra en las vulgarizaciones y obras populares que la satisfacen mejor o peor. Mas lo que importa es que se haga bien y por quien pueda hacerlo. La tarea sintetizadora es sobremanera difícil y tiene sus propios requisitos, pues nada está más lejos de su carácter que la improvisación o la persecución maníaca de un fácil esquematismo. La síntesis no debe confundirse con la reconstrucción esquemática. El esquema en ella no es más que un resultado que muestra, al mismo tiempo, toda su problematicidad. Sólo así es fecundo y tiene sentido.

Por eso, la síntesis, tanto para su autor como para el que de ella disfruta, no es un término final sino un nuevo punto de partida. Concedo que el lector pueda disentir más de un momento del libro de Bastide, pero lo hará en la medida en que se esfuerce por captar su ordenación y trate de resolver por sí mismo el engranaje de los pro-

blemas que plantea. Tendrá así la ventaja de hacerlo desde una nueva altura y en eso consiste el beneficio inestimable recibido. No es otro el provecho que se espera de todas las obras de síntesis, cuando están hechas con la debida seriedad.

Otra característica atractiva de la obra de Bastide, al menos para mí, reside en los materiales, sobre todo franceses, de que hace uso. Todavía hoy la mayoría de lo que llamamos ciencias no ha superado la visión particularista. Se articulan desde perspectivas nacionales o de círculos culturales homogéneos si se quiere. Hay quien lo lamenta porque contradice las pretensiones de universalidad del conocimiento científico o por lo que tiene a veces de provincialismo o de estrechez de escuela. El examen de esos lamentos no sería tarea breve, pues no debe conducir a afirmaciones o negaciones tajantes, sino a una justa apreciación de matices. Por ejemplo, no siempre es favorable, como se dice, la carencia de escuelas de pensamiento, tal como sucede en más de una materia entre nosotros. Es cierto que se posee así una mayor libertad en el punto de partida, cabe elegir sin trabas lo mejor allí donde se encuentre y en su asimilación pueden alcanzarse puntos de vista totales. La experiencia muestra, empero, sus peligros. La liberación inicial sólo es útil a las naturalezas muy vigorosas. Para los más, la existencia de escuelas es una garantía de disciplina y

de que no se ha de llegar a la postre a una simple yuxtaposición mal digerida de cosas que no casan bien entre sí y aún se repelen.

Cóvengamos en definitiva —ya que no podemos pasar de aquí— en que por lo menos es un goce espiritual el tránsito de unos particularismos científicos a otros, en la variedad de sus peculiaridades. En cuestiones de sociología, entre el rigor categorial de los alemanes y la invertebración teórica anglosajona, compensada por sutiles análisis de detalle, ocupa una posición intermedia la modalidad francesa, en donde el impulso hacia el concepto —nunca llevado a sus extremos— se esfuerza por apoyarse en una rica experiencia, lindante a veces con el amor a lo pintoresco. Por eso cualquiera que sean mis preferencias vuelvo de cuando en cuando a lo francés como a un descanso merecido.

## PRESENTACIONES

### 10. MAX WEBER

El nombre de Weber tiene hoy un prestigio universal. Sin embargo, algo como un destino adverso le persigue aun en su propia gloria, pues nimba las más de las veces a lo que es en realidad una figura desconocida ante la que sería tan incorrecto como delator omitir gestos reverenciosos. Y todavía peor, lo que de su obra ha pasado al público y se repite en las aulas no deja de ser una deformación o caricatura de su propio pensamiento. Exceptuados los contados estudiosos de su obra completa, para los demás el nombre de Max Weber suele ir unido casi con exclusividad al esquema de su interpretación de los orígenes del capitalismo. Pero ese esquema, a fuerza de arrastrarse por los manuales, llega al público menudo convertido en un auténtico disparate que se reitera con la desenvoltura a que convida toda simplicidad. Ciertamente aquí se repiten los azares que lleva consigo la popula-

rización de pensamientos complejos y plantea una vez más el problema de los peligros de toda cultura aguada para hacerla asimilable. Pero en el caso de M. Weber la deformación se remonta a fuentes secundarias que, obra de investigadores muy estimables, surgieron, sin embargo, con un pecado de parcialidad. Y esto en el doble sentido de consideración parcial, no completa, o de visión prejuizada por intereses polémicos. Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus (La Ética protestante y el espíritu del capitalismo), libro que le abrió a la fama universal y uno de los dos traducidos hasta hace bien poco a otros idiomas (la excelente versión inglesa de Talcott Parsons es de 1930), se prestaba por sí a interpretaciones falseadas y más si se le desligaba del resto de su obra, en particular de sus otros estudios sobre la moral económica de las religiones universales, recogidos en sus *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*. No pretendo ahora entrar en más detalles; me interesaba asentar un hecho y deducir para mí en estos momentos la debida lección. El hecho es deplorable; la lección, clara. El primero consiste en la creencia vulgar que atribuye a M. Weber la "teoría" de que el protestantismo es la causa del capitalismo. La segunda aconseja me limite hoy en estas líneas a unos breves datos y eluda la posibilidad de una presentación más acabada.

El lector tiene ya abiertas todas las páginas del maestro y aunque a algunos pudiera serles útil una guía que les orientara en el estudio de lo que tienen ante sí y les completase la visión de lo que les falta, en la medida en que ésta tendría que ser de modo inevitable una "interpretación" sujeta a errores, juzgo irreverente ampararla con el cuerpo que guarda la propia voz del pensador. No por eso renuncio al intento, y espero realizarlo alguna vez con responsabilidad desamparada. Fuera, además, de todo escrúpulo, la complejidad y riqueza del pensamiento weberiano obligarían a una extensión tal que habría de colmar la paciencia del lector afanoso por abrir cuanto antes su camino. Por otra parte, *Economía y Sociedad*, con ser todavía un libro inacabado, recoge y concentra el esfuerzo íntegro de la vida de Weber y en él se hallaban todos los temas de sus preocupaciones centrales.

Los datos externos de la vida de Max Weber dibujan la escueta biografía poco romántica de un profesor. Nace en Erfurt el 21 de abril de 1864. Su padre, de igual nombre, fué Stadtrat de Berlín y diputado al Reichstag y al Landtag por el partido liberal nacional. Su madre, Helena Fallenstein, era mujer de religión profunda y espiritualidad delicada. El joven Weber nace así en un hogar típicamente burgués, saturado de preocupaciones

políticas e intelectuales. De sus hermanos, Alfredo había de conquistar también elevado renombre.

Bachiller, Max, en 1882, comienza en seguida sus estudios en derecho, siguiendo la profesión de su padre, pero no deja de trabajar con igual ahinco la economía, la historia y la filosofía. Esos estudios los realiza con el rigor típico de aquellos días dorados de la universidad alemana. En 1892 consigue su "Habilitation" para profesar los derechos mercantil y romano. En 1893 es profesor extraordinario de esas materias en la Universidad de Berlín. En 1894 le nombra la Universidad de Friburgo (de B.) profesor ordinario de Economía, y la de Heidelberg le otorga igual cátedra en 1897. En 1903 una grave crisis nerviosa le separa por muchos años de la función docente. Concluída la guerra, acepta la cátedra de Sociología en la Universidad de Viena, que abandona en seguida por reintegrarse a su patria. En 1919 es profesor de Sociología y Ciencias del Estado en Munich, donde le sorprende la muerte el 14 de junio de 1920.

Esas secas fechas y tales acontecimientos grisáceos encierran, sin embargo, una vida estremecida y rica, gastada con fervores de alta tensión. La biografía en profundidad por ellos enmarcada la escribió con piadosa inteligencia Mariana Weber, su esposa. El libro de esta mujer admirable (Max Weber. Ein Lebensbil, 1926) es documento imprescindible para los que quieran saber

cómo fué el hombre y la atmósfera de su tiempo. Tejido con las innumerables cartas de su marido —época en que el género epistolar era todavía manifestación de una vida íntima hoy casi perdida—, el recuerdo amoroso de Mariana no amengua la lucidez de los trazos, ni le impide pasar del plano cotidiano en que sacuden las tormentas de una existencia apasionada al nivel abstracto y sutil en donde se devanan las ideas del pensador. No hace mucho, la publicación de las cartas juveniles de Weber (Max Weber, Jugendbrife, ed. Mohr) ha contribuído a completar la imagen que podemos formarnos de su persona.

Los simples datos antes apuntados bastan ya para sugerir la trayectoria de su dedicación intelectual. Quien empezó por la enseñanza del derecho acaba, a través de la docencia económica, profesando una disciplina que es en sus manos un instrumento con que apoderarse de la historia universal. Mas, tomado a la letra el esbozo de esa trayectoria, no sólo sería insuficiente sino expuesto a una mala interpretación. Pues no se trata de un "catedrático" que varía sus intereses docentes ni de un camino recorrido por sucesivas exclusiones. El esfuerzo de Weber nada excluye; antes bien, en su titanismo, lo integra sin residuos, y su sentido total se encuentra ya preformado desde el principio. Y, sobre todo, porque nada sería más falso que destacar en él los rasgos del profesor. La actividad académica, dentro de sus artifi-

ciosas divisiones, es en Weber un aspecto tan sólo de su personalidad desbordante.

La frecuencia con que hoy se afirma la actualidad de los escritos weberianos, o mejor dicho, el acudir a ellos como fertilizante depósito de inspiración por muchos de los que se afanan por entender los oscuros fenómenos de nuestros días, tiene su explicación en la lucidez intelectual con que Max Weber percibió el carácter transitorio de la realidad en que vivía, y en la fuerza con que apresó, en el análisis de su propia sociedad, algunas de las tendencias que en ella se proyectaban ya hacia el futuro. Fué, de los hombres de su generación, uno de los que más claramente se dieron cuenta de la divisoria en que todavía estamos y que, por lo mismo que rechazó toda profecía —y más si era ésta demagógica y de milenario—, pudo señalar sin ilusiones algunos de los hechos fatales frente a los que hoy nos debatimos. Mas ¿dónde están las raíces de aquella lucidez? No basta para explicarla la pasión por el conocer, si a ésta no se une la pasión por la acción. Y la acción es lo que el hombre puede y debe hacer en una circunstancia dada con plena aceptación de su responsabilidad, es decir, con la conciencia asequible de todas sus posibles consecuencias.

El rigor con que Weber concibió ya misión del hombre y la forma en que su propia vida la actualizó,

son el mejor punto de partida para entender el sentido de su tarea intelectual. Porque Weber se esforzó en todo momento por señalar lo que era posible y hacedero, la forma en que el hombre podía cooperar con inteligencia en su propio destino, tuvo que contemplar lo contemporáneo con ojos de historiador y arrojarlo en la historia desde sus intereses contemporáneos. Y porque tuvo tal actitud indivisa ante la vida fué con igual autenticidad un político, un filósofo y un investigador de pretensiones gigantes. Así lo presenta Jaspers: "Si Max Weber es político, investigador y filósofo, no sin embargo, una cosa junto a otra. Es el hombre entero el que se encara con un mundo de enormes dimensiones desde el fondo de su alma, afanosa de verdad. Como filósofo es político, y como político, investigador."

Si concebimos la política en su más noble sentido, como una preocupación activa y sin tregua por el destino de la propia comunidad dentro de una determinada constelación de fuerzas mundiales, Max Weber fué desde siempre y ante todo un político. Pero la política es, además, otras cosas que el pensador conocía muy bien y que comprobó duramente en su existencia. Hoy podemos contemplar las pretensiones políticas de Weber y su fracaso desde diversos ángulos. Uno, el más alejado de las consideraciones intelectuales de estas líneas, consistiría en imaginar lo que hubiera sido la historia alema-

na, y, 'por ende, la europea y la mundial, de haber prevalecto algunas de sus opiniones y consejos. Nada más lejos de la presente barbarie que el destino cultural que Weber señalaba a su patria, intensa y noblemente querida.

Otro nos tienta a ver en Weber el ejemplo patético del destino del intelectual en la política. Sabía muy bien —y nadie como él ha dibujado la imagen del auténtico hombre de Estado— que la política lleva consigo el “pragma” de la fuerza, y que no bastan ni la actitud responsable, ni la fe y el conocimiento de los hechos fundamentales. Pero no sólo falló en él la voluntad de poderío sino el adelgazamiento extremado de su moral de responsabilidad. Es quizá posible despertar aquélla y aceptarla con la conciencia de su instrumentalidad necesaria, pero está condenada a extinguirse sin remedio si se la somete a la tremenda presión de una responsabilidad moral e intelectual de consecuencia ilimitada. El fracaso de Weber, a que está expuesto todo intelectual verdadero, estuvo en su incapacidad de compromiso, en su negativa a pactar con las fuerzas subterráneas y demoníacas que rodean al poder, y sobre todo en su desdén por la mentira, el engaño dorado y las falsas ilusiones. Lo grave es que Weber percibiera que tal situación tenía cabalmente su máximo dramatismo en la sociedad de masas de nuestros días. Pero aquello en que más debiera insistir, si me

permitiera ser infiel a mis propósitos, es la conexión que tiene en Weber ésta su pasión "política" con su concepción de la ciencia. Para él la acción y la ciencia se exigen recíprocamente. Es decir, la justificación de la ciencia se encuentra en las posibilidades de la acción racional, de igual manera a como sólo puede darse la acción responsable si consideramos posible el conocimiento racional. Su concepto de la "ética de responsabilidad" antes aludido es el supuesto de sentido de una compleja metodología.

Los estudios filosóficos de Weber, si bien surcados con profundas visiones, caen propiamente en el campo fronterizo de su metodología. Y, sin embargo, Jaspers —y no es el único— ha dicho que él fué para su tiempo "el filósofo verdadero". El pensador existencialista nos da de ello una razón existencial: "Max Weber no tuvo filosofía alguna; él era una filosofía." Y en este sentido fué filósofo negando a la filosofía. Es una época de decadencia y de predominante escolástica filosófica, en la que quizás es ya imposible la aparición del gran sistema y con él la reanudación de su misión iluminadora, Weber buscaba el conocimiento del hombre y de unas cuantas verdades esenciales con medios distintos de los especulativos, con el instrumento del saber empírico de la historia. Para ello quizá bastaba con fundamentar "la objetividad del conocimiento histórico social".

Las publicaciones de Weber abarcan temas tan dispares que en su conjunto pueden dar la impresión de una completa falta de unidad. Pero si descartamos determinados estudios rigurosamente técnicos (Zur Psychophysik der industriellen Arbeit, por ejemplo, y algunos otros) y, sobre todo, si partimos de lo que se ha llamado su segunda fase —desde la crisis de su enfermedad (1903)—, puede sostenerse que toda la investigación de Weber está orientada por un solo motivo: el de comprender su propia época en su pleno significado, actual e histórico. Su afán de comprensión, que es al mismo tiempo de orientación —o mejor, fundado en éste—, se traduce en su extremo rigor en una pregunta que abarca en sí cuajadas posibilidades de ramificación: ¿qué es lo constitutivo y peculiar de la civilización occidental? Desde la música al partido político, pasando por otros fenómenos al parecer muy heterogéneos, nos encontramos con una serie de cosas que sólo en Occidente se ofrecen en su forma cabal. ¿Por qué aquí y no en otras partes? ¿Qué consecuencias tiene para nuestra vida este hecho singular? Al cabo, de manera abstracta y como hipótesis de interpretación de nuestra historia, se impone averiguar el origen y desarrollo progresivo del predominio de lo racional en todos los aspectos del espíritu y de la cultura. El proceso de racionalización, como decía Weber, que llega hasta nosotros cargado de destino. Pero si tratamos

de captar sus manifestaciones singulares, hay alguna entre ellas que pudiera parecer decisiva. De ahí el tema más conocido de las investigaciones weberianas: el de la formación y peculiaridad de “nuestro” capitalismo. Pero es cabalmente el análisis de este problema lo que lleva a Weber a una de las dilataciones más profundas del ámbito de sus pesquisas, al estudio sociológico de las grandes religiones. Lo que hoy día llamamos sociología de la religión, más allá de sus expresiones “primitivas”, tiene en esos estudios su verdadero origen. Y, asimismo, puede considerarse impulsado por idéntico afán de conocimiento su trabajo sobre la situación agraria en la Antigüedad (*Agrarverhältnisses im Altertum*, Hwb. der Staatswissenschaften), que es propiamente un “análisis sociológico completo del mundo antiguo contemplado desde la perspectiva de los problemas sociales básicos del presente inmediato” (Salomón).

La respuesta a la pregunta fundamental antes formulada no alcanzó en Weber un desarrollo sistemático y acabado. La mayor aproximación se encuentra, sin embargo, en *Economía y Sociedad*.

El libro que el lector tiene ahora entre sus manos es para muchos la obra cumbre de la sociología alemana o, si queremos evitar polémicas, una de entre las cuatro o cinco más importantes. Y, sin embargo, Weber eludió siempre el nombre de sociólogo. De ello cabe aducir

razones diversas que conviene apuntar. Sin duda alguna, está ante todo la repugnancia de todo hombre auténtico —no del personaje— en verse clasificado y manipulado por motajos y encamisado con títulos adversos a la renovación permanente del espíritu. Por otra parte, Max Weber no quería engañar a los demás. “La mayor parte —dice— de lo que por ahí circula bajo el nombre de sociología es pura patraña.” No es difícil imaginar las reacciones de su rigurosa conciencia científica, con su extremada precisión de los hechos y los conceptos, ante el caos vagoroso de tanto escrito hecho pasar por sociológico. Lo que en él era una disciplina arraigada en sus más profundos intereses de conocimiento, era en otros una moda aprovechada en el logro de una situación o instrumento falseado con fines extracientíficos. De Weber acá las cosas han variado bastante y a ello contribuyó él mismo en buena medida. Pero queda todavía suficiente patraña —“camelo” verdadero, en lenguaje madrileño— para que muchos, muy lejos de la talla de Weber, vean con horror que alguna vez cae sobre ellos aquel imponente calificativo.

Una última razón tiene particular interés. Weber se resignaba, sin duda, a ser llamado por el título de su cátedra, pero en el caso de la sociología ocurría lo siguiente: que era, según él, una disciplina que no podía enseñar en cuanto tal. Veía con justeza que la sociología es un

término y no un principio de la ciencia social, y que para llegar a ella se requería una experiencia considerable en otros campos de las ciencias sociales particulares. Puede esto ser discutido. Pero no cabe duda que aquí se ofrece un problema de enseñanza en el que no se han parado nunca a meditar los ideadores de nuestros currícula universitarios, empeñados en encajar la "asignatura" con regularidad sorprendente, en los primeros años de las "carreras".



## 11. CONCEPTO Y TEMAS DE LA SOCIOLOGÍA

### *Concepto de la sociología*

*Definición provisional.* Dar una definición al comienzo de un estudio es una tarea por completo insatisfactoria. Una definición pretende ser una descripción concentrada y exacta de un trozo de la realidad o con mayor exactitud de la experiencia de esa realidad. Por consiguiente, cuanto tal experiencia falta, tiene que ser ininteligible casi de modo necesario; si tiene así un conjunto de afirmaciones verbales cuyo sentido no puede ser comprendido con claridad. No es cosa nueva, por tanto, que en la cátedra y en la exposición escrita se considere a la definición como el término del estudio emprendido, pues que sólo entonces puede entenderse. La dificultad de las relaciones entre definición y experiencia se acentúa aún más cuando se trata de conceptos en extremo abstractos que son el compendio de otras abstracciones previas. Ejemplo típico de este proceso es el

concepto o definición de una ciencia. El que se ofrezca o formule al comienzo de una exposición tiene que tomarse como provisional y como simple instrumento de inicial ayuda. Sólo más tarde podrá ser entendido en su plenitud y cabrá juzgar entonces de su adecuación a lo ofrecido por la experiencia.

Estas consideraciones valen de manera singular cuando se pretende ofrecer una definición de sociología al iniciar su examen. La definición clásica, contenida en el análisis etimológico de su término, es una muestra representativa. Pues ¿qué se nos aclara cuando se dice de ella que es la ciencia de la sociedad? La pregunta inmediata es, naturalmente: Y bien ¿qué es esto de la sociedad? La definición, por tanto, pudiera ser lógicamente correcta, pero, por lo pronto, es del todo opaca e inservible. Es cierto que semejante definición no goza hoy día de prestigio, pero nos hemos servido de ella como ejemplo exagerado de lo que por necesidad ocurre en toda definición posible, ya que ninguna de ellas puede prescindir de elementos abstractos no comprensibles por sí mismos. Tomemos una definición más precisa y que puede aceptarse como más rigurosa: la sociología es la ciencia que estudia las formas de la convivencia humana, sus causas y sus resultados. Pues bien, la cantidad de elementos abstractos contenidos en tan breves líneas hace que su análisis suponga un desarrollo concentrado de la

sociología toda y de sus problemas metodológicos incluso: ni formas, ni convivencia, ni causa, ni resultados, son elementos que pueden ser comprendidos por sí mismos.

Contentémonos con un punto de partida más descriptivo, en el que se puedan señalar algunos de los datos observables con que trabaja el análisis científico. Lo que llamamos sociedad se nos presenta por lo pronto como un tejido complicado de relaciones y nexos entre los seres humanos. Lo que se percibe, en primer término, no son hombres actuando de una u otra forma y en virtud de esa actuación enlazándose con los demás. Todo hecho social puede descomponerse en una determinada serie de acciones y reacciones entre individuos; constituye así una textura de acciones recíprocas en que la conducta de uno está influida o determinada por la de los demás. Esto desde la pareja amorosa hasta los conflictos internacionales. Semejantes relaciones recíprocas no son sólo muy diversas en sí mismas sino también por sus resultados, pues lo que les ocurre a los hombres en un cierto momento depende del tipo o clase de relación en que estén enlazados. Las relaciones entre los hombres interesan, en consecuencia, por lo que son ellas mismas y por sus efectos en la vida concreta de sus partícipes; así, mi comportamiento será distinto según me encuentre en el hogar, en el cuartel o en la oficina. Por ahora no sabe-

mos en qué consiste esa acción recíproca ni por qué se da ese tejido de relaciones mutuas y de conductas entrelazadas que constituyen la sociedad; ello es cosa de averiguación posterior. Pero hemos señalado el dato observable y empírico de que parte el análisis científico de lo social. Con diferencias mayores o menores de terminología, esta es la experiencia central a que se refiere la sociología contemporánea; háblese de relaciones interhumanas o de acción social simplemente, aquello a que se refieren esos distintos términos es siempre el hecho de la interacción.

Por otra parte, la sociedad se nos aparece como resultado y actualidad al mismo tiempo de la actividad del hombre. Ninguna configuración social observable nos deja de manifestar acciones presentes y pasadas de determinados individuos: tal configuración subsiste, además, en la medida en que se mantienen y renuevan actividades definidas, las cuales, en su renovación y persistencia, se apoyan en los resultados de otras actividades procedentes, prolongándose así, con frecuencia, en largas cadenas. Tampoco hemos de señalar por ahora en qué consisten esos resultados a que se alude; lo que importa por el momento es subrayar el carácter dinámico de la textura social y el hecho de que la interacción se manifiesta de esta suerte como un proceso de repetición al par que de renovación y cambio. El tejido de las relaciones entre

los hombres no es, pues, una realidad estática, sino dinámica y cambiante.

La sociedad, por último, se nos revela como un conjunto de formas en que se realiza nuestra vida lo mismo si las sentimos como facilidades que como una carga. En cualquier momento de nuestra vida en que nos pensemos nos hallaremos entrelazados con el prójimo, dependientes de él y actuando a su vez sobre él de una u otra manera. Nuestros recuerdos son recuerdos de situaciones sociales y nuestra biografía es una crónica de las formas y de los acontecimientos sociales en que hemos participado. El ser humano no tiene escape frente a lo social y la presión que éste ejerce está siempre presente, aunque a veces por su sutileza puede pasar inadvertida. En este sentido, la sociedad se nos muestra como una dimensión de la vida humana y sus estructuras como formas de nuestra propia vida. Cual sea la magnitud de semejante dimensión y su significado para nuestra existencia, es cosa cuya averiguación debemos abandonar al pensamiento filosófico; al análisis científico le basta el hecho empírico de que la sociedad sea ineludible y de que de su funcionamiento dependa nuestro propio funcionamiento personal. Lo que le interesa a la ciencia es llegar a obtener ideas claras y manejables sobre el cómo de ese funcionamiento. Es así como la sociología, en el proceso de su desarrollo metodológico y conceptual,

se ha ido concentrando en el dato primario de la interacción, sus formas y dinamismo, considerándolo como el punto de partida de sus investigaciones.

*La sociología como ciencia empírica: la teoría.* A la altura de estos momentos ya no es necesario replantear la arrinconada cuestión de si la sociología es o no una ciencia que pueda figurar en pie de igualdad al lado de otras ciencias de más vieja solera. La sociología no es ni pretende ser más que una ciencia empírica, atendida a los principios generales del método y la actitud científicos y cuyos resultados deja, por tanto, al examen y crítica de los competentes. La prueba y el consenso científicos determinarán en cada caso hasta qué punto se aproximan sus resultados a sus pretensiones sociales. Sin embargo, juzgar de esos resultados con arreglo a las medidas de exactitud ofrecidas por otras ciencias y menospreciar por eso lo que pueda representar su aportación, implica una posición metodológicamente inaceptable, pues cada ciencia particular tiene sus propias normas de exactitud, dadas por sus propios problemas y la naturaleza de sus datos, aunque todas se muevan dentro del mismo ideal: la determinación, lo más rigurosa posible, de lo tenido por verdadero.

“La sociología es una ciencia estrictamente inductiva; y una ciencia inductiva no es un sistema de verdades

absolutas, sino un sistema de hipótesis en donde se organizan y guían los pensamientos teóricos de "los hombres sobre determinada clase de datos experimentados por ellos." Estas palabras de uno de los más competentes sociólogos contemporáneos, nada revolucionario en su posición, sea dicho de pasada, nos permiten fijar ahora de nuevo rápidamente los caracteres generales de la sociología en cuanto ciencia. Una disciplina o investigación puede pretender la investidura de ciencia si en ella se encuentran estos elementos: la actitud científica, ciertos datos susceptibles de ser manipulados científicamente, una teoría y la referencia continua a la comprobación en la experiencia de las generalizaciones obtenidas.

En las citadas palabras de Znaniecki se afirma de modo implícito la existencia de estos elementos y se postula para la sociología el carácter relativo de todo conocimiento científico: relativismo, conviene subrayarlo desde estos instantes, que no debe confundirse para nada con los relativismos de matiz filosófico. Una discusión pormenorizada, fuera de lugar en este momento, tendría que examinar uno por uno los citados elementos para ver si se dan en realidad en el dominio de la sociología, pues todo examen metodológico se refiere a uno u otro de ellos o a todos en su conjunto, se les cite o no con los términos aquí empleados.

1. Por lo que afecta a la actitud científica, la discusión se centra en torno a la mayor o menor dificultad de mantenerla intacta según se trate de una u otra ciencia particular. Se sostiene que, por oposición a las naturales, es en las sociales mucho más difícil de liberarse de los prejuicios que enturbian la aproximación objetiva e imparcial a la realidad. El investigador y el científico de lo social se encuentran apresados por determinados intereses y valores, de grupo, clase, situación, etc., que consciente o inconscientemente les impiden adoptar, ante los hechos que estudian, la distancia y desinterés del que manipula trozos de una realidad física alejada del todo de las cuestiones humanas e indiferente ante ellas. Reconociendo lo que pueda haber de verdad en esta afirmación, se expresa en ella una doble exageración. Es, por lo pronto, incorrecta la creencia, de continuo repetida, de que el científico de la naturaleza está por completo exento de prejuicios, no sólo científicos sino personales y sociales, y es, por otra parte, notoriamente inexacta la afirmación de que el investigador social tenga que sucumbir de modo forzoso a sus intereses y prejuicios como miembro de un determinado grupo social dado en un momento de la historia. La actitud científica, como disposición a atenerse con humildad a la verdad comprobada, no es patrimonio de ningún tipo de hombre ni está dictada por la materia de su interés.

Sin embargo, la actitud científica no es algo que se tenga de manera gratuita y sin esfuerzo. Requiere una disposición ante las cosas que necesita ser adquirida o por lo menos perfeccionada. No vamos a entrar aquí en los componentes de esa actitud científica de que se ocupan todos los libros de metodología e investigación. Lo característico de ella es una curiosidad que no se satisface sino cuando los resultados de la pesquisa se confirman en la experiencia. Ello hace que con esta actitud no se descansa en seguida en absolutos, sino, más bien, que se tengan por verdades relativas a los nuevos conceptos y adquisiciones; los cuales únicamente son válidos mientras sigan comprobándose en la experiencia, y siempre con el carácter de posibles puntos de partida para nuevos descubrimientos. La actitud científica sólo se entrega a la investigación por la investigación misma, acuciada y sostenida por la aventura del descubrimiento; no persigue así originalidades ganadas con facilidad, sino descubrimientos nuevos de las relaciones entre las cosas, que se esfuerza por exponer de manera accesible a la comunicación, de modo que puedan ser comprobados por los demás hombres, o, por así decir, redescubiertos por ellos. Nada hay más contrario a esta actitud que la vanidad satisfecha del que persigue a todo trance la originalidad y el superficial renombre de personaje.

2. El segundo elemento antes citado es el de los datos que la sociología ha de manejar. En este punto es donde se muestran las mayores dificultades de la ciencia social. Porque sus datos no siempre tienen los caracteres de los que manejan otras ciencias, como las naturales. Objeto de toda ciencia social es, en fin de cuentas, la acción humana y sus productos, la actividad del hombre y sus resultados. Entran, pues, tanto en esa actividad como en esos resultados y productos, ciertos elementos que no pueden ser percibidos de manera semejante a como se captan los componentes de la realidad natural. Nos encontramos, en una palabra, con el factor subjetivo; o dicho de otra forma, con ese ingrediente llamado sentido o valor, que ha sido siempre el caballo de batalla en las discusiones metodológicas de la ciencia social. Ésta no puede prescindir de ese elemento subjetivo que explica a la acción humana y a sus productos; dicho de otra manera, los fenómenos sociales no se pueden entender la mayor parte de las veces sino a través de factores subjetivos que no siempre se muestran por datos externos: motivos, fines, propósitos, etc. Ahora bien, ese factor subjetivo es la causa de las inacabadas discusiones metodológicas que con una u otra terminología siempre aluden a la misma experiencia. La distinción entre las ciencias naturales y las del espíritu, tradicional en el pensamiento alemán, o la polémica en otros países entre

el objetivismo y el subjetivismo metodológico, se desarrollan en torno a la posibilidad de construir una ciencia que tenga en cuenta este elemento subjetivo inexistente en otros sectores de la realidad. Tales discusiones se encuentran ya, en definitiva, agotadas, sin que sea necesario plantearlas de nuevo. El problema no consiste en si las ciencias sociales pueden o no prescindir de ese elemento subjetivo, sino en que sean capaces de estudiarlo con objetividad, de modo que eliminen de sus métodos toda perspectiva errónea. Unas veces es posible llegar a los resultados buscados prescindiendo del elemento de sentido o del motivo, es decir, con métodos por completo externos, o naturalistas; otras, en cambio, es necesario tener en cuenta de modo necesario esos aspectos. El factor subjetivo de que tratamos supone que en la mayoría de las veces el investigador ha de tener en cuenta la interpretación que de los fenómenos estudiados tienen sus propios agentes individuales y que muchos de ellos sólo existen en la medida en que se encuentran mantenidos por esas interpretaciones o definiciones dentro de un grupo de hombres mayor o menor. Esta grave cuestión metodológica fué en gran parte liquidada hace años en la obra de Max Weber y su posición coincide con la que en unos u otros términos sostienen hoy día los representantes más sobresalientes de la ciencia social. Weber mantenía que el sociólogo debe esforzarse por compren-

der el sentido de la acción social, es decir, su aspecto subjetivo, pero que esa comprensión, lejos de ser una fantasía, había de estar controlada por el freno objetivo de la interpretación causal. Esta idea de la comprensión del sentido ha sido reiterada en fecha más reciente por Znaniecki con su tesis acerca del coeficiente humanista de la investigación social. El único problema metodológico que se ofrece en consecuencia —y que no vamos a investigar aquí— es el de encontrar las maneras de observar y estudiar en forma objetiva, es decir, comprobable y comunicable, esos elementos subjetivos encerrados en la acción social y sus resultados. Ahora bien, una vez asegurada esa objetividad en la captación de sus datos, la ciencia social procede con ellos en igual forma que las demás ciencias con los suyos respectivos.

3. La teoría constituye el tercer elemento antes mencionado de la construcción de la sociología como ciencia; lo mismo que en todas las demás, se requiere la existencia de una interpretación coherente y sistemática de los fenómenos estudiados. Habría quizás que insistir en este punto porque en los últimos años, por reacción justificada a la gratitud de mucha especulación filosófica, los partidarios de una sociología empírica y atendida con vigor a los hechos se inclinaron más de una vez a encontrar sólo en ellos el verdadero objeto y fin de la actividad científica. Lo que significa una posición por

completo errónea. Pues estos hechos no se dan, por sí, sino que son más bien una ordenación llevada a cabo por el investigador de los materiales múltiples ofrecidos por la realidad. Lo que tendría validez aunque se reconozca, como se pretende a veces, la tendencia subyacente en los mismos datos a presentarse en estructuras o formas determinadas. Pero, aparte de no ser estos hechos sino un producto de la propia manipulación científica —valga la frase—, su simple amontonamiento, adición u ordenación nunca ofrece un conocimiento en estricto sentido. Tales hechos se acumulan y clasifican con el fin de llegar a su interpretación, ahora bien, toda interpretación es siempre, aunque no se quiera, una teoría.

No existe, pues, ciencia que merezca ese nombre que no sea una “construcción” teórica del objeto que estudia; en ella se articulan de alguna manera los principios explicativos que nos sirven para interpretar los hechos de que parte. Con el término “construcción” se subraya el carácter artificioso y creador de la ciencia; es decir, que la misma supone un conjunto de operaciones de las que se deriva algo antes inexistente en esa forma. La posición actual de la metodología científica difiere, pues, bastante de la idea que imperaba en otros tiempos sobre el carácter contemplativo y “reproductor” de la teoría científica. Ésta en propiedad tan sólo es una construc-

ción que le permite al científico conseguir ciertos fines de conocimiento. Concepción semejante nos sirve además para eliminar del todo las falsas posturas metodológicas que consideraban a la teoría científica como una verdad definitiva y absoluta. En realidad, toda construcción científica sólo tiene un valor heurístico que continúa en pie mientras se corrobora su eficacia desde el punto de vista de los propósitos de conocimiento perseguidos. Su *status*, por eso, es el de un saber de carácter relativo, destinado a alterarse en más o en menos cuando la realidad se muestra adversa a la teoría o se persiguen fines distintos. Esta visión de la ciencia dominante ya en absoluto en las ciencias naturales, sigue siendo todavía algo que no ha entrado en las llamadas ciencias sociales. Estábamos acostumbrados a ver en las distintas teorías de la ciencia social, lo mismo en la economía que en la ciencia política o en la sociología, sistemas de verdades absolutas que no necesitaban comprobación continuada ni permitían, por ello, modificación alguna; pero los acontecimientos histórico-sociales de que hemos sido testigos en estos últimos años han probado hasta la saciedad lo equivocado de esa postura. Las teorías sociales, igual que toda construcción científica, constituyen un instrumento heurístico y de valor relativo que ha de estar sometido de continuo a la prueba de su funcionamiento en la realidad. De esta suerte, cuando los datos

sobre que se construyó una determinada teoría se alteran, modifican o destruyen en el proceso histórico, la teoría pierde de manera fatal toda su validez y se requiere otra adecuada a la nueva situación. La teoría en las ciencias sociales es, pues, un conjunto de hipótesis utilizables en la interpretación de los fenómenos de nuestra existencia social; hipótesis que significan quizás verdades válidas para un momento; es decir, relativas, pero que nunca pueden pretender el carácter de verdades permanentes e inmovibles. Ahora bien, este carácter heurístico y relativo de la teoría social no mina para nada la exigencia de su construcción, el requerimiento de que las ciencias sociales, para serlo propiamente, elaboren un cuadro ordenado y sistemático de categorías y principios un sistema que nos permita interpretar la realidad y actuar en ella con un mínimo de seguridades. La sociología, por tanto, no puede pretender el valor de ciencia empírica si sus datos no están ordenados y articulados con arreglo a una teoría, merced a una construcción que dé sentido a la aparente multiplicidad inconexa de esos mismos datos. Por lo demás, lo mismo que ocurre en las otras ciencias, la teoría sociológica no es el producto de una mente aislada, sino el resultado de una larga labor cooperativa de todos los investigadores sociales. Por eso, no se trata en un momento dado de la "construcción" especulativa de una mente más o menos extraordinaria

o más o menos improvisadora y audaz, sino de la organización de los conocimientos adquiridos en la experiencia común de un grupo de hombres que reconocen en esa ordenación o construcción teórica un instrumento eficaz y comprobado, lo que quiere decir, sujeto a modificación inmediata siempre que alguno demuestre su validez en todo o en parte. La teoría sociológica es así el sistema de conceptos con que pretendemos entender, interpretar y utilizar la realidad social. Si esta teoría, resultado de la cooperación científica, se muestra en todo o en parte ineficaz en uno de sus fines, tiene que ser reconstruída o modificada a tenor de las nuevas experiencias. Pues bien, el hecho decisivo respecto de la sociología es que esta disciplina ha pasado definitivamente de la fase en que su construcción era la tarea de un hombre aislado más o menos genial y ha entrado ya en ese período de normalidad y madurez en que domina la cooperación y el consenso colectivo.

4. Por lo dicho hasta ahora no es necesario insistir en el cuarto elemento de la metodología sociológica también antes indicado: el de la comprobación repetida por la experiencia de las generalizaciones formuladas. Si esas generalizaciones no se someten a la prueba y a la confirmación de los hechos, pueden valer como especulaciones más o menos respetables según la seriedad mental de quien las haga, pero nunca constituirán afirma-

ciones que merezcan el respeto de los hombres "de ciencia. Mas si la sociología, como toda la ciencia, ha de construir su propia teoría, ha de organizar en un sistema coherente de conceptos la experiencia de la realidad social es, además, otra cosa: una disciplina que, apoyada en esa construcción teórica, trata de comprender lo que es la realidad social en un momento determinado pasado o presente. De la construcción teórica, en extremo abstracta y lejana, a la comprensión de la realidad social "histórica" hay una distancia que la sociología se esfuerza en los momentos actuales por vencer de alguna manera. No se trata de "aplicar" esos conceptos generales a la realidad social actual o pasada, sino de contemplar la sociedad de que se trate no sólo a través de esos conceptos, sino asimismo de aquellos otros que se desprenden como resultado de ése que pudiera llamarse proceso de refracción. La sociología es, en este sentido, una disciplina que busca la comprensión de situaciones sociales totales y la orientación en ellas cuando se trata de situaciones presentes. Por eso la sociología es ciencia concreta al mismo tiempo que teoría o construcción sistemática. De los datos de la experiencia social extrae sus conceptos más generales, pero éstos sólo le sirven como un cuadro de referencias cuando trata de penetrar en las peculiaridades de su realidad, por esencia histórica y cambiante. Sus categorías y principios, que pretenden una relativa

permanencia en la medida en que aprenden los elementos constantes también de la experiencia social, tienen que alterarse o modificarse en alguna forma cuando tratan de plegarse a los elementos variables de esa misma experiencia. Esto es lo que significa la calificación de ciencia concreta que aplicamos a la sociología; concepto que no debe confundirse, como algunas veces ocurre, con la calificación de ciencia aplicada o práctica. Su posición teórica se conserva intacta. El carácter concreto de la sociología, como de toda ciencia social, es una consecuencia de la historicidad de su materia; naturaleza que no rechaza, sino más bien exige, que nos acerquemos a ella con la ayuda de soportes teóricos con un mínimo de constancia y continuidad.

Interesa en este momento señalar, por último, lo que la sociología no es. En primer término la sociología no es, como veremos con más detenimiento, filosofía social, metafísica u ontología de lo social ni cualquiera otra rama o particularización de la filosofía. Así, desde hace algunos años se ha hablado por unos o por otros de fenomenología social o de lo social, pero examinando lo que se cubre con ese término resulta o que el método aplicado en nada difiere de los tenidos como válidos y corrientes por la ciencia, o que con ese nombre se trata sólo de dar dignidad a lo que son simples conocimientos de sentido común.

Tampoco es la sociología política social en el sentido europeo, o ciencia de los problemas sociales en el sentido norteamericano. El estudio de los problemas sociales corresponde a una disciplina empírica, especialidad, que cuando se la construye con rigor tiene precisamente su apoyo en una teoría sociológica, explícita o implícita. Debe recordarse también que a la sociología no le interesa en principio la afirmación de valores o la formulación de orientaciones para la acción, si bien, como toda ciencia, tiene la esperanza de que sus resultados puedan ser aprovechados en su día para esos fines. Tampoco es la sociología, y esto desde el punto de vista de la enseñanza, una exposición de las doctrinas sociales y sociológicas, cosa que puede hacerse y tiene su lugar oportuno en un curriculum que quiera ser completo, pero que no debe sustituir a la sociología como cuerpo de doctrina. Todas estas distinciones y separaciones se han conseguido lenta y penosamente a veces, y todavía hay que recordarlas de cuando en cuando ante la irrupción de manifestaciones aisladas.

### *Sociología y ciencias sociales*

De todas estas cuestiones metodológicas es necesario destacar aquí una que ha sido el centro por mucho tiempo de continuadas discusiones. Se trata de la relación de

la sociología con las demás ciencias sociales o, dicho en la forma más técnica en que en rigor se traduce, de la construcción de la sociología como ciencia independiente. La historia de esta disciplina ha mostrado, en efecto, esfuerzos sucesivos y diversos por lograr su construcción en forma que no dejara dudas sobre su carácter sustantivo, es decir, sobre su naturaleza de ciencia social con un objeto propio y exclusivo distinto del de las otras ciencias sociales. Mas, a pesar del aparente éxito de tales esfuerzos, sigue discutiéndose —quizás por rutina— esta cuestión, en particular en la forma que acusa a la sociología de pretensiones absorbentes que, en su realización, la desfiguran, dejándola indistinta frente a otras disciplinas sociales de más antigua tradición. A decir verdad, tales discusiones carecen en principio de sentido en los momentos actuales, cuando se tiene una idea distinta de la dominante hace años sobre lo que es la ciencia y cómo se construye. En efecto, todas estas viejas cuestiones de límites no tienen razón de ser cuando se sabe, como hoy, que las ciencias no están dictadas en su nacimiento por un determinado carácter específico de su objeto, sino por el interés del científico y de la investigación; las ciencias no son más que puntos de vista o perspectivas sobre una y la misma realidad. Todas ellas fraccionan de modo artificioso esa realidad única de acuerdo con sus intereses y fines de conocimiento y

es, por tanto, muy difícil evitar que en esa fragmentación y delimitación entren trozos más o menos amplios de lo acotado como suyo por otros afanes de investigación. En las disciplinas sociales ocurre exactamente igual; la realidad social es una y la misma cualquiera que sea el ángulo desde el que se la contemple, pero intereses de investigación o puramente académicos han ido fragmentando esa realidad en la forma de diversas ciencias particulares. La importancia atribuida, según los momentos, a una u otra de esas disciplinas es una prueba indirecta del carácter histórico y artificioso de la ciencia, que por ese su carácter no permite la fijación de fronteras inalterables entre sus diversas ramas. Al contrario, en el desarrollo mismo de la ciencia se encierra de modo necesario la continua modificación de todo límite. En este sentido, habría que dar por terminada la vieja discusión sobre la sustantividad de la sociología; ésta existiría sin más por la explicitación por parte de los sociólogos de determinado interés de conocimiento y en la medida en que ese interés apareciera válido. La sociología es una perspectiva o punto de vista sobre la realidad entera de lo social que destaca algunos de sus aspectos, ni más ni menos que lo son la ciencia política, la etnología o la psicología social. Ahora bien, en la medida en que la sociología sigue manteniendo el punto de vista de la totalidad, conviene examinar aquella discusión con más

detenimiento. Recordemos la acusación principal, la de las ambiciones desmesuradas de la sociología y su carácter enciclopédico en consecuencia. Es evidente que la sociología tuvo ese carácter en sus orígenes y que sus geniales fundadores tendieron siempre a la enciclopedia; pero tal cosa fué el producto de un peculiar interés de conocimiento. Se dice, con razón, que la sociología fué la heredera científica de la filosofía de la historia, y esa perspectiva, cualquiera que fuerá el nuevo método proclamado válido, dió a sus manifestaciones iniciales dimensiones gigantescas. No ya las demás ciencias sociales, sino todo el saber histórico y científico de la época formaban los materiales de su construcción. Y esta fisonomía primera se ha mantenido presente, sin razón o con ella, en toda la discusión posterior hasta la actualidad. Pues dejando aparte las tenaces resistencias de los intereses creados académicos, es cosa clara que desde el punto de vista de las ciencias sociales el enciclopedismo de la sociología presentaba el dilema de renunciar a ellas o de renunciar a la sociología; una u otras sobran. Y aunque esta presentación es un tanto forzada, ofrece al desnudo el punto crítico que determinó una modificación del interés científico. Desde entonces una nueva postura, ganada al parecer de modo definitivo, se esfuerza por señalar a la sociología aspectos de la realidad social no tratados por ninguna otra ciencia especial. Esta nueva

actitud comenzó a dirigirse por diversos caminos, todos, sin embargo, orientados hacia la misma meta: la determinación de los elementos más generales y constantes de toda vida social en general, anteriores a cualquiera particularización y manifestación concreta. La construcción de la sociología como teoría de la sociedad, aceptadas las variaciones de escuela posibles, no deja duda alguna de que se trata de una ciencia social marcadamente distinta de las demás. La declaración de su interés de conocimiento muestra bien a las claras que se trata de perspectivas sobre la realidad social o de aspectos de la misma de que no se ocupa ninguna otra ciencia constituida, aunque a todas les pueda interesar en igual medida tener en cuenta los conocimientos por ella proporcionados.

Esta fragmentación o, ya más rigurosamente, abstracción de una única realidad es por completo legítima y su validez depende de los resultados que pueda mostrar. Así, pues, la sociología como teoría de la sociedad o, como luego diremos, en su aspecto analítico, no presenta problema alguno aun para los rezagados defensores de las fronteras rigurosas. El problema se presenta cuando la sociología, además de su fase analítica, reafirma de nuevo como suyo el punto de vista de la totalidad. Este problema se había presentado a Durkheim, que trató de salvarlo manteniendo que la sociología, si bien era una ciencia independiente, podía considerarse, por otra

parte, como el *corpus* de todas las ciencias sociales. Desde la perspectiva de las tendencias de hoy, el problema es mucho más fácil de resolver, si es que puede considerarse como tal. El punto de vista de la totalidad se reafirma en el interés de conocimiento que lleva a la comprensión de situaciones sociales en su conjunto, presentes o pasadas. Y ese interés se vierte con justeza sobre todos los aspectos de esa situación, sin excepción, que nos ayuden a darnos cuenta de su estructura y dinamismo. En este caso la sociología como ciencia concreta se apoya en lo fundamental en los esquemas conceptuales de su parte analítica, pero también en todo otro conocimiento que, con las garantías exigidas, le ofrezca cualquiera otra de las ciencias sociales. Ahora bien, no hay en esto tampoco peligro alguno de colisión. Podríamos recordar en todo caso lo antes dicho sobre la artificialidad de la ciencia y mantener que aquí prevalecía un interés o punto de vista distinto, esa perspectiva de la síntesis, cada vez más urgente en medio de la especialización ineludible. Pero no es necesario. La fase concreta de la sociología está exenta de toda acusación de enciclopedismo, pues no sólo no trata de absorber o sustituir a ninguna otra de las ciencias sociales, sino que en su propio interés de conocimiento entra el que éstas se desarrollen en la forma más completa y segura posible. En las investigaciones de sociología concreta, cuando se realizan de un modo

feliz, sólo se ofrece una coordinación de resultados guiada por su peculiar punto de vista totalizador, pero nunca tiene lugar una suplantación de las tareas privativas de otras ciencias. Tampoco se prejuzga con esto la cuestión de si las otras ciencias sociales, la economía, la ciencia política, etc., pueden prescindir por completo del punto de vista de la totalidad; seguramente no, pero ésta es cosa que no nos incumbe en este momento. Puede decirse, de quererlo así, que la sociología en cuanto concreta es ciencia sintética; pero es una síntesis distinta de la del enciclopedismo: en ella no se trata de una acumulación de conocimientos y doctrinas, sino de una articulación de perspectivas. De esta suerte, y sin que por ello se plantee enigma o problema insoluble, puede sostenerse que la sociología es una ciencia independiente y sintética al mismo tiempo.

### *Materias de la sociología*

El examen que precede nos ha facilitado en gran manera el camino para llegar a la fijación de las materias de que se compone en la actualidad la sociología como disciplina académica y como ciencia en proceso de formación o programa de investigaciones. Pero quizás fuera también conveniente un examen de la literatura que nos mostrara cómo, a pesar de la aparente

diversidad de tendencias y terminologías, puede destacarse un cuadro de materias consideradas casi sin excepción como el contenido de nuestra disciplina. Hay que reconocer, sin embargo, que ese proceso de unificación no ha sido fácil y que en modo alguno se encuentra concluso, pues de cuando en cuando se ve amagado por retrocesos. Esa unificación ha sido mayor o menor según la densidad científica de los diversos círculos culturales, y todavía no ha logrado la universalidad. En lengua francesa la sociología alcanzó, con la escuela de Durkheim, una indiscutible unidad y un consenso muy avanzado por parte de sus representantes. Lo mismo estaba ocurriendo en Alemania por los días en que dejó de ser, por causas ajenas a sus cultivadores, una ciencia verdadera. Y hoy, en los países de habla inglesa, gracias sobre todo al continuado esfuerzo norteamericano, puede decirse que domina un acuerdo casi unánime respecto de los temas fundamentales de la sociología. No puede sostenerse, por desgracia, lo mismo respecto de otras unidades culturales. Así, en los países de lengua española domina todavía una marcada confusión y la sociología sigue apareciendo como un cubrelotodo en donde se incluyen las materias más heterogéneas y dispares. Es de esperar que con la desaparición del dilettantismo y con la afirmación, cada día más notoria, de la tradición científica, acabe por desaparecer ese estado.

Sólo queda el paso a la unificación universal, meta ineludible de toda ciencia auténtica.

Hay que distinguir ante todo la sociología general, como disciplina teórica, de las sociologías especiales y de la sociografía como descripción, con pretensiones científicas, de las realidades sociales contemporáneas. Y debe tenerse siempre presente que no todo lo que pueda llevar el adjetivo social o referirse de alguna forma a lo que ocurre o es producto de la convivencia entre los hombres entra, sin más, en la sociología como teoría de la sociedad. Quede para otro momento el examen de las distinciones propuestas.



## 12. PROYECTO DE UN CURSO

La Facultad de Estudios Generales y los denominados cursos básicos, de los que el de Ciencias Sociales forma parte, representan uno de los aspectos más generosos y originales de esta Universidad.\* Acerca de la reforma universitaria, de su sentido y aspiraciones, así como de lo que significan los mencionados cursos en su programa educativo, han sido informados por las palabras autorizadas del señor rector, a quien esa reforma se debe. Pecaría de impertinente si tratara de reiterar o resumir lo que con tal claridad y amplitud se les expuso; no hay, por eso, de mi parte, ni tentación ni sacrificio. Sin perder de vista el dilatado horizonte abierto ante nosotros, es hora de que emprendamos ya la parcial exploración que nos fué asignada.

Se trata hoy, en nuestro primer movimiento, de examinar los propósitos específicos y la construcción de este curso básico, los temas que comprende o roza, las finali-

\* Puerto Rico.

dades inmediatas que se propone y el esquema de su construcción. En una palabra, de examinar su bosquejo. Y todo esto para que tengan ustedes un concepto preciso de lo que se les va a ofrecer y de lo que espera de su aportación como estudiosos. Ganaremos así todos con tener una idea bien asimilada de lo que es un proyecto común.

Dos son los propósitos fundamentales perseguidos por el curso básico en ciencias sociales dentro del conjunto armónico del sistema educativo que gobierna esta universidad. Veámoslos:

Incitarles, en primer término, a que tengan conciencia del mundo en que viven. Lo cual significa que puedan hacerse cargo de la realidad social que los rodea, aquélla en que han nacido y de que se nutren. Es necesario entender medianamente lo que está ocurriendo ante nuestra vista y cuáles son sus causas; pues a todos se nos impone cada día más vivir dándonos plena cuenta de las condiciones de nuestro tiempo.

En segundo lugar, que esta toma de conciencia pueda constituir el punto de partida en el desarrollo de su personalidad, de su sustancia de hombres y profesionales. Ya les habló el señor rector del blanco a que apuntan estos cursos generales. Su finalidad es modelar a los alumnos buscando lo que puedan ser como personas. Es decir, seres conscientes capaces de reaccionar ante su

mundo en forma espontánea, individuos que quieran entender y que no se limiten a sustituir el pensamiento auténtico con la frase hecha. En esto consiste la esencia de la educación y nada mejor puede sustituirlo: ayudar a formar una personalidad cabal con una visión clara del mundo humano en que existe. Y digo ayudar, porque no puede hacerse otra cosa. El resto es tarea de ustedes mismos, que nadie puede ni debe evitarles; la ayuda supone tan sólo la iniciación y el despertar. Intentaremos señalarles el camino, pero éste han de caminarlo ustedes por su propio esfuerzo, con su dosis, incluso, de pena. Mala cosa sería disimularles hoy la necesidad de ese esfuerzo.

Ahora bien, en este empeño nos vemos obligados a manejar un singular instrumento, las ideas. Hemos de instalarnos en el mundo de las ideas y aprender a manejarlas; ya estamos en ellas en realidad. Pero la tarea, sepámoslo, no es nada fácil. Quizá tengamos una visión precisa de la meta, sabemos lo que queremos, pero las dudas comienzan acerca de los modos de conseguirlo. Por fortuna sabemos que el hombre se hace y crece en el fracaso; el fracaso, se nos dice, es una dimensión profunda del vivir. Mas ahora hemos de huir de estas incitaciones, nos basta recordar —y por eso hablamos antes de fortuna— que el constante malogro de sus propósitos es lo que espolea al hombre, lo que le fuerza

a intentar de nuevo más y más, manteniéndole su espíritu de lucha. No lograremos, pues, ni con mucho, lo que nos proponemos en este curso. Lo único que podemos hacer es que el fracaso sea quizá menor, pero el éxito no será nunca completo. La tarea, repito, tiene sumas dificultades. ¿Cómo lograr de parte de ustedes esa toma de conciencia de que hemos hablado? ¿Qué medios emplear? En realidad no hay programa pedagógico satisfactorio. ¿Cómo ofrecer un curso que presente en forma viva e interesante la situación social en que vivimos, sus problemas, sus alternativas? Sería magnífico poder hacerlo de un solo golpe; que ustedes vieran desfilar sin interrupciones y en una sola sesión —como si se tratara de una cinta cinematográfica— un panorama completo. Pero tal cosa no es posible. Es menester acudir a la palabra, a la expresión oral, que es por naturaleza lenta y fragmentaria; y contar, por añadidura, con el tiempo que divide de nuevo. En lugar de la sesión cinematográfica está el instrumento tosco de la conferencia, de la serie de lecciones repartidas por semanas, cada una con su trocito de una misma realidad continua. Pero hasta aquí llega de modo inexorable la “reforma” universitaria.

Sin embargo, como la situación no la hemos inventado nosotros y otros hombres se encontraron ya antes en ella, no será inútil saber cómo se las arreglaron. Dicho ya concretamente; ¿cómo se han dado en otras ocasiones

estos cursos generales en ciencia social? La tradición académica, breve en este caso, nos ofrece dos respuestas. La más socorrida consiste en un curso que toma la forma de una suma compendiada de las ciencias sociales fundamentales. Semejante curso aparece como una casa de apartamentos. Un piso para la ciencia económica, otro para la sociología, el de más arriba para la teoría política y así hasta donde llegue el tiempo o la buena voluntad; y esa arquitectura se acepta como buena, tanto si el curso se ofrece por una sola persona como si en él participa un grupo de colaboradores. Hoy tenemos ya algunos libros que son producto de estos cursos. Ahora bien, aunque el procedimiento parezca fácil en apariencia tiene el inconveniente de todo mero agregado; contiene el peligro de que en el desfile de las diferentes disciplinas pasen unas ante otras sin reconocerse ni trabar amistad. Dicho ya sin metáfora, que no se vea la conexión de los distintos aspectos de una realidad única, que se pierda el conjunto, aquello que en verdad nos interesa.

Otra solución es la que se brindó con los cursos, no menos frecuentes, de naturaleza histórica. En ellos la materia se expone en su desarrollo; cómo aparecen, crecen y se modifican las doctrinas, las instituciones, y cómo se ha venido a parar a las que son hoy las nuestras. Pero este tipo de cursos suele dejar en olvido algo de lo acentuado en demasía en el modelo anterior; es, a saber,

la teoría, la ensambladura sistemática de las distintas disciplinas que componen hoy la constelación de la ciencia social. Mas hemos de tropezarnos una y otra vez con el hecho de que para entender la realidad no podemos prescindir de un armazón, aunque sea provisional, de conceptos.

A estos dos tipos principales podríamos añadir algún otro de textura más complicada y pretenciosa; pero evitemos las complicaciones. ¿No sería posible una combinación de aquellos modelos, en que se eludieran o atenuaran sus respectivos inconvenientes? El ideal sería poder unir estos dos procedimientos: es decir, enfrentarnos con la materia de tal manera que viéndolo todo históricamente, en sus orígenes y desarrollo, pudiéramos, al mismo tiempo, ir depurando los conceptos necesarios para apresar esa realidad. Pues si los conceptos no son nunca la realidad —que los desborda en su riqueza— ésta se nos escaparía, sin embargo, de no poseerlos. Este procedimiento combinado —de la historia y la teoría— no es en verdad nada fácil. Pero ¿por qué no ensayarlo?

Nuestro curso constituye, en consecuencia, el intento de entender lo que ha sido una sociedad histórica, la nuestra, aquella en la cual estamos inmersos, y que denominaremos sociedad liberal. Tratamos de entender su nacimiento, sus orígenes, para examinar después la situación en que se encuentra hoy.

Partimos del hecho de que ha existido una sociedad liberal. Semejante punto de partida nos permite eludir por el momento todo juicio de valor sobre ella: no decimos que sea buena o mala, afirmamos simplemente ahora la presencia de un modo de organizar la vida social al que llamamos liberal, que no ha sido ni es el único, y que hoy se encuentra sometido a un proceso de transformación.

Trataremos, por tanto, de penetrar, con ideas tan claras y precisas como nos sea posible, en lo que ha sido y es todavía esa organización, ese modo de ver y vivir la vida. Nos interesa saber cómo surgió semejante tipo de sociedad y cuál ha sido su crecimiento; qué pensamientos la conformaron o la expresan; cómo y en qué forma entra después en la situación de mudanza en que hoy parece encontrarse.

Ahora bien, ustedes quizá se pregunten por qué hemos elegido a la sociedad del liberalismo cuando han existido otras muchas y no menos interesantes. La razón es obvia: hemos preferido la sociedad liberal pues en ella nacimos todos nosotros y de ella estamos viviendo aún en este lugar de la tierra. Su elección se impuso por representar todavía nuestra herencia social, lo que recibimos del pasado inmediato.

Sin embargo, este tipo de sociedad liberal, que es la nuestra, no está ni con mucho intacto, tal como se halla-

ba, por ejemplo, hacia 1912. Fecha que se impone en toda reflexión porque la guerra mundial desencadenada poco después fué síntoma patente, al mismo tiempo que poderoso acelerador, del estado de transformación o cambio a que hemos aludido. La generalidad de los hombres no se daba cuenta con anterioridad a esa fecha de los cambios de la sociedad en que vivían, apenas advertían que las normas y los usos, las ideas y las instituciones sociales de entonces, estaban ya alteradas o en el umbral de una rápida transformación. Dominaba la confianza, una completa seguridad en sus valores, en sus creencias, en sus formas; por eso dije que la sociedad estaba intacta, sin vacilaciones, ante los ojos poco ejercitados del hombre medio pero quizá también para la mayoría de los intelectuales y políticos del momento. Todavía esa sociedad funcionaba sin sobresaltos y con aparente facilidad en todos y cada uno de sus sectores: la política, la economía, etc. Claro es que había descontentos, reformadores, innovadores, mas la sociedad no se sentía conmovida en su base; se creía en la posibilidad de mejoras indefinidas dentro del carril bien trazado de las concepciones de la época.

Después de la primera guerra mundial el cuadro varía por completo: la base misma de la sociedad empieza a resquebrajarse. Ya en el año de 1917, aparecen manifestaciones claras de pueblos que quieren organizarse de

otra forma. En pocos años se suceden conatos diversos, movimientos y contramovimientos, en el intento de encontrar una nueva estructura social. En nuestros días subsiste aún la sociedad liberal, pero no reina soberana; otros tipos de organización social se encuentran a su lado. Y sobre todo, los que en ella vivimos no pensamos y sentimos quizá de igual manera que el hombre de 1912. Se encontraba éste ante una realidad que le parecía inmovible, al menos en sus grandes rasgos; nosotros no podemos contemplar las cosas con igual talante. A veces sentimos como si la tierra nos faltara. En esos momentos de vacilación se impone la sospecha de que nuestras creencias, nuestros juicios y estimaciones no poseen la fuerza que tuvieron para nuestros padres aunque sean las mismas en apariencia.

Ahora bien: ¿Hacia dónde marcha este proceso social? ¿Qué configuración va a tomar a la postre? No lo sabemos. Pero sí sabemos que vale la pena intentar comprenderlo, y que de esa comprensión y de los actos de voluntad que en ella se apoyen va a depender en buena manera la forma del futuro.

Este es, pues, el sentido del curso. Por eso, no puede seguir aquel esquema o modelo que trata de desarrollarlo por una simple adición de las distintas disciplinas sociales; ni tampoco el que sugiere la mera narración histórica. Ninguna de estas formas se acerca al propósito esbozado.

Precisa ofrecer un esquema histórico, es imposible prescindir de él, pero se requieren al mismo tiempo las ideas y conceptos que lo hacen inteligible. No es cuestión de pequeños cursillos independientes; se trata de ver qué ha ocurrido en el mundo, y qué es lo que está sucediendo. En el reino de las ideas queremos saber cuáles fueron las que contribuyeron a modelar la sociedad liberal y cómo fué, en consecuencia, su fisonomía. Conviene captarlas en su plenitud, cuando se encontraban en su madurez. Y esto para poder preguntarnos por su vigencia en el momento actual. ¿Valen todavía intactas? ¿Cuáles son las que pugnan por sustituirlas? ¿En qué conexión está el cambio en las doctrinas con las mudanzas de la realidad social? Atendidos a lo expuesto, el curso se articulará en las tres partes o fases siguientes, relacionadas entre sí.

#### *A. Teoría de la sociedad*

Se compone esta parte de un corto número de lecciones en las que nos esforzaremos por presentarles un determinado mínimo de conceptos que son esenciales para comprender toda sociedad, una sociedad histórica cualquiera. En vez de toda sociedad, pudiera decirse asimismo, aunque con mayor abstracción, la sociedad. Y esto porque en cualquiera sociedad, en toda organización

social, sea del tipo que sea, se ofrecen ciertos fenómenos con relativa constancia, es decir, algunos hechos que se repiten, nunca con identidad pero sí con semejanza mayor o menor, y son esos hechos los que dan lugar, cuando se les ordena e interpreta conceptualmente, a lo que llamamos teoría de la sociedad. O sea de la sociedad en general o de cualquiera sociedad.

Y aunque por el momento nos alejemos de lo real o así lo parezca —lo que conviene advertir para calmar impacencias— luego comprenderemos que ese supuesto rodeo no es una pérdida de tiempo. Pronto haremos uso de esos conceptos al examinar la sociedad liberal, como cosa semejante ocurriría de estudiar otra distinta. Basta con un ejemplo. En toda sociedad que funcione normalmente existe una autoridad; no es posible, ni históricamente se ha dado el caso de una sociedad sin ella. Podría residir en esta o la otra clase, casta o grupo de personas privilegiadas; el hecho que nos importa es el de la necesidad de su ejercicio. En todo grupo humano encontramos siempre, con una u otra forma, el poder, la dominación, el mando. Por eso nos preguntamos cómo se ofrece la autoridad en la sociedad liberal, quién manda en ella legítimamente y por qué. Y lo mismo que sucede con el hecho de la autoridad ocurre también con otros hechos y sus correspondientes conceptos. En todas las sociedades hay conflictos, hay

normas, se dan grupos componentes, en todas se modela y conforma de algún modo a los individuos que son sus miembros. Con lo que apuntamos a nuevos conceptos sin ayuda de los cuales no nos es posible comprender lo que sucede en la convivencia humana. O si lo prefieren en forma más precisa: conceptos sin los cuales no podríamos pensar la sociedad misma.

### B. *La sociedad liberal*

La segunda parte del curso se ceñirá al estudio de la sociedad liberal, tratando de presentarla en su gran contorno, en su fisonomía. Toda sociedad es una complicada constelación de aspectos numerosos entre los cuales hay que elegir cuando la estrechez del tiempo no permite examinarlos todos con igual detalle. Por otra parte, esa selección está justificada en otro sentido. Pues no todos esos aspectos tienen igual importancia y significación. Por interesante que pudiera ser escudriñar en la vida amorosa o averiguar cómo se empleaban las horas de solaz y recreo; tales cosas pesan menos, o así lo impone nuestra obligada y tradicional perspectiva, que lo que esos mismos hombres hacían para ganarse la vida o para tomar y llevar a cabo decisiones políticas. En consecuencia, puede anunciarse desde ahora que los aspectos políticos,

económico e internacional serán los que habrán de merecer nuestra mayor atención.

Hay algo más y sobre ello volveremos a insistir en su día y es que cuando se estudia una sociedad no basta con examinar sus instituciones, por fundamentales que sean, sino que es menester analizar las ideas que acerca de las mismas tuvieron los hombres que las vivieron. Pudiera suceder que esas ideas no fueran, sin embargo, fiel reflejo de la realidad, que aparezcan más como fórmulas de aspiraciones y deseos que como traducción fiel de hechos. Mas también pudiera darse que semejantes ideas nos parezcan con un valor permanente, fuera del tiempo en que nacieron y válidas todavía hoy. Dicho en otra forma: lo que los hombres de la época liberal pensaban y creían respecto a su sociedad ¿era una simple ideología, como hoy se dice? ¿Las ideas del liberalismo nos llegan hoy con igual validez? En una palabra, hay una conexión entre las ideas y las formas de la vida social de la que no puede prescindirse, aunque plantea difíciles problemas de exposición en este nivel elemental.

Respecto de esto último, el carácter elemental de nuestra tarea, no hay que incurrir ni en olvido ni en sonrojo. Nuestra aspiración no va más allá de unos cuantos conceptos básicos, elementales, de cimentación. Quizás alguien movido de pedantería juvenil, siempre excusable, pudiera juzgar superficial lo que aquí se diga. No quie-

ro quitarle su razón; pero va de confianza, y es que a cierta altura de la vida no se tiene ya por cosa tan fácil, como algunos creen, el poder ordenar en nuestra pobre cabeza unas pocas ideas claras, aunque sean elementales, acerca de un sector cualquiera de lo real.

### C. *La sociedad contemporánea*

En la tercera parte del curso trataremos de llevar a cabo, dentro de nuestras limitadísimas condiciones, un análisis de la sociedad contemporánea, de las formas sociales que son ya nuestra experiencia personal. Podemos preguntar directamente: ¿Cómo es nuestra vida social? ¿Cuáles son los problemas más importantes que encontramos en ella? O bien podemos indagar, pues que llegamos del estudio de la sociedad liberal en su madurez, las transformaciones ocurridas en ella que hacen a la nuestra, su heredera, un tanto diferente. Expresado de otra manera: ¿Cuáles son las modificaciones de la estructura liberal que más directamente nos afectan? ¿Cómo se produjeron? En su momento haremos uso seguramente de ambos modos de encarar la cuestión.

Es ya lugar común la afirmación de que vivimos tiempos de intensa y rápida mudanza. Que la nuestra, como ya dicen tantos manuales, es una sociedad en transición; que las de hoy son horas dramáticas. De todo

esto no somos responsables, ni menos ustedes que apenas comienzan a vivir, a actuar. De lo que va a ocurrir nada sabemos exactamente. Pero en el terreno de las posibilidades pudiera anticiparse esta alternativa, 1) que la sociedad actual desaparezca por una transformación completa de su estructura o que 2) continúe, según exige toda continuidad, gracias a una modificación y adaptación de sus instituciones a las nuevas circunstancias. Veámoslo en la forma simplificada de las expresiones populares. Antes de 1939 se señalaban estas tres posibilidades: liberalismo, fascismo y comunismo. Descartada hoy, en apariencia al menos, la forma fascista, quedan frente a frente el comunismo y un liberalismo más o menos transformado. No se trata, pues, de ninguna lucubración teórica, sino de algo real a la vista de todos y del dominio de la experiencia común. ¿Hacia dónde el futuro?

Sin embargo, lo que a nosotros nos interesa —y esa es nuestra tarea— no es escrutar el futuro, sino comprender el presente y el pasado inmediato de que deriva. No se trata de tomar posiciones, sino de entender y explicar ¿Qué es lo ocurrido? ¿En dónde está la razón de las mudanzas habidas en las ideas, en las instituciones económicas, en la organización política, en los sistemas educativos, etc.? ¿Cuáles son y de dónde provienen las tendencias reales de nuestro tiempo? Siempre que topamos con una sociedad y con un momento histórico como

los actuales en que los modos de vida y las ideas heredadas se encuentran vacilantes y en descomposición, sin haber cuajado todavía los que van a sustituirlos, decimos que se trata de una sociedad y un momento críticos. Lo viejo no ha terminado de desaparecer y lo nuevo apenas apunta, está indeciso o carece de firmeza. En este sentido, el estudio de la sociedad actual equivale a la investigación de la crisis de nuestros días. Por eso, esta tercera parte podría también llevar este título: la crisis de nuestro tiempo. Con este tema se dieron cursos básicos en años anteriores. Pero nosotros hemos preferido no entrar directamente en el terreno movedizo de la situación crítica sin haber mostrado antes que otros suelos más firmes la precedieron. Toda esta materia colma en demasía el espacio limitado de que aproximadamente disponemos. Las conferencias, por tanto, en que se articule no pueden ser otra cosa que panoramas esquemáticos en que sólo se dé, por decirlo así, la gran perspectiva de los fenómenos. Por ventura, la organización de estos cursos permite, gracias a los grupos de discusión y lectura, una aproximación más detenida a tales fenómenos, de modo que los cuadros se rellenen con nuevos aspectos y detalles; y, sobre todo, estimula a que las ideas se capten, al examinarlas críticamente, como propios instrumentos de exploración y no como cristalizaciones fijas y acabadas. Pues lo que importa

---

no es aprender ideas sino revivirlas, repensarlas, hacerlas propias. Cuanto aquí se diga será tarea vana si no se recoge como incitación, como acicate para la aventura personal del saber que nunca termina del todo.

Tal es la faena crítica y creadora que a ustedes y a los profesores colaboradores en este curso les corresponde.



## ÍNDICE

### PLANTEAMIENTOS

1. Vida Académica y Sociedad .....	7
2. La Ciencia Social en la Encrucijada .....	49
3. Acerca de los Tipos de Inteligencia .....	67

### COMENTARIOS

4. La Política y la Tierra .....	93
5. Tránsito de Europa .....	109
6. Reeducación Alemana .....	125
7. ¿Filosofía del Derecho? .....	139
8. El Hábito y el Monje.....	153
9. El Sociólogo y el Arte .....	165

### PRESENTACIONES

10. Max Weber .....	177
11. Concepto y Temas de la Sociología .....	191
12. Proyecto de un Curso .....	219



Se terminó la impresión de este libro  
el día 30 de enero de 1953, en los ta-  
lleres de Gráfica Panamericana, S. de  
R. L., Pánuco, 63, México, 5, D. F.





**UNAM**

**FECHA DE DEVOLUCION**

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.



--	--	--	--

H35  
M36



UNAM

7985

INST. INV. SOCIALES

121

H35  
M36

DS. 7985

MEDINA  
CHAVARRIA

PRESEN-  
TACIONES

H35  
M36

INSTITUTO C